

Santiago Isla

Los juegos florales



Índice

Portada

Sinopsis

Los juegos florales

Dedicatoria

Cita

Primera Parte

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Segunda parte

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Tercera parte

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Nota

Epílogo

Créditos

OceanofPDF.com

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

OceanofPDF.com

Sinopsis

**Una tragicomedia rabiosamente actual.
Una novela generacional.**

En Madrid, la joven generación del desencanto sigue sobreviviendo en sus trabajos precarios sin mayor horizonte que el día siguiente, agarrada a sus aficiones con una obsesión no exenta de la melancolía que impregna los finales de época: la música, las fiestas, las marcas, el coleccionismo de chicos y chicas, la gastronomía y mucho de ese amor ideal que Ginsberg consideraba el peso del mundo. Este es el paisaje en el que vive Ignacio Benavides, quien, para complicarlo aún más, ha elegido como tabla de salvación la literatura, eso de lo que ya sabemos que es muy difícil vivir... A no ser que tengas contactos en las productoras de contenidos: y eso es lo que le acaba de suceder. Con la ilusión de ver sus sueños cumplidos y de redimirse de su propio *spleen*, Ignacio empieza a frecuentar a los conseguidores del pijerío cultural madrileño que viven de las rentas y a las musas de cartón piedra que los acompañan.

Santiago Isla sigue siendo un *flâneur* en esta novela «sobre las promesas, las decepciones, la frustración», con ese narrador connotado, irónico y autocrítico que, sin embargo, conserva la esperanza «de un último tren hacia el futuro». El joven autor marca distancia con un estilo tremendamente personal y confirma los dones con los que se calificó su primera novela: frescura, luminosidad, altura, elegancia, inteligencia y entusiasmo.

SANTIAGO ISLA

LOS JUEGOS FLORALES



OceanofPDF.com

A mis amigos

OceanofPDF.com

*To put meaning in one's life may end
in madness,
but life without meaning is the torture
of restlessness and vague desire
it is a boat longing for the sea and yet
afraid.*

[Puede acabar en locura dar sentido a
la vida, /
pero la vida sin sentido es la tortura /
de la inquietud y del vago deseo, /
es un barco que suspira por el mar
aunque lo tema.]

EDGAR LEE MASTERS, *Antología de Spoon River*

OceanofPDF.com

Primera Parte

OceanofPDF.com

I

Ignacio Benavides vivía en lucha consigo mismo. Hay cabezas así, inclinadas a la duda: no una duda racional, ni filosófica, más bien un desánimo, una atracción negra, fatal, un estado de melancolía hueca, esquivada solo en arrebatos impulsivos; después del impulso, un largo manto de tristeza.

En esas cabezas los pasillos son estrechos.

Llevaba las manos bien pegadas al volante; los ojos, abiertos a fuerza de no querer dormirse. Enfiló la Castellana. Tras la luna del coche despuntaba un paisaje abrumador: era el alba madrileña, la del mes de junio, cuando desaparece el viento y huele a polvo en el Retiro. A lo lejos, las torres financieras hacían de espejismo, reflejando un naciente sol naranja.

Esa noche iba rumiando una frustración abstracta, cualquiera.

Ignacio recordó algunos comentarios de la fiesta, tonterías, frases banales. Las palabras de la gente —lanzadas tan ligeramente al aire— resonaban después en su cabeza, y le asaltaban la culpa, la pena, y se torturaba por no haber dicho esto o lo otro.

Los afectos de su entorno le resultaban falsos, quizás porque él era incapaz de corresponderlos. Sus amigos no eran realmente sus amigos: con ninguno tenía una intimidad real, la confianza ciega —la vulnerabilidad— del que se abre y enseña el cuarto desordenado.

En ocasiones, Ignacio desaparecía una temporada y no se lo echaba mucho de menos. Todos conocían su manera de ser: huidiza, esquivo, tormentosa. Nunca había un motivo. Al principio se esforzaba por señalar un tema laboral, o un ligue, o la familia. Con el paso del tiempo, perdió hasta el interés por inventar excusas y, simplemente, se iba. A la vuelta se lo acogía con bondad, pero con la certeza de que más pronto que tarde tendría otro apagón. Por eso sus idas y venidas cada vez eran más frecuentes, y al tiempo menos relevantes.

Esa noche, en la fiesta, una chica le había estado hablando de una serie que acababan de estrenar, y de su novio, y de que irse a vivir juntos había sido una gran decisión, y todo eso le había causado una tremenda violencia. Para variar, se había excedido con las copas. Se notaba que algo feo le rondaba: bastaba con ver su cara, su turbia cara de niño, la ventana a una cabeza siempre bajo el nubarrón.

Un taxi lo adelantó. Se dio cuenta de que perdía el hilo de sus pensamientos. Mantenía el carril; sin embargo, alternaba unas velocidades rarísimas, torpes, entre la inercia y el empujón. Notó los párpados pesados, cayendo sin remedio. El pedo entraba en la fase de somnolencia. Le vino el pánico. No podía dejarse ir, tenía que llegar a casa cuanto antes. Pisó bien fuerte el acelerador. Espoleado por los agobios y el alcohol, ni reparó en el radar del Hospital La Paz, que rebasó muy por encima del límite.

En la solitud de un coche a gran velocidad se piensan muchas cosas, la mayoría malas. Es como sentarse en el interior de una bala. Apretó los dientes. Tras unos minutos desagradables llegó a casa.

Era una zona residencial a las afueras de Madrid. Los edificios mostraban su ladrillo, ya un poco gastado. Se acumulaban en grupos de seis o doce, formando una urbanización. La puerta del garaje empezó a abrirse con pereza. Ignacio se paró a respirar. Le sudaba el cuerpo. Las manos las tenía rosas y amarillas. Aguantó callado, mirando fijamente a un cubo de basura diez metros más allá.

Ya en el garaje, apagó el motor y relajó los brazos. Había conducido tenso todo el rato, como encaramándose al volante. En el espejo se vio los ojos rojos, la cara seca, rara: ya no era el rostro inmaculado de la primera juventud, tenía algún signo del tiempo, los párpados hinchados, un lunar, la arruga en los contornos de la boca. Aun así, seguía siendo una cara entrañable, con algún rasgo aniñado que le confería cierta candidez. Veintisiete años que apenas reflejaban los excesos.

Terminado este repaso, cogió sus cosas y cerró el Ford. Se paró a observarlo en la distancia, como si no fuera su coche. Le invadió una solemnidad alcohólica, y rodeado de los vehículos de sus vecinos se sintió muy miserable. Cada vez que actuaba por impulso se moría de remordimiento. Se acordó de su padre: «Ignacio, ¿pero qué futuro es ese?». Era de una conversación que habían tenido hace años. Él le había argumentado con el arte, la escritura, lo que llevaba dentro. Le daba tanta

vergüenza contrariarle que declamaba con pasión mirando a un bol de frutas, al borde de la encimera. Dentro se formaba una pirámide de peras.

—Ya, Ignacio, pero tendrás que vivir, y de eso es muy difícil.

Y a los argumentos económicos de su padre él respondía con heroicidades de Hemingway, o sufrimientos de Proust, o la sorprendente fama que tuvo Blasco Ibáñez.

—Proust era rico, no me vale.

La discusión crecía hasta un punto de no retorno y al final el padre acababa cortando.

—Hijo, por ese camino no hay más que piedras. Y ser un hombre frustrado es arruinarse la vida. Tú no eres capaz de tomarte nada a la ligera, así que piénsalo muy bien. Creo —esto lo decía frotándose la papada, en un gesto suyo muy característico— que al menos deberías probar con periodismo. Estudiar la carrera.

—Pero yo quiero ser escritor.

—Ya hijo, ya, pero insisto. De algo hay que vivir.

Son de esas conversaciones que se recuerdan con periodicidad, porque con todas tus fuerzas quieres derrotarlas y a la vez ellas avanzan —inexorablemente— hacia su cumplimiento. Aun así, como el avestruz que mete la cabeza en la tierra, te niegas a aceptarlas. Siempre hay un último tren hacia el futuro. Parado ante la puerta, Ignacio metió las llaves. Nada más abrirla oyó los ronquidos de su padre. Era un hombre gordo. Respiraba como si buscara el aire, ahogándose en cada bocanada.

En la cocina, vio el bol de frutas. Ahora estaba lleno de nectarinas. Rendido, se fue a dormir.

II

Ignacio estudió periodismo en la facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Sin mucho entusiasmo, la verdad. El propio edificio le resultó un resumen de su carrera: un conjunto de aulas viejas, inconexas, fatalmente enlazadas entre sí. Los pasillos formaban un largo laberinto; las paredes, revestidas de perenne color gris, apegaban con su cemento al realismo social y a la política, dos cosas que a Ignacio le daban bastante igual. En los corrillos del descanso sonaba la actualidad, se debatía el progreso, la lucha, la huelga estudiantil. Había cierto gregarismo.

Este ambiente le resultaba ajeno: habría soñado con un ágora cultural, un grupo de jóvenes que, como él, hubieran elegido periodismo por pura cobardía, aspirantes a escritores con la tinta cargada y largas noches de insomnio a las espaldas. No fue así.

Las clases eran duras, densas, nada productivas.

Los viejos profesores, especialmente los de cátedra, iban a exhibirse y a perderse. Empezaba la lección. Capítulo tres, lo que fuera. A los diez minutos ya se habían enredado en una serie de desvíos imposibles, alejados del tema, dando rienda suelta a una erudición tan bella como estéril. Muchos no toleraban las interrupciones, ni la praxis: eran unos monolitos de sí mismos.

Los profesores jóvenes no les mejoraban. Quizás se ciñeran más al guion, pero de repente sentían un impulso magistral y realizaban extraños experimentos sociológicos, como obligar al alumnado a ponerse de pie mientras daban la clase tranquilamente sentados. A esto se le llamaba «inversión de perspectiva».

Ignacio sintió desde el principio un fuerte desapego, y en apenas unas semanas perdió cualquier amago de interés. Muchos estudiantes siguieron su senda. Pronto, la cafetería se llenó de aspirantes a periodistas que jugaban al mus, comían pinchos de tortilla y confraternizaban con los

camareros. Los de años superiores los miraban con cierto desaire: ya sabían, a principio de curso —cuando los veían imprimir apuntes y acudir religiosamente a las aulas— que el entusiasmo se diluiría con la primera brisa de octubre.

Ignacio se hizo amigo de Pepe Nogales, un tío grandullón y un poco excéntrico, quizás por el hecho de que su enorme altura —rozaba los dos metros— le impedía ser discreto. Era un chico intenso, aficionado a la poesía, obseso del *rugby*. Pertenecía a esa larga estirpe inaugurada por Garcilaso de la Vega, la de las armas y las letras. Un lunes cualquiera se leía unos poemas de Bukowski, devoraba el plato combinado, y luego acudía al entrenamiento. A la vuelta, manchado de barro y sangre, se le adivinaba en la sonrisa una felicidad total, un triunfo de la vida.

Además, Pepe tenía un blog en el que publicaba sus poemas, muchos de ellos de contenido truculento. Él los llamaba «poemas viscerales». Pensaba que la literatura, más que de la cabeza, nacía del corazón o de otros órganos. A veces recitaba alguno en la cafetería, y los curiosos se acercaban para ver con qué había rimado «resaca» o «prostituta». Ignacio se partía de la risa. Como a todos los tímidos, contar con un extrovertido al lado le solucionaba mucho las cosas.

Él era menos proclive a compartir sus creaciones. Anotaba en una libretita ideas o garabatos, sujetando en la otra mano un libro de Chéjov. Se parecía a los malos estudiantes de instituto, que tanto trabajan en sus dibujos obscenos y tan incapaces son de aprender la lección. Aunque esa fuera su posición, la sofisticación de la literatura le atenuaba la culpa. A los dos les daba bastante igual la carrera: no se planteaban su utilidad, ni el futuro, ni la cuestión del empleo. Tenían dieciocho años.

Por las declamaciones de Pepe —pronto comentadas en toda la facultad— empezaron a conocer a gente nueva. De todos ellos, la más destacada fue Carlota Ron, que tenía un nombre perfecto.

—Mis padres me pusieron Carlota por el libro de Goethe —había dicho ella al presentarse, captando de inmediato la atención de Ignacio—. Me jode porque ahora es un nombre de pija.

Carlota les resultó muy malhablada, pero ese era el único rasgo estridente de su personalidad. Vestía siempre con camisetas anchas, no intervenía en clase, tenía una cara correcta, ni bonita ni fea, estatura media, venía de un pueblo de Guadalajara. En las sesiones de asistencia obligatoria —que eran

casi ninguna—, se sentaba al fondo y sacaba de su vieja mochila Eastpak un ladrillo histórico, tipo *Guerra y paz* o *Madame Bovary*, y la cabeza se le iba metiendo entre las páginas hasta casi desaparecer. Esta entrega ausente la hacía parecer pequeña, casi una niña.

Al principio, su aspecto infantil hizo que no se la tomaran muy en serio. Los dos amigos, como buenos estudiantes de facultad de letras, tendían a dárseles de entendidos: colaban una cita de un muerto célebre, se apoyaban en filósofos para criticar el mundo... Siempre derrapando entre lo poco que sabían y lo mucho que intuían. Enseguida comprobaron que pinchaban en hueso. Carlota sabía más que un ejército de Ignacios y Pepes. No solo eran los libros: saltaba de Rubens a Tarantino, de Drake a Miró, de Steve Jobs a Marco Aurelio, sin pestañear, como si hubiera cogido la cultura occidental, la hubiera hecho papilla y después la hubiera digerido velozmente en el metro a la universidad. Quizás por este afán devorador parecía que las obras no hubieran dejado impronta en ella, se comían unas a otras y apenas quedaba un poso. Detrás de los tacos, no había emoción: diseccionaba la cultura como una taxidermista.

El curso lo pasaron hablando frente al tercio o el café. Carlota —ya más que clara su ventaja— los instruyó a toda prisa en cualquier disciplina artística que no fuera el periodismo, dándose los tres la falsa sensación de aprovechar el tiempo. Ella tampoco amaba la carrera. Le parecía *poquita cosa*. Solo cuando se acercaron los finales empezaron a temblar. No habían tocado un libro, apenas asistían a clase: el desentendimiento de la Complutense les iba como un guante a los alumnos sin pasión.

Se vieron envueltos en el último esprint, atosigados por una mala conciencia que venía del bachillerato, chapando como locos hasta que la biblioteca echaba el cierre. Luego seguían en alguna casa, hartándose de bebida energética. Ignacio se pasó todo el periodo de exámenes con una tremenda taquicardia. Le salieron ojeras y se le partió la cara. Pero dio sus frutos.

Pasaron limpios los tres. Lo que se olían era cierto: podían aprobar un curso entero de periodismo apretando mucho un mes después de haberse dejado ir durante los ocho anteriores. Ese verano, fueron unos días a una casita en Alicante, propiedad de los abuelos de Pepe. Era un chalecito desvalido, con gotelé y fotos en blanco y negro. Tenía cierto encanto. El viaje en autobús lo hicieron con las piernas apretujadas y una emocionante

sensación de libertad. Al llegar, dejaron las cosas, fueron a comprar comida, y cocinaron arroz con tomate y huevos. Después bajaron a la playa. Caía un sol tremendo. Ignacio y Pepe empezaron a jugar a las palas.

—Te voy a meter un bolazo —decía Pepe cada vez que golpeaba al aire.

El agua de la orilla tenía un brillo cristalino. La pelota de goma volaba, y en más de una ocasión estuvo a punto de impactar sobre un matrimonio inglés. Cuando Pepe se lanzaba al suelo era como ver un edificio derrumbarse.

Pronto se hartaron y volvieron a las toallas. Llegaban un poco sudados. Fueron corriendo al mar, y Carlota les siguió mientras se quitaba la camiseta. Cuando desde el agua la vio venir, Ignacio sintió un escalofrío. Tenía los pechos mucho más grandes de lo que jamás hubiera imaginado.

No coincidieron más, porque en ese tiempo Carlota regresó a su pueblo. En la calle, frente al quiosco, en su cuarto, en el coche, en la piscina... A Ignacio solo le venía la imagen de Carlota, rodeada del aura de revelación que tienen las mujeres en las pelis de época.

Llegaron las clases de septiembre. Ignacio empezó a sentirse destinado, como una flecha que apunta. Era una suma de cosas: el nombre, los libros, el desencanto, las pellas que daban a su vagueo un ligero encanto forajido... Y los pechos. Los jóvenes leídos tienden a adornar mucho las cosas cuando al final lo que inclina sus actos tiene un origen banal. Son imágenes concretas: una sonrisa, un bikini, un porro compartido. Ignacio se convenció de que quería vivir un romance como el de *Rayuela*, un idilio literario: Carlota sería La Maga, Madrid sería París y hablarían durante horas de *jazz* americano, tema del que ninguno de los dos tenía ni puta idea. Obviamente, esto enrareció su relación.

De la natural confianza de la amistad se pasó a la vulnerabilidad del enamoramiento. Ignacio, que siempre hacía bromas con Carlota, dejó de hacerlas. Temía hierirla o sobrepasarse. Ella se lo olió desde el principio, pero no dijo ni mu. No quería creérselo. Cada vez que le venía la intuición a la cabeza, una alarma se encendía: «No seas engreída». Y también le daba cierto miedo, como si fuera a perder el equilibrio. Así estuvieron durante meses, sin saber bien qué decir, prestándole ambos mucha atención a Pepe, que era el eslabón inofensivo y amaba los focos.

—El realismo sucio, esa es la poesía de verdad —decía, encantado con su público.

Hasta finales de enero se mantuvo la cosa. Pasados los primeros exámenes, toda la clase salió a celebrarlo. Se citaron en El Guepardo, un bar casposo y tristón. Ignacio se sintió incómodo desde el principio: no le gustaba el ambiente, ni su ropa, ni el sabor de la copa. Además, con toda seguridad iba a suspender la mayoría de las asignaturas. Había rehuído las noches de estudio con Carlota, y sin ese apoyo estaba perdido sin remedio. Tenía ganas de dejarlo. Agobiado por esta idea, bebió un trago largo que casi le empapa la camisa.

Pepe estaba excéntrico y ruidoso, como cada vez que se emborrachaba, así que se alejó de él. En un círculo, varios chicos de su clase hablaban de fútbol. La vana ilusión de encontrar un tema agradable se desvaneció enseguida: solo recurrían al deporte como metáfora de los desmanes del capitalismo, de la decadencia de Occidente, del opio del pueblo... Eran incapaces de disfrutar de nada. Aun así, hizo el amago de intervenir, pero al ser sus opiniones tan vagas pronto dejaron de escucharle. Fue tres veces al baño con el único objetivo de matar el tiempo. El espejo estaba lleno de pintadas guarras, pero ninguna le hizo gracia, ni siquiera le sacaron una sonrisilla. Ya estaba rumiando una excusa cuando apareció Carlota. Iba más arreglada que de costumbre: vestido, medias, botas de ante oscuro. La vio desde la lejanía. Se atragantó, incluso. Pero siguió en la anterior conversación.

—¿No me vas a saludar? —dijo ella, unos minutos más tarde, acercándose.

—Claro. Hola.

—Bueno, hola... Ven, ¿quieres beber algo?

—Todavía me queda copa —respondió Ignacio, agitando los hielos del vaso de tubo.

Carlota frunció el ceño, un poco triste. Iba a decirle que lo notaba raro, que a qué se debía su actitud en esos meses, que si ella había hecho algo mal se lo hiciera saber, que no quería perder su amistad, que ya no había esa confianza, que esperaba que no le hubiera sucedido nada grave, que si era un tema personal lo podían hablar, o no, lo que él quisiera, pero Ignacio cortó todo de raíz pegándole un morreo entre sublime y vergonzoso, y a partir de ahí ya fueron novios.

—Nacho... —susurró ella, dejando caer los brazos.

III

La verdad es que Ignacio, que estaba muy convencido de su vocación literaria, carecía en esos años del rigor imprescindible para parir una obra. La escritura es realmente un proceso de reescritura, y sin el sudor y los codos se queda en pedo lírico, fantasía, edificio endeble que se hunde solo con mirarlo. Durante la adolescencia había escrito cuentos; cada vez que se entregaba a producir una novela, el tema se le agotaba. Siempre las abandonaba llegado el primer tercio. Con los cuentos podía crear situaciones manejables, breves, fáciles de resolver, y dejar cierto espacio para el lucimiento de la pluma, que es lo que hacía bien. Ignacio jugaba a la frase de oro, el broche final: lo único que le costaba era el resto del párrafo.

Carlota, que ni se planteaba escribir en ese plan, había leído todos los clásicos del mundo. Tenía tan interiorizada su arquitectura que podía juzgar cualquier texto literario, probablemente con la profundidad de un crítico profesional, pero sin su lupa académica. Para ella las cosas eran «una puta mierda» o «cojonudas». Después desmenuzaba sus argumentos, pero siempre sin despegarse de esos dos únicos calificativos. Cuando Ignacio le enseñó tembloroso sus intentos de novela, los «puta mierda» superaron con creces a los «cojonudos». Los cuentos no le parecieron tan mal.

—Este personaje es cojonudo. Y esta reflexión también. Pero haces frases demasiado largas, te vas por las ramas y acabas volviendo todo un puto coñazo.

La sinceridad de Carlota, unida a su conocimiento enciclopédico, hicieron progresar a su nuevo novio. Terminó un par de cuentos de los que se sintió muy orgulloso.

Ignacio pronto comenzó a descubrir cosas ocultas en ella. Muchas veces pensamos que el tránsito de la amistad al amor abre a la otra persona, pero quizás lo que cambia es la mirada propia. Carlota venía de ser una amiga malhablada, interesante, pero de atractivo romo; al besarle la boca, cambió

radicalmente. Se convirtió en una mujer. Ignacio le confesaba sus desencuentros con la vida, sus aspiraciones, sus fracasos, todo aquello que ni siquiera se atrevía a contarse a sí mismo y que ahora brotaba en un torrente de complicidad. Ella también correspondía con lo suyo. ¡Existía, sí, existía! En la última adolescencia se busca sobre todo una comprensión, una respuesta: el romance, con todas sus torpezas, es la confirmación de que uno no está solo en el mundo, de que las infinitas horas de desánimo — absurdas, por otra parte— han tenido un sentido: encontrarse con el otro.

En vez de quedar con Pepe, los nuevos novios faltaban a la universidad, dejando al amigo solo. Adiós a la cafetería. Vagaban por el centro de Madrid con la libertad de una mañana de lunes y el mundo entero preocupado menos ellos, que sentían de repente un antojo de basura y comían *nuggets* de pollo en el McDonald's de Gran Vía. Luego recorrían las calles en un trotecillo infantil. No hace falta apenas dinero en la juventud, tan solo la sensación de exuberancia que sienten los niños al hacer sus travesuras sin castigo.

Un día de esos, después de besarse largamente, Carlota apoyó sus destrozadas Vans sobre el regazo de Ignacio.

—¿Tú eres virgen? —le preguntó, mirándolo a los ojos.

Ignacio se estremeció. La semana anterior, en las laderas del parque del Oeste, le había tocado por primera vez las tetas, bajo el sujetador, y el puro roce de la piel le había paralizado las manos.

—Sí —reconoció.

—Me lo imaginaba —dijo ella, pero sin jactarse, con un gesto comprensivo—. Pues yo no. No soy virgen.

Aunque nunca hubiera pensado en ello, Ignacio se dio cuenta de que ya lo sabía, era una verdad intuida previamente.

—¿Y cuándo fue?

—Este verano. Con un chico de mi pueblo.

Hizo esfuerzos por disimular el cuchillo en el pecho, pero fracasó. Ella continuó como si estuviera en una operación, con una sinceridad quirúrgica.

—¿Me gustaba? Bueno, no me disgustaba. Era un amigo de mi hermano mayor. No le di mucha importancia. Fue un poco «a la mierda todo», y ya está. Me lo quité de encima.

—Y... ¿Está bien? —preguntó Ignacio, intentando auparse a su serenidad tan brutalmente adulta.

—Sí, está bien. Es divertido.

Esa noche, nada más llegar a casa, Ignacio se desnudó delante del espejo. Se sintió estúpido. Por mucha madurez que aparentase, por mucha complexión viril y pelo que tuviese, aquel era un cuerpo de niño, como el de sus fotos en pantaloncito corto. No sabía cómo era una mujer más que por vídeos y revistas. Después de ese ataque de orgullo, le invadió un sentimiento de traición. No podía juzgar a Carlota, todo esto era previo a su noviazgo. Sin embargo, ¿no se había enamorado él de ella aquel verano? Esos pechos, que con tanta timidez había rozado hacía unos días, ¿venían ya sobados y apretujados por otro, un don nadie de un pueblo de Guadalajara? Y, por último, un resentimiento incontrolable: aquella primera vez, teóricamente especial, ¿no estaba reservada para él, su primer novio? ¿Por qué lo había hecho así, de esa manera tan fría?

Poco tiempo después, fueron una mañana a casa de Carlota. No era su casa como tal: allí vivía con su tía, la verdadera dueña, una mujer entregada a sus cuatro perros, solitaria, que se había ofrecido para acoger a la niña que venía a estudiar a Madrid. Por las fotos, no tenía el más mínimo parecido con su sobrina. Los perros se excitaron muchísimo al oírlos entrar. Ignacio se quedó algo tímido en la puerta.

—Ven, que no te van a hacer nada.

Pasaron a la cocina y Carlota se hizo un colacao, y a él le hizo otro. Estuvieron hablando de tonterías mientras los perros iban y venían y meneaban la cola con entusiasmo. Al terminar Ignacio su taza, Carlota le dio un beso muy húmedo con regusto a leche y chocolate.

—Vamos, vamos.

Lo arrastró de la camisa y se lo llevó a su cuarto. Ya había estado antes: tenía un póster enorme de Mick Jagger, también una tonelada de libros desperdigados allí y allá con menor fortuna; formaban una extraña sucesión de valles y colinas, como una orografía particular a punto de tambalearse. Siguió dándole besos tras cerrar la puerta. Uno de los perros se había colado. Él no dijo nada, Carlota ni se enteró. No lo había visto. Se tumbaron en la cama. Estaba sin hacer, con la almohada y los cojines tirados sin ningún sentido. Carlota empezó a desabrocharle la camisa. Lo miraba con unos ojos ansiosos, nunca vistos antes. Le fue siguiendo el resto de la ropa con mucha lentitud, como si quisieran evitar el vértigo de cada paso. Finalmente, ya desnudos, se abrazaron bajo las sábanas, e Ignacio perdió la

virginidad en unos minutos que le parecieron años, por la excitación, la vergüenza y el desconcierto que suponía estar haciendo el amor por primera vez. Al acabar, siguieron dándose besos.

Pasado el tiempo, de estas cosas solo se recuerdan los chispazos, instantes vagos que la memoria retiene con más intensidad que el hecho principal al que acompañan. Ignacio olvidó el cuerpo de Carlota, su cuarto y su olor. Solo retuvo dos cosas: el sabor a leche y chocolate de los besos de su novia y la tranquilizadora mirada de Pipo, un yorkshire ya mayor que los acompañó tumbadito en el suelo mientras follaban torpemente, registrando el momento estelar sin el menor amago de perturbación.

IV

Aunque no estuviera en su naturaleza, Ignacio se la presentó a sus padres. Su madre preparó una merienda cena para darle cierto empaque al asunto: aceitunas La Española, queso blanco Caprice des Dieux, Lay's Gourmet, rollitos de jamón cocido con queso Philadelphia, espárragos blancos, Mahou Cinco Estrellas (frías, con más cuerpo, no como las litronas de Mahou verde a las que su hijo se había acostumbrado), frutos secos, paté La Piara, tostas y hasta una botella de tinto Emilio Moro, esto a instancias del señor Benavides, que prefería el vino.

La conversación fue bien. Carlota mintió con mucha inteligencia sobre la universidad, el claustro y las asignaturas.

—Es buena niña, se ve que es lista —había dicho su padre, contento por la influencia que podía ejercer en un chico con visos de perderse por la vida.

Y esa bendición, que hijos como Ignacio suelen fingir que es accesoria, lo hizo sentirse como si por primera vez hubiera estado a la altura de las expectativas. En su libretita apuntó un día:

Amor.

*¿Será que yo buscaba otras cosas
y lo que buscaba era amor?
¿Qué valen las ambiciones
cuando tienes amor?*

Esto, claro, se escribe bajo un foco concreto, que parece iluminación, pero también puede ser eclipse. Las ambiciones valen lo que vale su reverso: el fracaso. Y el amor, desgraciadamente, se acaba más pronto que tarde.

Una noche, a finales de curso, Carlota lo citó cerca de su casa, frente al parque en el que tantas veces se habían besado. Ignacio llegó de buen humor. Quería hablarle de una serie, de un guion, de un proyecto tan disparatado como emocionante. Soplaban una brisa primaveral, de las que traen un último *souvenir* helado del invierno.

—Me voy de intercambio el año que viene. A Manchester.

Y uno siente esa angustia del amor, esa dependencia, como si le arrancaran un dedo.

V

Ignacio fue a verla una última vez en pleno invierno. Un día entre semana, se encontró desplomado sobre un asiento en el aeropuerto de Estocolmo. Apenas había dormido. Por los absurdos motivos que solo las aerolíneas conocen, el vuelo más económico entre Madrid y Manchester hacía escala en Suecia. Había salido a las 5:45 de Barajas, y en el trayecto, quizás por la ansiedad que le crecía en el pecho, no había pegado ojo. Le dolía la cabeza, se le hacía todo una bola. Al apoyar los pies en el asiento con muy mala educación, una gran mujer —sueca, alta, prepotente— lo regañó con la mirada. Afuera nevaba copiosamente.

Ya en Manchester, se sintió todavía más deshecho. Estaba nervioso, débil, con el vientre flojo. Por la ventanilla, le llegó una imagen del país que ya no iba a abandonarle nunca. Gris. Inglaterra es gris. El cielo es gris, el cemento es gris, la piel de sus habitantes es tan cetrina que parece casi gris. El color es un puteo constante, una depresión encarnada. Imposible escapar de él. El suelo pulido del aeropuerto le pareció sucio y triste. En algunas esquinas, haciendo un esfuerzo, se podía intuir el viejo cadáver de un chicle, ya casi integrado en la superficie. Para animarse, se compró una tableta de chocolate Cadbury en un Food Quarter. Al segundo mordisco la tiró a la papelera.

En el tren de camino al centro, sacó el móvil y le mandó un mensaje a Carlota: «Ya estoy aquí». No recibió respuesta.

Al llegar a la estación de Manchester Picadilly se le volcó el estómago de verdad. Era una angustia que lo dejaba sin aire, un puñetazo en las vísceras. Anduvo un rato. Cruzó el río varias veces, que en esa parte aparecía y desaparecía fragmentado y verdoso, contenido por paredes desconchadas y llenas de grafitis. Suerte que apenas llevaba equipaje. Acabó en una zona de edificios bajos de ladrillo, muy deshumanizada. No había vegetación. Solo

calle. Doblando la esquina, vio una enseña de madera que sobresalía: The Three Great Lions Pub. Entró.

A pesar de su frágil estado, o precisamente por eso, decidió pedirse un *steak* por quince libras y una cerveza. No estaba solo. A su izquierda, unos parroquianos discutían a grito pelado con un acento cerradísimo. El hombre que lo atendía dejó el plato y los cubiertos como si le estuviera haciendo un favor. Tenía las manos y las uñas muy feas, incomprensible que alguien que trabaje de cara al público tenga unas manos tan feas, tan sucias, tan amarillentas, probablemente por una falta de higiene que lleve décadas acumulándose. El *steak* era congelado. A pesar del recalentamiento no había manera de morderlo. La cerveza, curiosamente, era una birra Peroni templada.

«Hasta la tarde no puedo, estoy en la universidad». El mensaje de Carlota le dejó la mano temblorosa y una cuenta atrás. Apenas faltaban unas horas. Todos estos hechos, cuando se recuerdan, tienen un punto irreal, de nebulosa, deformados por el estado vibrante y nervioso al que sometemos al cuerpo.

Cogió el metro y acertó, tanto la línea como el sentido de la vía. Una excepción. Su vagón estaba casi vacío. Frente a él, tres ingleses de su edad hablaban entre ellos. Iban a un partido de fútbol de un equipo que Ignacio no conocía. A mitad de trayecto, uno de ellos sacó una bolsita de plástico. Lo miraron. Parecieron dudar un segundo. Luego, otro sacó su cartera y vertieron con cuidado el contenido de la bolsita. Sobre ese cuero desvencijado se metieron unas rayas. Era la primera vez que Ignacio veía la cocaína.

Bajó de la estación al llegar a la zona universitaria. Había más vegetación, y eso dignificaba el entorno. Esperó. El encuentro fue breve. Carlota salió de su residencia con ganas de zanzarlo todo. Llevaba una parka muy grande, verde, que a Ignacio le pareció que podría ser de hombre. No lo saludó de ninguna forma, simplemente, se plantó a un metro de distancia y empezó a hablar.

—Nacho, esto es una locura. Ni siquiera entiendo por qué has venido, a pesar de que te he dicho que no.

Tenía los brazos en jarras, la cara tensa, el pelo enmarañado por el viento. Se empezaba a adivinar que pronto llovería.

—Yo solo quiero que me lo digas a la cara —respondió él, con la iluminación suicida que nos asiste antes de un último golpe.

—Lo hemos hablado por teléfono mil veces.

—Y aun así no me vale. Dímelo. No me lo creo, así que quiero escucharlo de tu boca.

Apenas Ignacio acabó la frase Carlota le escupió la suya, sin vacilación. Venía preparada de antes.

—Tú mismo. Has hecho un viaje absurdo para esto. Pues, mira, no soporto estar a distancia. No te soporto, Nacho. Me aburres, me aburro. Ahora mismo solo eres un lastre. No vuelvas a escribirme más, ni te plantes en mi uni. Ya está. Adiós.

Desde una ventana, un estudiante italiano seguía la escena, agazapado tras la cortina.

—Vaya... —titubeó él, agarrándose del pelo, incrédulo.

—Lo siento. Pero vete.

Y en esa misma distancia que mediaba entre las cosas y Carlota, pasó a situarse Ignacio. A veces hay que ensañarse con la gente para que capte los mensajes.

De vuelta a Madrid, anunció a sus padres que dejaba la carrera. Ni los estudios tenían sentido ni la posibilidad de volver a encontrarse con Carlota en unos meses le dejaba hueco para respirar. Lo vieron tan hecho polvo que no le dijeron nada. Todo ese invierno, y esa primavera, los dedicó a escribir su primer libro, *Darse cuenta*. Así empezaba:

Hay una posibilidad entre mil de que un hombre sea feliz y, si esa posibilidad es válida, viene del desconocimiento. Darse cuenta es saber que, ajenos a chispazos de fortuna, la vida está sustentada en la rabia, el dolor y la mentira. Todo lo que hay de bueno en nosotros se estrella continuamente en los demás. Si nos cambian, es para encontrar una desgracia nueva, no para incorporarse a la alegría. Darse cuenta es, en definitiva, reconocer que no estamos cojos; simplemente, nacimos con una pierna.

VI

Al despertar, Ignacio vio el desayuno preparado por su madre. Desde que dejase la carrera habían pasado ocho años. Bebió el café con leche, inmerso en su atontamiento matutino. Ahí seguía el bol de frutas. Se acordó de los radares y del Ford que ahora cogería su padre para ir a trabajar. Fervientemente deseó que no hubiese multa. A pesar de conducir tan agresivo, sus únicas infracciones habían sido de aparcamiento, cosas menores. Nunca lo habían cazado ¿Cuestión de suerte? Fue a la ducha, pensativo. Pretendió que el agua le lavase los pecados, que le lanzase una señal, pero solo consiguió perder el tiempo y tener que vestirse a toda leche, como un mono nervioso.

En el metro no pudo escuchar música: iba tan apretujado que no encontró el espacio para buscar los auriculares. A su lado, una madre sacaba los codos y el culo para que en el hueco resultante cupiera su hija sin que la estrujaran los viajeros. La niña llevaba una mochila de Minnie Mouse. Era muy graciosa: Minnie iba vestida de flamenca. La madre llevaba un velo beis, neutro. La hija, nada. Todavía no era considerada mujer. En la cuarta estación se bajaron. Ignacio dejó que el tiempo pasara y cerró los ojos, imaginando que no estaba ahí. Eso le mareó un poco. Tenía bastante resaca, apenas había dormido tres horas.

Al llegar al Fórum de Callao dejó sus cosas en la taquilla y se enfundó el uniforme, con el chalequito verde y amarillo. Ignacio, decía su pechera. El nombre completo siempre le había sonado algo historiado. Llevaba las mismas zapatillas del día anterior, unas Adidas Gazelle viejas y bastante gastadas, con pequeñas salpicaduras pegajosas de alcohol. Siempre hechas un cristo, como decía su madre.

La mañana empezó fuerte. Remedios, la encargada, les reunió a todos a la hora en punto. De una forma cariñosa —incluso maternal— distribuyó las tareas del día, a pesar de que muchos de ellos ya tenían previamente

encomendado un trabajo diferente que venía de la jornada anterior. Ninguno protestó. Estaban acostumbrados. Cada día se volvía a empezar, daba igual cómo se hubiera acabado ayer.

Era un método curioso. Se podía pensar que Remedios era una revolucionaria, una comunista: la verdad es que era una mujer olvidadiza, peculiar, tan relajada para el dinero y las ambiciones que veía el trabajo como un entretenimiento, o un discurrir de horas. Trataba a sus subordinados como hijos, y la pequeña reunión de las mañanas era más una asignación de juegos que un delicado plan por objetivos. Seguro que, en alguna escuela de negocios, hartos ya de inventarse teorías, habrían acabado poniéndola de ejemplo (con un nombre en inglés, claro).

Los empleados estaban allí mayoritariamente de rebote. Ninguno sueña con ser dependiente: es una estación de paso. Los unía el amor por los libros, pero cada cual tenía, salvo excepciones, su frustración particular. Además, desde su bajo escalón jerárquico había nulas posibilidades de ascender. Sin motivación, y con una madre tan permisiva, vagueaban, dejaban pasar el tiempo, salían mucho a fumar y al café y, salvo pequeñas eventualidades (la presentación de un libro, las amargas pugnas con las editoriales), veían la vida pasar haciendo lo mínimo indispensable.

La historia venía de lejos. Remedios llevaba desde 1993 en el Fórum de Callao, año de su apertura. A todo el mundo le enseñaba orgullosísima una foto con Penélope Cruz el día de la inauguración. Pe parecía una niña — apenas tenía diecinueve años— y Remedios, por su parte, seguía casi igual: quizás un poco más delgada, con unas gafas más llamativas, pero tan fuera de su tiempo como siempre. Iba vestida con el uniforme de empleada rasa. Si luego había llegado a un puesto de mínima responsabilidad era simplemente por antigüedad. Como decía el escritor, «en España, el que resiste, gana». Esto podía ser frustrante. Un país así no reconoce a sus mejores. Los grandes talentos se avinagran; los vinos mediocres, con el tiempo, no mejoran.

Era obvio que este liderazgo era una anomalía: de ser la norma, hace años que Fórum hubiera quebrado como empresa. Probablemente, debido a lo icónico de su emplazamiento y su nombre, Fórum Callao aguantaba; también, siendo justos, eran los videojuegos y las tecnologías los que tiraban del carro. Literatura todavía sacaba la cabeza boqueando, aunque,

como Música y Cine, tenía un peso residual. Así que, en el fondo, Remedios, aunque quisiera, no podía hacer mucho daño.

—Ignacio, a Narrativa hispanoamericana.

Ignacio estuvo un rato haciendo como que ordenaba. Le habían dado un carrito con las novedades. Fue colocándolas con lentitud, dejando muchas cosas a medio hacer. Movía y removía igual que los niños cuando no quieren comerse un plato. Dejó pasar un tiempo prudencial y, cuando tuvo la sensación de que no podía estirar más el chicle, avisó de que había terminado. Remedios lo felicitó. Era una mujer grande, blanda, sudorosa: un bebé habría dormido apoyado en su seno más a gusto que en la cuna. Luego le envió a una salita con ordenadores a que revisara el *mailing*.

Todas las semanas, Fórum Cultura mandaba un correo electrónico a sus suscriptores en el que contaba los últimos lanzamientos, explicaba ofertas y presentaba descuentos de entre el diez y el veinte por ciento. El diseño lo hacía una agencia de publicidad bastante cara de nombre anglosajón: tenían mano para las creatividades y lo estético, sin duda, pero no eran capaces de deletrear correctamente Kapuscinski. Tuvo que mandar un correo avisando para que lo cambiaran. Se lo contó a Remedios y ella, en esa distribución absurda que hacía de las fuerzas de trabajo, lo envió a un nuevo destino: la mesa de atención al cliente.

El resto de la mañana fue bastante tranquila, apenas algún detalle molesto. Una señora mayor fue la única que lo sacó un poco de sus casillas.

—Estoy buscando un libro para mi nieto, uno que tiene la portada roja y como con flores.

—¿Sabe el nombre?

—No.

—¿Y el autor?

—No, pero ya le digo que es uno con la portada roja, de un rojo muy intenso, y que creo que hay unas flores. ¿Sabe cuál le digo?

Comió con dos compañeros en el descanso, Uxía y Braulio.

Uxía era gallega, del tipo cantarín. Tenía la pega de ser muy bajita, pero siempre andaba simpática, con gran sentido del humor; habladora, generosa, fiel, de gesto ingenuo, casi de gatito; una compañía agradable y agradecida. Viéndola atender a los clientes, con su alegría natural, se entendía rápidamente que era una mujer excepcional, de bandera. Sin embargo, a pesar de todo lo anterior, llevaba mil años soltera y no parecía

que eso fuera a cambiar. Ella se quejaba con retranca. A los hombres les asustan las tías con coco, decía. Quizás le perjudicaban sus gustos todavía adolescentes: el manga, el *K-pop*, seguramente el *hentai*... Aunque pasase los treinta, mucha gente la veía como una niña. Podría irle mejor con alguien más joven.

Braulio era mayor, cuarenta tacos fácil. Tenía la clásica silueta *indie* de patitas de pájaro y barriga creciente, ambos embutidos en pantalones o camisetas negras cada vez menos defendibles. Su forma de ser era lo contrario a Uxía: un hombre oscuro, feote, mal afeitado, muy seco, cenizo, con cariño para tres o cuatro cosas muy concretas: su gato, Jack Kerouac, la birra y su banda de versiones de The Clash (Quintana Calling, en homenaje al barrio del que venían los miembros; antes eran los Spanish Bombs, pero ya había un grupo de Ciudad Real con el mismo nombre). Seguía viviendo con sus padres, como Ignacio.

Durante la comida, Uxía estuvo intentando en vano iniciar una conversación. Ignacio sentía cada vez más el peso de la resaca y Braulio tenía problemas para socializar más allá de gruñidos concretos.

—Hoy me ha tocado en la parte de cómics y me preocupa porque sigo viendo muchos más chicos que chicas; el dato es importante en estas fechas porque ya hay chavales que han terminado el colegio o la universidad y están de vacaciones.

—Vacaciones —murmuró Braulio, tragando un bocadillo de lomo reseco—. Quién las pillara.

Ignacio comía un *tupper* de ensalada de pasta; Uxía, una Ensaladísima rusa, de la marca Isabel —sorprendente, teniendo en cuenta su gusto por la comida basura—. La mayonesa estaba en el límite. Desprendía cierto hedor. En verano hay que vigilar estas cosas.

La verdad es que en la calle hacía calor ya. Muchos de esos chavales entraban en el Fórum de Callao por el aire acondicionado, y la mayoría se quedaban anclados en la zona de videojuegos, jugando a demos del FIFA o Call of Duty, armando ruido, haciendo cosas de chavales, vaya. A Libros llegaban pocos, y si llegaban solía ser más despiste que verdadera pasión por la literatura.

—Solo leen los dinosaurios —insistía Uxía—. Pero yo con su edad leía mucho. ¡Era una friki! Vosotros también leíais, ¿verdad?

Ignacio y Braulio asentían. Yendo a comer, Ignacio se había cruzado con dos chavales que, en la zona de videojuegos, probaban uno de tiros. Se estaban robando el mando entre ellos, insultándose, picándose por ver quién conseguía más puntos. A su lado, tres chicas esperaban con los brazos cruzados a que terminaran la partida. Después podrían comprarse un helado en la Puerta del Sol.

VII

Por la tarde empezó a registrarse más movimiento. Había una presentación a las siete, una pena, porque de ser una hora más tarde habría podido escaquearse y dormir. Ya le empezaba a pesar el cuerpo. Ayudó a Braulio a prepararlo todo, distribuir las sillas...

—Pruébame los micros, Nacho.

—Un, dos, un, dos.

El libro que se presentaba era un poemario. Tenía un nombre de un gusto terrible: *Meconio*. Llegó el autor, muy puntual, acompañado del otro ponente. Hacían una pareja curiosa. Aurelio Gervás —así se llamaba el poeta— era un hombre de unos treinta y pocos años, muy pequeño, delgado, ya bastante canoso, con barbita sucia de tres días y unos ojos claros y vibrantes. Estaba muy agitado, no paraba de preguntar cuánto faltaba, cuánta gente se esperaba, qué iba a poner en las firmas si es que al final venía alguien y tenía que firmar el libro... El otro, más compuesto, desde luego, más tranquilo, iba elegantemente vestido y todo el rato bromeaba con su compañero.

—Aurelio, si no viene nadie mejor, así nos da tiempo a tomarnos unas cañas. Bueno, o una CocaCola, que tú no bebes.

La realidad es que fue bastante gente, hasta la mujer del poeta y su hijo, un bebé llorón y con aspecto enfermo, a quien iba dedicado el libro. El otro ponente fue el primero en hablar. Julio Gasset se llamaba. Ignacio asistió a todo con un dolor creciente en la nuca.

—Seré breve. Lo bueno, si breve, dos veces bueno. Hoy presentamos *Meconio*, de mi querido amigo Aurelio Gervás, y puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que las poesías de este libro rompen barreras, pisan cristal y dejan que brote la sangre. La experiencia de la paternidad, que en mi caso espero muy lejana —risas, y cierta expresión ufana del orador en consecuencia—, marca todos los versos con una intensidad, con una

crueldad que es tan incómoda como cristalina. La belleza de los textos de Aurelio reside en que nos obliga a ver partes de nuestra persona que queremos alejar, pero que están ahí.

El público lo escuchaba con atención. Aurelio Gervás se mordía las uñas al verlo hablar, con esa mezcla de ligereza y seguridad que desprendía. Ignacio se dio cuenta de que su cara le resultaba vagamente familiar, como si hubiera visto aquel rostro algún lado. Después salió el poeta.

El discurso de Aurelio Gervás, escrito en un papel enmarañado, fue absolutamente incomprensible. Parecía redactado como ciertas partes del *Ulises*, sin signos de puntuación. De nada se sabía el principio o el final. Quizás, con sus llantos, el único que vertebraba el discurso era el bebé, que se retorció cada pocos minutos en los brazos de su madre. No encontraron manera de calmarlo, así que hubo que sacarlo fuera. Al acabar —en parte porque la entonación del orador no indicó para nada que hubiera terminado—, el público se quedó en silencio, y esos segundos de desconcierto los sufrió Aurelio con una cara de terror absoluto, de pesadilla viva. Por suerte, Julio Gasset intervino y con sus aplausos pastoreó la reacción del respetable, que siguió todavía un poco desorientado.

Una vez se agradeció a los presentes su asistencia, Aurelio Gervás firmó seis o siete libros con agobio, y solo cuando el último desapareció, pudo relajarse.

—Qué mal lo paso... —suspiró, secándose el sudor con el dorso de la manga.

Su mujer, cansada de cargar con un saco de lágrimas, le dejó al bebé y salió a fumarse un cigarrillo.

—Gracias, pichulina —le dijo él, mientras ella ya desaparecía rumbo a la calle.

Ignacio había estado todo el tiempo fijándose en Julio Gasset, con los rasgos de este en la punta de la lengua. Era un tío guapo, quizás algo afectado, de los que dicen *chaise longue* o marroquinería; de hecho, el pelo largo y un pelín canoso, la barba cuidada, el buen olor y la tranquilidad en la propia piel, hablaban de cuero, de *scotch*, de partido de tenis y de un uso intencionadamente desastrado de las redes sociales. Por sus comentarios ligeros para tranquilizar al poeta, parecía también buen tipo. Encantado de conocerse, pero buena gente.

—Ignacio, recoge las sillas del escenario también —le dijo su compañero.

Ignacio fue, arrastrando los pies. Ahora el dolor se convertía en mareo. Tras la mesa de los ponentes encontró una bolsa muy elegante, llena de libros. Entre esos libros, inconfundible con su lomo azul intenso, había un ejemplar de *Darse cuenta*, su primera novela. Impactado, pensó que la falta de sueño le estaba jugando una mala pasada. Levantó la bolsa.

—Perdonad, ¿alguien se deja esto?

—¡Yo! —respondió Julio Gasset, que en ese momento hacía carantoñas al bebé de Aurelio Gervás, mucho más tranquilo con él que con su padre—. Gracias, chico.

Ignacio, un poco mudo, le fue a entregar la bolsa y no pudo contenerse.

—Ese libro es mío.

Gasset sacó una sonrisa amable.

—No. Esta es mi bolsa.

—Me refiero a que este libro —y sacó el ejemplar azul eléctrico de *Darse cuenta*— lo he escrito yo.

Julio Gasset reaccionaba con una afectación simpática a los imprevistos, arqueando mucho las cejas y dejando ver que las sorpresas, por muy inesperadas, no lo sacaban de guion.

—Chico, ¡pues es maravilloso! Estoy terminándolo ya. Bueno, terminando de releerlo. Lo tengo entero subrayado.

—Gracias.

Julio Gasset se agarró la barbilla, haciendo ver que claramente estaba teniendo una idea.

—Oye. Estaba pensando... ¿Sabes si puedo comprar más? Quiero regalarlo.

Ignacio se sorprendió viéndose tan piropeado, cuando la realidad es que, salvo en su círculo más íntimo, apenas había recibido reseñas. Un par de artículos mediocres en periódicos locales, una crítica feroz en un blog literario y nada más.

—La editorial quebró al poco de publicarlo. Así que, los que se distribuyeran en su día. No se ha reimpresso.

—¿Podrías conseguirme tú alguno más? —le preguntó Julio, poniéndole la mano en el hombro, mirándole a los ojos—. Me interesaría mucho regalarlo. Y creo que a ti también.

—¿A mí? —instintivamente acarició el libro, que seguía en su mano.

—Sí. Te doy mi número. Avísame si tienes más.

Ignacio apuntó su número, todavía inseguro.

—Venga, menos charleta —le dijo Braulio, que estaba desmontando el cartel y los avisos de la presentación.

—Voy, voy.

Al inicio de la conversación, Aurelio se había vuelto a apartar con el bebé, que se retorció y pataleaba, pero sin lloros.

—¡Aurelio! —exclamó Julio Gasset—. Eres un genio. Mira lo que hacen tus presentaciones. Aquí tienes a —cogió el libro de la mano de Ignacio y leyó la portada— Ignacio Benavides. ¿No te he hablado yo de *Darse cuenta*? Es el autor.

Aurelio cogió el libro con una mano, lo reconoció y se dirigió a Ignacio Benavides.

—Siempre es un placer hablar con escritores de nivel. Por lo que me ha contado Julio, enhorabuena.

Ignacio sonreía mucho, adulado. Apenas bastan unas palabras cariñosas para redimir a quien está acostumbrado a los sinsabores.

—No sé qué decir. Gracias. Y enhorabuena a ti por la presentación.

El bebé, en brazos de Aurelio, se había relajado otra vez. Ahora miraba a Ignacio completamente asombrado, como si él también se sumase al repentino reconocimiento. Qué carita tenía.

—Gracias. La poesía... La poesía es un arte famélico —dijo Aurelio—. Pero la novela siempre puede prosperar.

—Bueno, hoy en día ni la novela —respondió Julio Gasset, sonriente—. El futuro de las letras es el cine. Las series. Tú —volvió a coger a Ignacio por el hombro—, tú pásame cuatro o cinco copias. Me interesa mucho el libro, de verdad. Me ha maravillado. Le veo una vida posterior —con la mano libre se llevó el pelo hacia atrás, apoyándola después en la cintura; luego continuó en un tono de confianza—. En el amor está todo dicho desde hace mucho tiempo, sin duda, pero eso no significa que el tema se haya agotado.

Braulio resoplaba con escándalo, haciendo ver que no tenía por qué recoger solo. Ignacio ni le oía. Estaba entre feliz y conmovido, esperando a que en cualquier momento alguien le dijese que todo era broma. Síndrome del impostor.

—Aurelio, venga.

—Voy, mi pichulina.

La mujer regresó de fumarse el cigarrillo y apremió a los presentes. Justo entonces el compañero de Ignacio comenzó a apagar las luces y ya no hubo manera de seguir.

Julio se despidió de todos, galán y ceremonioso. A su amigo Aurelio le dio muchas enhorabuenas y le pronosticó éxitos seguros; a la mujer le dijo que la veía más guapa que nunca —a lo que ella correspondió con un gesto como de reproche—; al bebé le dio un beso paternal en la frente y un tironcito feliz en el moflete. A Ignacio le estrechó la mano sin soltarla mientras lo miraba a los ojos. Se puso solemne, como a declamar.

—Yo no soy escritor, así que no puedo hablarte de la experiencia de escribir. Aunque, de hecho, este es tu único libro, ¿no? —Ignacio asintió como un alumno—. Claro. Bueno, te decía: en el mundo del arte, los ejecutivos y los que manejan el cotarro hablan mucho del oficio, del callo, del hábito. Al entender las obras como una inversión, intentan ir a por lo seguro siempre, y parece que el que ha escrito el guion de una película exitosa tiene muchas posibilidades de volver a repetir ese éxito. ¿Cuál es el problema? Que esta gente se amilana. Empiezan a entrar en juego intereses de muchas partes, presiones, dinero... Al final, crean para todos menos para ellos mismos. ¿No te da la sensación de que la gran mayoría de la cultura que se lanza hoy en día —películas, libros, discos— es completamente plana?

—Sí, supongo —respondió Ignacio, entre asustado y maravillado por el razonamiento en curso. Había soltado la mano: le estaba empezando a sudar.

Julio siguió, gesticulando con elegancia. Tanto Aurelio, como su mujer como su hijo lo miraban: es ese momento incómodo de las despedidas, en las que alguien se alarga más de la cuenta y todos tienen que quedarse escuchándolo, poniendo buena cara, pero sin poder participar.

—¿Y crees que es porque los creadores son malos? No. Hay mucho talento. Muchísimo. Pero se va diluyendo entre toda esa jungla de opiniones y cifras. Todos los creadores, sea cual sea su campo, sienten una nostalgia tremenda de su primera obra. ¿Sabes por qué? Porque la están escribiendo cuando nadie mira, para sí mismos. El único criterio que prima es el suyo. Y eso provoca que, muchas veces, la falta de mimbres se supla con la

originalidad: una originalidad inconsciente. Hay muchas joyas que han nacido así, y luego sus autores se pasan la vida intentando volver a recuperar ese chispazo, con grandes apoyos, producciones, sin darse cuenta precisamente de que ese es su lastre. Ya están perdidos. La experiencia no siempre es buena. Mira el primer amor. Todo es nuevo. Todo se descubre. Luego en las siguientes relaciones ya se va cargando con el peso de las otras, se nos roba la espontaneidad, nos atan los demonios... Aunque bueno, me estoy enrollando demasiado —se paró, sonrió como disculpándose con los demás; luego puso un último ejemplo para resumirlo todo—. ¿Tú no te acuerdas de un verano, con unos dieciséis años, cuando una chica de tu pandilla de repente floreció y, sin darse cuenta, se convirtió en la más guapa del grupo? Ella actuaba normal, porque todavía no era consciente de su cambio. Tenía un brillo irrepetible. Luego al año siguiente ya llegó sintiéndose en plena posesión de sus facultades, y de la ingenuidad pasó al cinismo, se convirtió en una chica guapa más: todo el invierno había estado escuchando lo guapa que era. Pues eso pienso de tu libro. Está en ese primer verano. Así que mándame más.

¿Qué tipo de hombre hace un discurso así, despidiéndose de un chico al que acaba de conocer, cuyo libro dice que admira y al que repentinamente lo une un interés poderoso y todavía velado? Sin duda, alguien especial.

Dicho esto, se marchó con un gesto teatral. Un Uber negro se lo llevó a otra parte. Esa misma noche, Ignacio bajó al trastero de su casa y empezó a buscar y rebuscar, en vez de meterse en la cama a dormir la tremenda resaca. Ya empezaba a desistir cuando, tras una pila de vinilos viejos, encontró una caja. «Mierda», tenía escrito en rotulador. La abrió rompiendo el cartón. Dentro, un poco machacados, unos veinte ejemplares de *Darse cuenta*.

VIII

Cuando se nos acostumbra a algo, el hábito arraiga con más fuerza de lo que nos gusta reconocer. Hay patrones de los que nadie escapa. Pongamos, por ejemplo, el elogio, que nos habitúa por exceso: si es recurrente, se da por hecho; solo cuando falta notamos su ausencia, y la reprochamos. A determinadas edades se entiende todavía más. Los niños mimados hacen representaciones teatrales, o bailes, o dibujos, da igual. Los padres por generosidad siempre las alaban. Es su papel. Sin embargo, el día que ese halago flaquea o languidece, al niño se le clava una estaca en el pecho: le están negando lo que es suyo. El aplauso. No importa la calidad de la *performance*. El aplauso es inherentemente suyo, como suyos son sus ojos y suyos sus peluches. No se le puede privar de él.

Si el convencimiento viene a la inversa, es decir, si se nos acostumbra a la indiferencia o al fracaso, la reacción es diferente. Primero se experimenta un gozo inigualable. La realización. El sol nos nubla la vista y la cabeza vibra nerviosa; por todos lados suenan sonajeros, maracas de alegría. Luego, de repente, un pie pierde el equilibrio. Al andar tan ligero hacia esa promesa feliz, se ha quedado sin camino. Debajo hay barranco. Son las dudas. Se le ha hecho creer que no es merecedor de ningún reconocimiento. Su estado natural es el fracaso, la resignación. El rostro cambia del espontáneo júbilo a la incredulidad. Lo están engañando. Es una broma. Por eso el acostumbrado a elogios no sabe encajar el fracaso, y se frustra. Por eso el acostumbrado al desprecio no sabe encajar el éxito, y naufraga.

Un poco como el segundo se sentía Ignacio. Aun así, fue a casa de Julio Gasset. Vivía en la avenida de Miraflores, Puerta de Hierro, una zona plagada de embajadas y árboles. A pesar del calor que ya empalagaba Madrid, los plátanos de sombra —hojas palmeadas, parches en el tronco— daban un respiro y cierta sensación de frescura al barrio. Ignacio llegó algo sofocado, tras dos autobuses apretados y de barras calientes. En su mano,

cinco ejemplares de *Darse cuenta*. Podría haberlos llevado todos, pero esa duda de la que hemos hablado antes te empuja a ser mirado.

Llamó al telefonillo y tardó un rato en recibir respuesta. Finalmente Julio le abrió, pero en su tono de voz —quizás era la inseguridad— Ignacio percibió que se había olvidado de su encuentro, a pesar de que tan solo un día antes habían intercambiado mensajes por el móvil. Cruzó un jardín decorado al estilo mediterráneo, con grandes vasijas y estética clásica. La piscina, aunque pequeña, parecía la piscina de un emperador, con sus motivos romanos. Julio Gasset abrió la puerta justo cuando iba a llamar al timbre.

—¡Ignacio Benavides! ¡*Darse cuenta*! Pasa hombre, pasa.

Le dio un abrazo de grandes amigos y le ofreció entrar. Tenía esa sonrisa viril, ufana.

—Estoy con una amiga, espero que no te importe.

Lo llevó hacia el salón. Había un refinamiento claro, un orden: era una casa que perfectamente podría haber figurado en las páginas del *Architectural Digest*, con sus maderas nobles, su azul maduro, su —obvio— *chaise longue* de cuero. En las paredes había, paralelas, varias enormes estanterías que llegaban hasta el techo, plagadas de libros. También había pequeñas figuras escultóricas, un mueble precioso del que asomaban filas de vinilos, con el tocadiscos encima; varios cuadros, la mayoría contemporáneos, sin grandes figuraciones, tan solo colores y texturas. A Ignacio, toda esta sofisticación, por falta de costumbre, lo intimidó un poco. En el sillón, casi oculta por un gigantesco centro de flores secas que salían disparadas de una damajuana, estaba la amiga. Era una mujer de mediana edad, pequeñita, con el pelo corto y rizado y unas gafas de colores muy vivos.

—Ignacio, esta es Andrea Lledó, la mujer que decide qué es arte contemporáneo y qué no en nuestro país.

Julio, por cierto, llevaba unos pantalones de lino blanco, alpargatas beis y camisa azul oscuro también de lino.

—Un placer.

Andrea Lledó le estrechó la mano y disculpó el halago arqueando los ojos, más por la exageración del otro que por modestia. Ignacio seguía con los ejemplares agarrados.

—Bueno, en realidad ya me estaba yendo, no os quiero molestar. Hola y adiós. ¿Tu nombre...?

—Ignacio Benavides.

—El placer es mío, Ignacio.

—Te acompaño —dijo Julio, al levantarse ella—. Un momento.

Ignacio se sentó en el sofá casi sin apoyar peso en él, y captó retazos de la conversación de despedida.

—Ella lo que quiere es empezar por una obra modesta, pero de un pintor con proyección. Para iniciarse bien y con cabeza.

—Ya, Julio, pero eso me lo pedís todos, y luego llegan los rusos o los árabes y se llevan quince de un plumazo porque no son tan... Prudentes. Y yo tengo que vender. Y si es caro, mejor.

Después, varias frases ininteligibles y la puerta quejándose al cerrarse. Julio volvió al salón sonriente, a pesar de que antes había sonado serio, casi suplicante.

—¿Quieres algo de beber? ¿Qué te sirvo?

—Estoy bien, gracias —respondió Ignacio, aunque le ardía la garganta por los nervios y la sequedad.

De nuevo el anfitrión desapareció. Ignacio se puso en pie. Fijó la vista en una gigantesca fotografía en blanco y negro enmarcada en la pared. Era Serge Gainsbourg, el cantante francés, con un gesto agrio y una copa y un pitillo. Lo miraba desde arriba, con displicencia. Oyó un tintineo de hielos. La empleada del hogar salió de la cocina junto a Julio, trayendo consigo una jarrita de agua con pepino. Depositó la bandeja en la mesa baja. Llevaba un uniforme antiguo, de colores entre azules y blancos.

—Gladys, este es Ignacio Benavides, un escritorazo.

—Mucho gusto —dijo ella, y después se fue.

Quedaron a solas de nuevo. Al estar frente a frente, Ignacio se dio cuenta de que tenían la misma altura, metro ochenta, aunque en la presentación le había parecido que Julio Gasset lo superaba claramente.

—*Darse cuenta*. Darse cuenta. ¿Y cómo es que soy el primero en darme cuenta? —preguntó Julio Gasset, posando su mano en el hombro de Ignacio, invitándolo a sentarse de nuevo—. ¡Es una maravilla! Permíteme, si no te importa, leer un pasaje que me tiene fascinado.

Tenía, debajo de un gran libro de arte sobre Egon Schiele, su copia de *Darse cuenta*. Empezó a leer con su voz de hombre.

—«No sé qué había de verdad, no sé qué había de juego. En la vida todos somos víctima y verdugo. Sin embargo, uno puede elegir la frialdad con la que ejecuta o la entereza con la que sufre. Ella, que todo lo hacía aséptico, cortó el final con la ligereza de quien poda una rama». ¿Quién es ella? —preguntó Julio Gasset, vivamente interesado.

Ignacio recordó a Carlota, e involuntariamente se le contrajo la cara.

—Una novia que tuve en la universidad.

—Tenía que ser una maravilla.

Ignacio no contestó. Muchas veces, si conociéramos a las personas que inspiran a los más grandes artistas, despreciaríamos el arte.

—¿Puedo preguntar —dijo, todavía un poco desconfiado— por qué te interesa tanto? ¿Y por qué me interesa a mí que te interese?

Julio Gasset adoptó un tono más serio y comenzó a hablar con mucha naturalidad.

—Pues te voy a ser sincero. Es un libro primerizo. Tiene fallos de estructura. Me carga el narrador. A veces me resulta patético. Un llorica —cruzó las piernas y dio un trago al vaso de agua; a Ignacio se le había tensado el rostro con el cambio de discurso respecto a la vez anterior—. Pero hay algo magistral que salva todo. Ella. El personaje femenino. La antagonista, si la pudiéramos llamar así. Es un retrato único. Finísimo. La siento como si la conociera. Esa es la magia del libro.

Al decir esto último, gesticuló visiblemente con las manos.

—Y a ti —siguió— te interesa por lo siguiente. Yo no soy ni productor, ni guionista, pero tengo mucha mano en el cine. Y creo que aquí hay un personaje femenino especial, interesantísimo. Ahora —otro trago al agua— hay que hacer protagonistas femeninas. Todo el mundo quiere protagonistas femeninas. Hasta en las pelis de acción hay protagonistas femeninas. El clásico hombre insensible ya lo tenemos desde siempre. Quiero la mujer insensible, la que está por encima, pero no como bruja o arpía, ojo; quizás habría que cortarle el pelo al lloriqueo del hombre, darle alguna motivación a ella, que seguro que la hay, para romperlo todo; en fin, ordenar algunas cosas para que tenga más sentido. Este libro, bien adaptado y trabajado, puede acabar siendo una película. Esa es mi idea. Por eso te pedí más ejemplares. Tengo en mente varios guionistas que quiero que lo lean. A ver si lo ven tan claro como yo.

Cuando uno publica un primer libro, aspira básicamente a publicarlo. El mero hecho de ver tu nombre en papel, en la portada, y de superar el laborioso trámite de la escritura suelen bastar para darse por satisfecho; después, se puede plantar un árbol y tener un hijo, y ya nos morimos tranquilos sabiendo que nuestro trabajo aquí está hecho.

—Por supuesto, esto no significa que vaya a salir adelante al cien por cien —aseveró Julio Gasset—. No depende solo de mí. Es un proceso largo, hay que trabajarlo desde mil puntos e implicar a gente de la industria. Pero tengo mucha mano.

A Ignacio todo esto le resultaba tan increíble que no se veía capaz de hablar. Ni siquiera le molestaba ya lo que había dicho sobre el narrador que, a fin de cuentas, era él.

—Me gustaría hacerte más preguntas, no solo del libro, también de ti —dijo Julio.

Estuvieron unas horas más hablando. Ignacio acabó por perder la timidez que lo atenazaba y se lanzó él también a preguntar sobre su interlocutor. Descubrió que Julio Gasset era un poco de todo y todo de nada. Tenía una vinculación muy fuerte con el mundo artístico: la literatura, el cine, la música, la pintura; en todos esos campos conocía a quien había que conocer, hablaba con familiaridad de los nombres que Ignacio veía tan lejanamente a través de su pantalla, se le acumulaban las anécdotas, los viajes, las fiestas... Sin embargo, a título personal, su papel en todos los proyectos se resumía en conceptos como colaborador, impulsor, benefactor; siempre dentro del meollo pero nunca bajo el foco.

—Yo llevé a C. Tangana a Cuba —le dijo, en un momento de la conversación.

Para alguien curtido en esta industria, las palabras de Julio Gasset hubieran resultado insuficientes. La realidad es que Ignacio, como la grandísima mayoría de los jóvenes, veía ese mundo con una mezcla de cinismo y admiración; sobre todo, lo veía lejos, inasible, aunque sucediese en su misma ciudad. Por eso la cascada de nombres acabó por exaltarlo, porque imaginarse en esa caterva de deidades le erizaba la piel; pensar que su libro podía acabar en manos de un Amenábar o un Urbizu —que tan accesibles resultaban ahora— hacía que dejarse llevar por las promesas de Julio Gasset fuera poco más que una obligación, dada la perspectiva de gloria que arrastraban.

Al final, justo antes de irse, hablaron de la presentación del libro en la que se habían conocido.

—¿Qué te parece la mujer de Aurelio? —preguntó, de repente, Julio Gasset.

—Bien. Una mujer agradable.

—Era más guapa hace unos años. Antes de ser madre.

Luego se despidieron y, en el trayecto de vuelta, Ignacio repasó y saboreó todos los nombres dichos y deseó crecer bajo la influencia de Julio.

IX

Después del encuentro Ignacio volvió a su vida cotidiana, y con el correr de los días le crecieron los enanos. ¿Cuál era el siguiente paso? Tras la conversación, no habían quedado en nada: tan avasallado resultó por el despliegue que no cayó en poner un objetivo, una fecha, un calendario. El entretiem po le fue picoteando la cabeza. Dice Zweig en sus *Momentos estelares de la humanidad* que gran parte de lo que ocurre en la historia es indiferente o trivial. El cambio y las gestas se concentran en apenas unos instantes, cuando a su alrededor lo que hay es un inmenso océano de tedio.

Las siguientes semanas sucedió más bien poco. A sus padres, con los que no solía hablar de estas cosas —también es verdad que, por lo general, estas cosas no se habían dado, o se tenían por olvidadas o resignadas—, les contó vagamente el interés de Julio Gasset. Ambos se mostraron temerosos, y sobre todo intrigados por el repentino entusiasmo que había despertado el libro. Eso hizo que Ignacio se convenciese todavía más del beneficio que este hombre le podía traer, como los niños que reaccionan haciendo exactamente lo que se les prohíbe.

—A mí el nombre me suena —dijo su madre, que se olía algo.

Unos días más tarde, llegó con un ejemplar de *¡Hola!* del verano pasado —tenía la costumbre de acumularlos todos; luego, al cabo de varios años, los tiraba, no sin antes repasarlos comentando la decadencia de alguno de sus protagonistas—. Hacia la mitad del número, unas fotos de un barco en Menorca con el siguiente titular: «Julio Gasset Jr, vacaciones con amigos para superar su última ruptura». Entre sus compañeros, varios titanes del mundo de las artes, todos morenos, con alcohol en la mano, la mayoría fumando.

—Este hombre es un vividor.

—Lo es —respondió, seco, Ignacio.

La confirmación de sus conexiones al más alto nivel le gratificó aunque también le impacientó: ¿de verdad iba a tener tiempo para su libro? Por otro lado, que un hombre que rozaría los cuarenta años tuviera el epíteto de junior le hizo bastante gracia.

En el trabajo le invadió una sensación extraña, una mezcla de inseguridad y altanería. Cuando le preguntaban por autores, especialmente los noveles, tendía a hablar mal de ellos, a reducirlos, porque de repente se imaginaba parte de un círculo al que ellos no podían acceder. Además, el reconocimiento a sus habilidades literarias —que durante tanto tiempo había imaginado insuficientes— le metió en pequeñas dosis el veneno que aqueja a la mayoría de los artistas: la envidia. Los grandes nombres, a los que él también admiraba, no suponían ningún peligro: un joven cineasta no se siente amenazado por Buñuel, si acaso lo estudia y lo desgrana para poder sorberle el jugo en sus futuras obras; lo que va a parecerle menor, por competir por el mismo espacio, es la nueva ola, la más reciente aparición, que siempre le resultará injusta en comparación con la calidad de su propio trabajo.

Quizás por estar con este aire resentido se acercó más a Braulio, que hablaba menos que Uxía. El hombre tenía un cinismo ramplón que reportaba un doble beneficio: por un lado, se podía compartir con él un genérico sentimiento de injusticia, de pesar; por otro, sus razonamientos eran tan simples que le daban a Ignacio una clara sensación de superioridad intelectual. Aun así, no faltaban las situaciones irritantes. Le fastidió en especial el moderado éxito de otro autor joven, Santiago Isla, que acababa de publicar una obra bastante similar a *Darse cuenta*, en cuanto a estructura y vocación lírica. Todos los días llegaba alguien a su puesto en Fórum —casi siempre chicas universitarias— y preguntaban por él.

—¿Qué tal es este libro?

—Mucho ruido y pocas nueces. ¿Has probado con *El spleen de París*? No tiene sentido ir a la copia teniendo el original.

Pero claro, Baudelaire era un feo sifilítico y el otro un guapito de cara. Además, hablaba de Madrid y el pijerío, normal que esas chicas quisieran leer sobre sí mismas.

En cuanto a libros-producto, los del famoseo autobiográfico, le parecían todavía más desdeñables, casi una ofensa, como poner a Rita Hayworth a vender ligas en un chino. Ignacio había usado muchas veces el término

comercial a modo de insulto, diferenciando la literatura de verdad del entretenimiento impreso, la sopa boba de las letras. Sin embargo, su propio y pronosticado éxito no le resultaba incoherente con esta postura, como sucede tantas veces. La repentina asunción de un futuro glorioso no impidió que, en determinados momentos, se le desmontase el castillo de naipes. Así estuvo un mes, sintiéndose cercano a una promesa infinita y a la vez lidiando con una realidad tan desasosegante como cierta.

Su padre, agobiado por la posibilidad de una nueva decepción, lo sentó un día.

—Ignacio —le dijo, en un tono que hacía presagiar una conversación seria—, ¿qué tal en el trabajo?

—No estoy muy contento, la verdad.

—¿Qué vas a hacer? ¿Buscar otro?

—No. Tengo esta oportunidad que ya os conté. Confío mucho en ella.

Al padre le vinieron recuerdos de su ruptura con Carlota, del abandono de la carrera y el camino tortuoso y gris que había tomado la vida de su hijo desde entonces.

—Piensa que mandarlo todo al garete de golpe puede tener consecuencias graves. Actúa como Tarzán —intentó meter un chiste para aligerar un poco—, que no soltaba su liana hasta que cogía la siguiente.

—Aguantaré lo que tenga que aguantar —respondió su hijo, sin entrar al trapo—. Y luego ya veré.

La conversación tomó un camino agrio, porque Ignacio andaba muy a la defensiva.

—No se te puede decir nada —le reprochaba el padre—. Con ese carácter no vas a ningún lado.

—Ya soy mayor para decidir qué hago con mi vida.

—Entonces ya eres mayor para asumir el coste de tus errores. No van a estar siempre tus padres detrás, con una casa en la que dormir y la cena caliente.

—Bueno —respondió el hijo, con actitud lobuna—. La casa sí que va a estar ahí, que soy hijo único.

—No fuerces la máquina, niño.

Ignacio no entendía que su padre lo que quería era ayudarlo, no echarle cosas en cara, pero se empeñaba en ver la lección como castigo y no como consejo.

Además, los hijos siempre juzgan con una extrema dureza a sus padres. Pedro Benavides había trabajado durante treinta años en Iberia en un puesto técnico, tras haber fracasado como opositor durante su juventud. Ahora ya rozaba la jubilación, y en su vida profesional no había ningún hecho demasiado meritorio: con el paso del tiempo, y por pura inercia, había acumulado ascensos menores hasta alcanzar un puesto medio de relativa tranquilidad, ni frío ni caliente. Ahí se había mantenido, valorado por sus subordinados como un tipo cercano, y por sus jefes como hombre cabal, capaz de discurrir serenamente por los cauces de la empresa sin dar problemas ni tampoco grandes soluciones. Qué iba a saber él del mundo artístico y sus cuitas.

Por su parte el padre, nada proclive a la discusión, encajaba de mala manera el espíritu entre impulsivo y dubitativo de su hijo. La chulería filial —fruto de la incomprensión— le hervía la sangre: a los hombres mesurados, el rebelde respondón les parece un completo imbécil, un maleducado que se empeña en traspasar continuamente las fronteras que ellos no llegan ni a rozar, por detenerse mucho antes. También sentía una mezcla de perplejidad y culpa. Ignacio había sido un niño bueno, de notable, con una adolescencia un poco introvertida y literaria; además, tenía cierto don de gentes, una especie de ingenuidad natural algo atractiva, era bastante guapo —en eso sin duda se parecía a la madre; que a los veintitantos él la conquistara se explica solamente por la diferencia de edad y por la seguridad que daba ya entonces con su trabajo formal y sus apacibles maneras—. Podría haber sido un chico feliz, seguro, tranquilo. En lugar de eso, desde que comenzase la carrera iba pegándose cabezazos con la vida. ¿Qué papel jugaba él en el fracaso? Puede que hubiera actuado de manera permisiva, pero no se le puede recriminar a un padre que permita a su hijo intentar realizar sus sueños. La realidad es que, cuando había intentado orientarlo, solo había conseguido rebotes mucho mayores que el desvarío inicial. Siguieron discutiendo.

—Pero ¿qué tienes en firme, Ignacio? ¡Nada! No puedes dejar lo que te da el sustento.

—Ya te he dicho —respondió el hijo, muy harto— que no he tomado ninguna decisión. Que iré viendo.

—Pero nos conocemos. Usa la cabeza, por favor.

—No te preocupes. De hecho —se levantó— tienes razón en una cosa. Me he quedado demasiado parado. Voy a escribir a este hombre. Necesito noticias.

Dicho esto, se fue. Quizás por evitar continuar una charla trascendental con su padre, Ignacio dio el paso que puso en marcha todo el engranaje. Escribió a Julio Gasset, que de manera muy natural le dijo que esa misma noche había una fiesta, que estaba invitado y que allí tenía buenas noticias que darle y gente a la que conocer.

Ignacio se duchó, se vistió con la elegancia que estimó posible y salió de su casa agitado y expectante. Era miércoles por la noche.

X

La existencia del otro constituye un absoluto misterio. En el atardecer anaranjado de Madrid, cuando empiezan a prenderse las ventanas, se nos revela por un momento nuestra insignificancia.

En su piso de Argüelles, Uxía, ya en pijama (camiseta de Piolín, *shorts* deportivos de Nike), veía un capítulo de *Naruto* en el ordenador. Se lo sabía de memoria, incluso podía llegar a recitar los diálogos a pesar de ser en japonés (verlos doblados al español le parecía, como buena *otaku*, perder parte del encanto). Sobre la mesa, al lado de su tarjeta de empleada de Fórum, una caja de Phoskitos. Se había comido dos. Luego había parado. La información nutricional era desoladora. Por cada 100 gramos, 419 kilocalorías, 18 gramos de grasa (de los cuales 13 eran grasas saturadas), 58 gramos de hidratos de carbono (de los cuales 39 eran azúcares), 5 gramos de proteínas y 0,23 gramos de sal.

Encima de la estantería de los cómics tenía enmarcada una foto en el distrito de Akihabara, en Tokio. Ella salía en una esquina, casi sin querer, con una pose un poco ridícula. De fondo, las luces estroboscópicas, los reclamos, el tráfico y la cartelería de neón iluminando la cara felicísima de Uxía. En un lado del mismo mueble, casi mirando a la pared, otra foto, que Uxía dudaba si quitar o no. Al persistir la indecisión, la mantenía en un estado semioculto: efectivamente estaba ahí, pero para vislumbrar su contenido había que pegar la cara al gotelé en un escorzo muy poco natural. Salían ella y Nuria.

Nuria había sido —y lo seguiría siendo, pero de otras— su peluquera. Tenía un local cerca de casa de Uxía. Un día se había decidido a entrar al cruzarse con su propio reflejo en el cristal de un supermercado. Le pareció que necesitaba un cambio. Unas calles más abajo estaba Monita Boom, la peluquería de Nuria. Conocerse y agradarse fue todo uno: las dos eran parlanchinas, hablaban por los codos, intercalaban temas de una forma muy

vivaz y muy alegre; comentaban todo en un tono que, por lo general, tenía más de inocente que de malo. Si la dueña de la peluquería hubiera sido otra, probablemente habría echado a Nuria del trabajo por semejante palique: cada vez que Uxía se hacía algo en el pelo se les iba la tarde a las dos. Por suerte, la dueña era Nuria, así que no hubo problema. Durante esa época Uxía llevó el cabello a lo *garçon*, con destellos azul celeste o rosa.

Hacían una estampa curiosa. Nuria era *mod*, así que juntas parecían dos estereotipos opuestos, avatares de estilos que no casaban entre sí. En la foto —si la pusiéramos mirando hacia el salón— salían sonrientes en Carnaby Street, la calle de Londres donde los músicos de los 60 compraban su ropa psicodélica. Nuria llevaba un vestido largo de color negro, con cuello blanco, y unos zapatos de charol. Al estar un poco gordita, parecía una muñeca antigua. Uxía, vaqueros apretados, zapatillas, camiseta de la serie *One Piece* y sudadera.

La idea del viaje había sido de Nuria. Uxía, que no tenía un interés particular en la música, se había dejado arrastrar por el entusiasmo de su amiga. Le había hablado con los ojos iluminados del *swinging London*, de las peleas en Brighton, de la explosión de color, del *paisley*; le había enseñado un vídeo de YouTube en el que, en 1965, un garito atestado de *mods* bailaba «Green Onions», de Booker T. & the M.G.'s, fumando y atusándose un pelo magnífico. Era difícil resistirse. Nuria, al ser de Barcelona, transformaba las jotas en «sh»; entre cháchara y cháchara, sacaba su móvil y empezaba a buscar.

—Mira, te voy a poner un tema de *Shimmy* Hendrix.

Y era tal el entusiasmo que mostraba que por fuerza tenía que gustarle a ella también.

Todo fue planeado con mucho tiempo. Las dos eran bastante minuciosas, hormiguitas, así que encontraron vuelos baratos con antelación y una habitación en un hotel que, para los estándares ingleses, era bastante digna (la opción de Airbnb se había descartado desde el principio: Nuria lo odiaba porque decía que se estaba cargando su ciudad). El día anterior se habían llamado por teléfono para repasarlo todo. La palabra más repetida fue «emoción».

Lo que pasó en ese viaje no lo supieron más que ellas dos. La realidad es que al volver ya no eran amigas. De una total comunión se pasó al silencio. Fue como talar un árbol. Uxía dejó de ir a la peluquería de Nuria y acabó

con un corte convencional. Estaba mucho más guapa. Recibió algún piropo y le dio igual. Los siguientes meses anduvo cabizbaja, sin esa graciosa algarabía que la acompañaba a todos lados. Nadie quiso preguntar. Ella tampoco quiso contar nada. La foto, hecha y enmarcada el primer día, había vuelto en su maleta, aplastada entre unos dulces de Harrod's y un pantalón oscuro. Ahí estaba ahora, castigada en el salón, en el limbo de las cosas que queremos dejar ir, pero todavía nos agarran del brazo.

Uxía repasó todo esto, pensativa. Se comió un último Phoskito. Se le pringaron los dedos, así que se los chupó. Tumbada, puso un cojín bajo las lumbares. Llegaba el eco de algún transporte grande, probablemente un autobús o una furgoneta que bajase por Alberto Aguilera. Dejó que los párpados se le fueran cerrando. Su pantalón de Nike tenía una minúscula mancha de café. Bajó la mano. Dudó. Luego le pudo un poco más la tristeza que lo otro y desistió. Fuera seguía nublado, el ambiente iba cargado. Cogió el ordenador y se lo llevó a su cuarto. Puso otro capítulo de *Naruto*.

XI

La noche quedó pesada, casi húmeda. Ignacio, preocupado por no sudar la camisa, fue en Uber, haciendo un dispendio excepcional. La cumbia machacona que llevaba el conductor no le hizo el trayecto agradable:

*Fue en una noche de cumbia
donde yo te conocí,
fuego hay en tu cintura
cuando me bailas a mí.*

Se bajó frente a un gran chalé a las afueras, en una zona residencial con mucha seguridad. Los veinticinco euros de trayecto le dolieron: valía casi lo mismo que el abono joven de transporte público, aunque hacía un par de años que él no entraba en esa franja de edad. El coche se marchó. Al exterior llegaba un hilo musical bien caliente. Fue a llamar al telefonillo cuando se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Al pasar, vio a una chica hablando por el móvil. Se acercó tímidamente. Ella se dio cuenta y colgó.

—¡Hola! —le dijo, dándole un abrazo que a Ignacio lo dejó tieso.

Era alta, castaña, fina; llevaba unos pantalones acampanados y una camiseta blanca; en la camiseta se le marcaban los pezones, que debían de ser agudos y pequeños, como chinchetas; iba descalza y olía a limón helado. ¡Y se llamaba Josefina!

—Yo soy Ignacio. Me ha invitado Julio.

—¡Claro! Bienvenido. Esta es mi casa. Y la tuya —era cariñosísima—. Pasa al jardín, sigue la música. Sírrete la bebida que quieras.

Después volvió a hacer otra llamada. De manera involuntaria, Ignacio pensó en alguna fiesta anterior a la que había asistido: si el anfitrión era

generoso, todos aportaban diez o quince euros y él se encargaba de comprar alcohol y algo de comida. Desde luego, nadie se llamaba Josefina.

El jardín era grande. Estaba iluminado con focos, como los monumentos por la noche. Había un aroma a flor silvestre. Al fondo, un pequeño escenario, adornado con guirnaldas y motivos de fiestas de pueblo. Un DJ calvo y tatuado pinchaba y bailoteaba un poco, sin recibir mucha atención. La piscina ocupaba el espacio central, tentadora e iluminada también. Detrás de ella estaba la casa en sí, con un porche colonial.

Los invitados tenían un pelaje variado. Algunos llevaban ese estilo radicalmente moderno, entre la sorpresa y el mal gusto, con riñoneras, camisetas estridentes, tops deportivos para ellas, zapatillas gigantes y estéticamente inclasificables; otros optaban por una elegancia retro, mediterránea, vagamente sensual, los hombres a lo Alain Delon y las mujeres a lo Jane Birkin, contándose la anfitriona entre ellas; por último, una tercera línea, casi en exclusivo masculina, donde primaban las americanas de lino, la madurez, algunas canas y un moreno euforizante. Ignacio, por su parte, llevaba una camisa blanca, unos chinos azules y unas Converse claras que rozaban el gris por falta de lavados. Su madre siempre le echaba la bronca por eso, aunque todos sabemos, siendo honestos, que las zapatillas lucen más si están algo machacadas.

Entre los hombres más sobrios distinguió a Julio Gasset. Tenía una copa de whisky en la mano y charlaba animado con un chico joven. Ignacio se acercó a ellos.

—¡Benavides! Madre mía. Qué ilusión. —Le puso la mano en el hombro, como acostumbraba; estaba extraordinariamente contento, arqueaba más que nunca las cejas, con los ojos chisporroteantes—. Qué bien que hayas venido. Bueno —añadió, poniendo la mano ahora en el hombro del otro chico—, hoy presento a dos futuras estrellas. ¡Acordaos de mí cuando triunféis!

El tipo resultó ser Santiago Isla, el que vendía sus libros como churros a las jovencitas en el Fórum. Se parecía mucho a su foto. Dentro de los grupos, era de los que tiraban más a Alain Delon, aunque, claro está, no tenía la belleza del actor francés. Llevaba pantalones anchísimos de color mostaza y un polo negro ajustado. Le cayó mal desde el principio.

—Qué hay —dijo Isla, sin mucho interés.

—Encantado.

Julio desapareció un momento a servirse otra copa.

—Oye, enhorabuena por tu libro —dijo Ignacio, intentando ser agradable—. Creo que se está vendiendo bien. Y es arriesgado.

La adulación, a la que nadie resiste, le iluminó un poco la cara.

—Muchas gracias, hombre. Estoy ya escribiendo el segundo.

—¿Qué vas a hacer?

—He pensado en algo más complejo, algo que se despegue de mi propia persona. En el primero hay demasiado del autor. Algo... —miró a las estrellas, como buscando inspiración, y se tocó con ceremonia la barbilla—. Algo sobre las promesas, las decepciones, la frustración.

—Suenas interesante.

Ignacio se quedó esperando a que el otro le preguntara por su libro, pero no sucedió tal cosa: estaba muy concentrado en su propia complacencia. Desde atrás, una de las Birkins apareció y, agarrándole cariñosamente, le susurró algo al oído. Isla sonrió, encantado. Era como un niño chico, entre modoso y engreído, con ciertos rasgos infantiles y una nariz prominente, sin duda por las engañifas, como Pinocho. Ignacio aprovechó para escapar y reunirse con Julio, a quien al fin y al cabo quería ver y preguntar.

—Ponte algo y te cuento.

En la mesa blanca, desplegadas con mucho orden, varias botellas de alcohol: vodka Grey Goose, ginebra Hendricks, whisky Cardhu, ron Zacapa Centenario. Se sirvió un *gin-tonic* cargadito, porque veía que los demás le llevaban ventaja.

—He hablado con Inma Reguilón, no sé si la conoces —comenzó Julio Gasset, adoptando un tono como de confidencialidad—. Es la que decide qué películas se hacen y cuales no en nuestro país. Una mujer muy culta, pero muy agresiva. Muy crítica también. Me ha prometido que lo va a leer con cariño. También le he pasado tu libro a Enric Molina y Jorge Navarro. Son dos guionistas catalanes que siempre trabajan juntos. Han ganado varios Goyas. Enric se ha leído una parte y coincide conmigo: le fascina el personaje femenino. Creo que por ahí podemos tirar. Si a Inma le interesa y llevo a estos dos bajo el brazo, ¡pam! —al chocar la mano tiró la copa que tenía en la otra; el vaso cayó al suelo haciendo una pirueta amortiguada por la hierba—. ¡Joder! Bueno, qué más da. Me sirvo otra. ¿Tú qué tienes?

Ignacio le enseñó su *gin-tonic*.

—¿*Gin-tonic*? Bueno, aderézalo un poco. Hazme caso.

Mientras se echaba la nueva copa, siguió contándole.

—A lo mejor es empezar la casa por el tejado, pero también tengo alguna idea para el *casting*. Ya sé qué agencia podría hacérselo. Eso déjalo en mis manos. Tenemos que poner en el papel a una mujer que te tumbe de verdad, que dé pie de manera razonable a esa desesperación que atraviesa tu libro. ¿Cómo me habías dicho que era esa antigua novia tuya?

—No sé si igual que la que tienes en mente. Era más normalita.

—Bueno, esto es cine. Mira las películas históricas. ¿De verdad te crees que, en el Londres victoriano, todos eran tan guapos?

Ignacio se rio por primera vez, soltándose un poco. El *gin- tonic* se lo bebió casi de un trago, por el calor y por los nervios.

—Ey, espera —le interrumpió Julio, al ver que se servía el segundo—. *Gin- tonic*, ¿verdad? ¡Josefina! ¡Ven aquí! Ven un segundo.

Josefina apareció. Seguía descalza.

—¿Puedes aderezarle la copa al niño? —le preguntó, con esa sonrisa ufana genial.

—¡Claro! Ven, dame. Ahora mismo vuelvo.

Regresó al minuto con la copa de Ignacio, que la miró dubitativamente. Probó un par de sorbitos tímidos. Le supo distinto.

—¡Bueno, es un gran comienzo! —le dijo Julio, dándole una palmada en la espalda—. No tiene mala pinta esto. Vamos a por esa película. Por el arte, los primeros amores y la muerte de la experiencia ¡Brindemos!

Y los dos brindaron con un trago largo. Josefina, que los miraba sin saber a qué se referían, animó a Ignacio a contarle. Julio aprovechó para escabullirse en otra dirección, no sin antes disculparse y exhibir otra vez esa bonita hilera de dientes. En las reuniones de gente tan social, los protagonistas van y vienen así, a la ligera, en un baile de sonrisas. Julio Gasset era escurridizo: hay gente que tiene esa forma de ser, siempre se están yendo.

—¿Eres guionista? —preguntó ella, cogiéndole de la mano—. ¿Qué tramáis?

En su expresión, tan generosa, había un pequeñísimo desbarajuste, como si detrás de la boca hubiera unos hilos tirando de ella; quizás es que el gesto, visto en perspectiva, fuera un poco de loca. Ignacio, sorprendido por el cariño que le profesaba la anfitriona —y también embrujado por sus brazos largos, su pecho, su olor— se dejó engatusar tan ricamente,

devolviendo la sonrisa todo el rato, inseguro, incapaz de saber en qué estaría pensando esta chica interesante de pezones afilados. Era como caminar a oscuras en una casa desconocida.

—No exactamente. Soy escritor —dijo, deseoso de que le diera prestigio, temeroso de que resultara petulante.

—¡Pues estás en el mejor sitio! Aquí hay más gente que escribe. ¿Conoces a Santiago Isla?

—Sí. Me lo han presentado.

—Es bueno, ¿eh? Me encantó su libro. Es... —dijo ella, y se paró a pensar, poniendo los ojos en blanco y girando con gracia el cuello—. Es muy intenso. Pero también es elegante.

Ignacio no respondió. A él le parecía simplemente frívolo.

—Yo lo conozco desde hace unos años —siguió ella—. Si te digo la verdad, me ayudó mucho en su día. —Hizo por esbozar de nuevo su sonrisa, pero de pronto se le apagó un poco—. Fue una época en la que se me piró bastante la pinza y me empecé a tirar a todo el mundo. Pasaba una mala racha: no sabía quién era, qué quería, a dónde iba... Todas las noches salía de fiesta y acababa en la cama con un tío. Se me fue la mano también con otras cosas —hizo un gesto dando a entender qué cosas—. Pero él me hizo entrar en razón. El tío me cogió una noche y me dijo, y no lo olvidaré nunca: «que la sinceridad con que te has entregado no la comprenden ellos, Josefina, ten cuidado, porque estamos en España: son uno y lo mismo los memos de tus amantes y el bestia de tu marido». Me extrañó porque yo no estaba casada, pero me hizo ver que me estaba equivocando.

Ignacio asintió. Reconoció los versos de un poema de Gil de Biedma y se sintió mejor que su nueva némesis generacional. El rollo moralista le pareció deprimente: meterle un gol a un equipo de infantiles cuando tienes veintitantos años es tan fácil que no merece ni el esfuerzo. Se quedó mirando a Josefina, que ahora musitaba algo para sí, quizás preocupada por no saber si debía haber contado una intimidad así. Sin duda, pensó Ignacio, se sentía muy a gusto con él, y era normal, él también se sentía extrañamente a gusto, casi cómplice. La historia de Santiago Isla no había ensuciado la imagen que tenía de Josefina; al revés, a cada minuto que pasaba ella era más agradable, más sincera, más locuaz. No le dio miedo, le interesó. Reparó en su piel, ligeramente tostada, suavísima. Por una extraña

sinestesia, sus dedos pudieron sentir la crema hidratante que, unas horas antes, había recorrido el cuerpo de la anfitriona.

—Escribí un libro hace unos años que Julio ha sacado del olvido —dijo Ignacio, retomando el tema anterior—. Quiere hacer con él una película.

Igual que en otros momentos le podía la inseguridad, ahora asumía natural su futuro en el cine.

—Bueno, Julio conoce a muchísima gente. Muchísima. Haces bien en ponerte en sus manos.

Fueron a sentarse en un banco, un poco apartados, mientras Ignacio seguía contando. Pasado un rato, sintió un hormigueo en la mandíbula. También, la imperiosa necesidad de abrazarla.

—¿Te importa...? —preguntó él, al sorprenderse a sí mismo rodeando a Josefina con los brazos.

—No, por favor, abrázame —respondió la anfitriona, sonriente. Ya se le había pasado el momento dubitativo, ahora volvía al estadio inicial, alegre y desconcertante.

Tenía el pelo sedoso, daba un gusto infinito recorrerlo con los dedos. A ella también le gustaba que se lo acariciaran.

—Y el libro, ¿de qué habla? —preguntó, mirándole a los ojos.

Ignacio tardó un poco responder. Estaba eufórico, genial, pero sentía un sabor amargo en el paladar.

—Es, es... —dijo, haciendo memoria—. Es prosa poética.

No supo explicar nada más allá. A Josefina le encantó.

Ella se había recostado sobre su regazo. Ignacio la miró desde arriba. Sintió de nuevo el sabor amargo, y con esa extraña clarividencia sensorial que de repente lo acompañaba supo que el mismo sabor amargo también emanaba de la otra boca, mezclado con el limón, el calor de la noche madrileña, la confusión y las copas. Tan de cerca, vio que en las mejillas le salían unas pequitas diminutas, un reflejo infantil que puntuaba su cara bonita. Hubo un segundo de vértigo. Ella, en vez de besarlo, se empezó a reír como una loca, apartándose.

—¡Prosa poética! ¡Prosa poética! —gritaba, a carcajadas, faltándole el aire—. ¡Prosa poética!

Ignacio, inseguro, reaccionó riéndose con ella, para que así no se riera de él.

—Sí, eso es, eso es —decía, con los mofletes rojos—.

—¡Prosa poética! —seguía ella—. ¿Pero eso qué...? —Y volvía a troncharse sin remedio—. Ay, ay, no puedo, ayuda... —decía, agarrándose al brazo de Ignacio, que ya no estaba tan feliz de sentir la piel contra la suya.

Duró tanto que llamó la atención de otros invitados, pero Josefina los tranquilizó con un gesto de la mano, mientras seguía con la otra agarrando fuerte el brazo de Ignacio. Era una escena curiosa: él sonreía sonrojado, con timidez, siguiéndole el rollo; la otra estaba ya casi en el suelo de la risa. Por alguna extraña razón, a pesar de que era claramente ofensivo, Ignacio no fue capaz de enfadarse. Todo lo contrario. Le encontró un punto gracioso y hasta le resultó lógico el tema. Prosa poética. ¿En qué estaría pensando?

Cuando consiguió serenarse, Josefina dijo que se piraba.

—¡Me piro! Voy dentro. Luego vuelvo, «prosopoético».

La delgada figura desapareció hacia el porche e Ignacio, como si lo iluminase un rayo, se dio cuenta de que le hubiera gustado mucho besarla. Estaba borracha, porque se movía de una forma entre descoordinada y estúpidamente feliz, y eso había provocado la escenita. Sonrió, ufano, en una mala imitación de su benefactor, pero luego deseó que volviera.

Los demás invitados, tan simpáticos que parecían programados, acogieron a Ignacio y se interesaron por él. Pronto se le olvidaron las pecas de Josefina. El chico nuevo, sorprendentemente crecido y ajeno a su timidez, se sintió protagonista, genial. Notaba a su alrededor como una nubecilla eléctrica. En esa fiesta, todos tenían en mayor o menor medida una vocación artística. Una chica de pelo rapado y rasgos inquietantes le contó que hacía esculturas con chatarra.

—Es muy siglo veinte. Pero es que yo soy muy siglo veinte.

Luego, un tipo jovencísimo, casi un niño, le enseñó en el móvil su último videoclip.

—Esto lo grabamos en LA. Allí tienen una forma de pensar que aquí no tenemos. Todo es a lo grande.

Sobre una base de ritmos latinos, el chico escupía rimas entre lo grosero y lo azucarado. Una bailarina de *striptease*, sentada en su camerino, leía un libro gordísimo mientras se sucedían los versos del rapero:

*Me gustas porque eres diferente,
no te importa lo que diga la gente.*

Después se subía a una barra y empezaba a hacer contorsionismo, mientras el cantante gritaba: ¡Culo, culo, culo, culo! A Ignacio le pareció genial.

Entre toda esta marabunta de artistas y provocadores, Ignacio se sorprendió al ver a Aurelio Gervás. No había reparado antes en él porque el poeta, oculto tras una de las grandes columnas del porche, no se había movido de ahí, y había que adoptar un ángulo especial para tenerlo a la vista. Era casi como si se estuviera escondiendo. En su mano, aguadísima, una Coca-Cola.

—Procuró no beber alcohol —le explicó—. Me sienta muy mal al estómago.

Ignacio, extasiado por todas sus conversaciones previas, por la atención, por el romance, por la luna; en fin, henchido de vida y de euforia, no pudo evitar sentir una compasión maternal por Aurelio. Por un foco que le daba a contraluz, sus rasgos eran más grotescos, afilados, pero no inspiraban miedo: si acaso, una pena mayor. A diferencia de los invitados, estaba pálido; su barba de tres días parecía más canosa; sus ojos, tan claros que eran agua, un líquido a punto de derramarse.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió Aurelio, moviendo su vaso—. Son una gente magnífica, ¿verdad?

Desde esa posición, algo elevada, los invitados parecían actores de teatro; iban y venían como hormiguitas, bailaban, hablaban, se escuchaban muchas risas. Poco a poco se habían ido animando. Dos chicas de la sección moderna, con copa y cigarrillo de liar, se situaron en el centro. Hacían una coreografía retro, explícitamente desorganizada, como una parodia intencionada de lo que entendemos por baile. La posmodernidad. Aurelio miraba al cielo, no al frente.

—Mis estrellas temblaban con un dulce frufrú —musitó de repente—. Mi hijo se llama Arturo, por Rimbaud.

—¿Ese verso es suyo? —preguntó Ignacio, algo ido.

Aurelio hizo un silencio.

—Claro.

Se quedaron los dos mudos de nuevo, Ignacio con la boca cada vez más amarga.

—Perdona si no estoy muy expresivo —dijo Aurelio—. Esta noche me encuentro un poco mal. Y en las fiestas siempre me siento como un extraño, incluso en mi cumpleaños.

Ignacio, viéndolo a él, se dio cuenta de que este hombre tímido y menudo resultaba un extranjero absoluto en aquel ambiente.

—¿Y por qué vienes?

—Me invita Julio.

—Pero puedes rechazar la invitación, si tanto te disgusta.

—Se me da fatal decir que no.

Había una fragilidad tan genuina en Aurelio Gervás que daban ganas de no pedirle explicaciones y llorar junto a él. En mitad de su temporal clarividencia, Ignacio quiso preguntarle por su relación con Julio Gasset, que cada minuto que pasaba le parecía más inverosímil. Sin embargo, un anuncio del DJ interrumpió estas intenciones.

—Ahora, un poco de música en directo.

Sacó una guitarra acústica, acercó un par de micrófonos y se sentó en un taburete. De entre el público salió una chica que fue aplaudida de inmediato. Ignacio, para ver mejor, abandonó al poeta y se acercó. La chica sonrió con cierta ternura al quedarse pillado el cable del micrófono con la pata del *stand*. Deshizo el problema y dio la señal al DJ para empezar. Un, dos, tres, y:

*Acaricia mi ensueño
el suave murmullo de tu suspirar,
¡cómo ríe la vida
si tus ojos negros me quieren mirar!*

Tiempo después Ignacio descubrió que era un tango de Gardel y Lepera. En ese momento, solo podía seguir la cadencia hipnótica de las palabras. De la boca de la chica brotaba una voz grave, engolada, sensual; tremendamente cálida, aterciopelada, madura, como la carne de un fruto veraniego:

*Y si es mío el amparo
de tu risa leve
que es como un cantar...*

Llevaba el pelo, negro, oscurísimo, recogido. La cara despejada resaltaba esos rasgos de cereza: la frente limpia, las cejas levemente onduladas, los ojos tan grandes y oscuros como la canción que interpretaba, la piel morena, los pómulos sobresalientes, la boca dulce. El cuello largo, suavísimo. Vestía de forma sencilla: camisa azul, cinturón grande de cuero, pantalones negros de tiro alto, todo vagamente retro. Apenas gesticulaba, solo movía un poco las manos, muy lento, arqueando unos dedos largos de pianista:

*ella aquieta mi herida,
¡todo, todo se olvida...!*

Desde la primera nota se había formado un silencio absoluto. La cantante era el océano Pacífico. En la sutileza de su presencia escénica estaba su poder: los faltos de calidad siempre sienten que tienen que demostrarla, y lo que consiguen es hacer más evidente su ausencia. Ella, iluminada por un aura de focos, dejó que su atractivo saliese de manera natural. Un acierto. La canción fue pasando verso a verso, y luego murió en una última palabra alargada con una pequeña pirueta vocal todavía más lujosa que la interpretación.

La guitarra también calló.

No hubo que esperar ni un segundo para ver la reacción: el público entero aplaudió, y la chica hizo una pequeña reverencia. Ignacio, obnubilado, descolocado, místico, batió sus palmas con todo el entusiasmo del que fue capaz. Por un momento, miró a izquierda y derecha en lo que duraba el aplauso. A diez metros de él, sonriente, Julio Gasset aplaudía con los mismos ojos religiosos, poseído por ese encanto sobrenatural.

La chica bajó, se abrazó con un par de amigas y desapareció hacia el interior de la casa. Claudia Lanza se llamaba.

XII

La MDMA tiene muchas ventajas: no es adictiva, no provoca una alteración sensorial tan desastrosa como otras drogas —el alcohol, la cocaína—, no es muy cara y sume al consumidor en un estado de cariño y felicidad; quizás, el sabor metálico que desprende es el único contratiempo momentáneo, por eso se recomienda disolverla en algún líquido para atenuar el regusto amargo que deja en el paladar. Como estimulante afecta a la serotonina, disparando los niveles de autoestima y, por qué no, los de deseo sexual. También aumenta ligeramente la temperatura del cuerpo.

Desde el principio ha estado muy relacionada con la música electrónica, porque las largas sesiones del género —que para los no interesados pueden resultar pesadas— se vuelven gozosas, accesibles. Todo lo sensorial se dispara: las ondas de las frecuencias más graves viajan del *subwoofer* al pecho, acariciándolo; los matices sutiles y las variaciones armónicas se perciben como pequeños meandros de un río, que discurre felizmente en una única canción; el ritmo —con el peso y la emoción intrínseca que lleva— arrastra los cuerpos hacia un mismo punto fijo. El consumidor escapa de su tibieza, su vergüenza: enseguida, las relaciones entre los asistentes se vuelven extraordinariamente naturales, como si la tradición, la sociedad y la vida que llevamos encima nos la quitaran de golpe y pudiéramos reconocernos al modo de los perros: oliéndonos el culo con fervor y un genuino interés.

Muchos tímidos, de esos que tartamudean frente a las mujeres guapas, deberían consumir MDMA alguna vez, para sentirse —aunque sea fugaz— fuera del caparazón. También los inseguros: *el eme* te reconcilia contigo mismo, no como la heroína, que hace que todo te dé igual, sino de una forma más sencilla, más feliz: al estar tan genuinamente alegre, nada de lo que hay en tu persona te incomoda.

Luego, como todo en la vida, lo que tan fácilmente sube, tan fácilmente baja. La resaca de MDMA produce el efecto contrario a su consumo: de la euforia y el interés se pasa a la apatía y el decaimiento. Si se tiene tendencia a la inestabilidad, se garantiza una mañana tétrica de angustias.

La felicidad real se conquista poquísimos a poco, y nunca es plena. Siempre queda algo por hacer.

Qué fugaces son los paraísos artificiales.

Ignacio se despertó sobresaltado, y a oscuras tentó la mesilla hasta alcanzar el móvil para posponer la alarma. A los ocho minutos volvió a sonar. No tuvo más remedio que incorporarse. Se encontraba raro. No era el típico embotamiento de cabeza de las copas. Se sentía como un muerto en vida, pero perfectamente consciente. A todo ello se sumaba el hecho de que, otra vez, había dormido tres horas. Los horarios de los divinos y los artistas, si ese iba a ser su mundo, eran incompatibles con la vida normal y los madrugones de currito.

Su madre estaba sentada, sorbiendo un café templado. Del padre solo quedaba un plato con migajas de tostada en el fregadero: había algunos días en los que entraba antes, así que se levantaba más temprano. Se dejó caer en la silla. La madre le trajo algo de fruta pelada que guardaba en la nevera. Llevaba un pijama de verano fino, ligero; de alguna forma, si hubiese proyectado su futuro a treinta años se habría imaginado una mujer que llevase los pijamas de su madre. Él no conocía verdaderamente ese artefacto, la intimidad femenina, así que no tenía más referencias. El fracaso sentimental es lo que tiene. Ignacio iba en calzoncillos y con la camisa del día anterior. Arrugada.

—¿Quieres algo más?

—Ya lo cojo yo.

Se levantó y puso unas rebanadas de pan Bimbo en la tostadora. La miró distraído. Era un aparato funcional, blanco. Aséptico. Esperó con nerviosismo hasta que escuchó el pitido.

—¿Qué tal ayer?

—Bien.

El bol de frutas de la encimera se había quedado vacío. Con el calor del verano, era mejor conservarlas en frío; si no, no maduraban por fuera y además se pudrían por dentro. Ignacio hundió sus tostadas en el café. La mantequilla estaba sólida, así que tuvo que esforzarse para untarla. Esto le

fastidió enormemente, como si tuviera ante sí un reto de proporciones mayúsculas.

—Vas apurado de tiempo, ¿quieres que te ayude con...?

—¡No! —interrumpió Ignacio, irritadísimo—. Hoy entro más tarde. No necesito nada. Gracias.

La madre volvió a callar.

—Perdona... —musitó Ignacio, y se levantó.

En vez de ir a la ducha, se sentó en la cama de su cuarto. Dejó pasar cinco minutos. Luego otros diez. Su ventana daba a un patio interior blanco desde el que se veía la ropa tendida de algunos vecinos. En un *flash* de voluntad, se le ocurrió llamar a su jefa. Marcó el número y ni siquiera hizo el esfuerzo, como siempre que se va a pedir algo, de intentar visualizar cuál va a ser el discurso.

—¿Sí?

—Remedios —dijo, poniendo voz de enfermo—. Perdona que te llame con tan poca antelación. No voy a poder ir a trabajar.

—¿Qué te pasa?

—(Silencio.) Estoy muy mal. Llevo toda la noche vomitando. Debe de ser una gastroenteritis de estas fuertes. He intentado apurar hasta el último momento por si me encontraba mejor, pero acabo de volver a vomitar ahora mismo y no me veo con fuerzas.

Es verdad que sonaba débil. Nadie hubiera achacado, un jueves, que la ausencia se debía a la farra de la noche anterior. Además, Remedios, con todas sus pegas, era de natural comprensiva: rechoncha, maternal, atenta, cariñosa. Quizás venía todo de su propia circunstancia: no había tenido hijos, por eso trataba a sus subordinados como tales. En medio del caos organizativo que arrastraba, siempre había espacio para la indulgencia, el perdón. Conscientes de ello, sus «hijitos» a veces forzaban la máquina.

—No te preocupes, Ignacio. Mejórate. Y si mañana sigues mal tampoco hace falta que vengas.

—Gracias, de verdad.

—Nada. A cuidarse.

Tiró el móvil al otro extremo de la cama y se tumbó. Cerró los ojos. Dos horas después, despertó. No había cerrado la persiana al llegar ni después del desayuno. Fuera ya irradiaba el sol. Al salir de su habitación se dio cuenta de que olía a cerrado, así que abrió la ventana para ventilarla. Su

madre no estaba, habría ido a hacer unos recados. No trabajaba desde el nacimiento de Ignacio; antes había sido secretaria en una agencia de seguros, y su trayectoria laboral seguía en pausa a pesar de que el hijo ya estaba crecidity. Al pensar en lo que estaría haciendo —yendo al súper, llevando un pantalón a arreglar, visitando rápidamente a una amiga— le entró una sensación amarga, como de encierro, un desasosiego extremo frente a las cotidianidades de la vida.

Se quedó tirado en el sofá del salón, pero pronto reparó en que la madre podía regresar en cualquier momento y empezaría a hacerle preguntas. Su excusa de entrar más tarde no era sostenible pasadas las once de la mañana. Se vistió con lentitud y dejó la ducha para otro momento.

En la calle, el sol pegaba duro. Era julio ya. Entornó los ojos. Se empezaba a notar en Madrid que la gente iba abandonando la ciudad hacia costas más felices: en agosto solo quedarían los desdichados y los oportunistas, esos que veranean a destiempo para tener todo más barato. Ignacio se dejó llevar hacia el centro, primero por barrios residenciales como el suyo y después por calles cada vez más estrechas y sucias. Durante el trayecto, que se alargó varias horas, no pensó en prácticamente nada; la mente quedó en blanco, seca, y el cuerpo funcionó como un autómata mientras le sudaban las axilas. El único recuerdo que le asaltaba era el de la cantante. Intentaba abrirse paso a través del bloqueo, en vano: resultaba una imagen inasible, como un vaguísimo recuerdo de una pintura religiosa, desgastada por el tiempo.

No había cogido gafas de sol, así que miraba al suelo; la única referencia eran sus Converse del día anterior, un poquito más viejas, con una marca de barro y césped en la izquierda. Por las otras rendijas de la vista apenas entraban colores fulguerosos. Casi chocó con el andador de una señora mayor.

—Cuidado... —dijo ella, más como una súplica que recriminándole.

Ignacio no contestó. Sus pasos desembocaron en Gran Vía. Fue hacia ella cauteloso, dejando atrás un opaco edificio administrativo. Se encontró en medio de un solar de sol, con el asfalto ardiendo, entre el anuncio de un espectáculo musical (*Queen, We Will Rock You, The best international show*) y un KFC que emitía el ruido de un camión enfermo, con el aire acondicionado al máximo de su potencia.

Las farolas parecían de mercurio. Apenas había gente. Rozaba el mediodía. Los que pudieran, estarían en las piscinas; los que no, quizás trabajando, o cobijados en la sombra de sus casas; los niños, como Manolito Gafotas, perderían el día tirados viendo la tele, o quizás en un campamento de esos en los que un iluminado de once años enseña al resto de su cabaña a meneársela, cambiándoles la vida para siempre. Un grupito de turistas se cruzó con él, siguiendo las instrucciones de un chico joven que, en voz muy viva, les explicaba el sentido arquitectónico de los edificios de la vía.

Ignacio subió un poco la calle y entró en el McDonald's. El edificio, para ser un restaurante de comida rápida, era suntuoso: hasta 1981 había pertenecido a una joyería. Se notaba. El suelo lucía pulido, limpio, y unas escaleras señoriales se enroscaban hacia la segunda planta. En las máquinas de autoservicio eligió su menú: cuarto de libra con queso, Fanta de naranja y patatas grandes. Esperó hasta que una mujer joven, vestida con el uniforme verde y amarillo, se lo entregó en la barra. Cogió la bandeja y conquistó los escalones hacia el piso superior.

Se sentó en una mesa para dos, pegada a la ventana. Veía los coches pasar. Mordisqueó unas patatas. Estaban blandurrias, les faltaba sal. A veces, cuando se comían lentamente, se podía sentir el regusto artificial, la mano invisible de la industria. Luego abrió la hamburguesa y echó más ketchup en el interior. Iba a echar también mostaza, pero se dio cuenta de que no le habían puesto. Era un problema común. Por una política de ahorros absurda, el ketchup sí que lo incluían en el pedido, mientras que la mostaza había que solicitarla expresamente. Qué horror. Cuando se fue a levantar para pedir, una angustia sobrecogedora lo obligó a quedarse sentado. Los nervios se le tensaron, la mandíbula también. Comprobó si alguien lo miraba. Nada. Una familia numerosa de piel morena engullía sus menús sin levantar la vista. Empezó a llorar como abriendo la presa de un embalse.

En ese torrente de miedo y de tristeza, se acordó de Carlota, de sus palabrotas, su rostro simple, su pecho, su sinceridad; de cómo, años atrás, habían comido *nuggets* en ese mismo lugar mientras se cogían las manos por debajo de la mesa en una carantoña adolescente; luego las malas decisiones, la prisa, después la desidia, el conformismo, las dudas, el odio. Toda la inseguridad que le zancadilleaba lo tiró al suelo a comer tierra. Pensó que su vida iba pasando, que su estancamiento empezaba a ser

llamativo, patético. Su juventud era un fracaso mayúsculo y notable. El libro, el único libro que había sido capaz de hacer, era un panfletillo cursi y llorica contra el desamor, inflado de drama, de adjetivos, pero un *bluff* como él, una obra menor que no había pasado de la primera tirada. Hipó de lo violenta que resultaba su respiración. Seguía teniendo las patatas en la boca y casi se atraganta con ellas. Se mordió el labio. Era un llanto desconsolado, de apretar los puños y la cara.

Le vino el rostro de Julio Gasset a la cabeza. Le pareció un hijo de puta. Su interés lo había sacado de ese desasosiego áspero pero estable, de esas cuatro paredes sombrías que ya empezaba a reconocer como suyas. Ahora le agobiaba el vértigo. Sabía que era un hombre veleidoso. No hace falta conocer el mundo del cine o de los libros para entender que un tipo que vive de boquilla es un charlatán. Aunque esté bien conectado.

Luego las frases de sus padres, siempre tan serenos, tan lógicos, fueron gobernando la llorera. Es una reacción infantil, tonta; sin embargo, muchos hombres pasan su vida apuntando a lo prohibido, haciendo las cosas simplemente porque se les dice que no las pueden hacer. Cuando se anuncia un caso de éxito se comete una irresponsabilidad: de los miles que sigan su ejemplo, solo uno —o ni siquiera eso— conseguirá alcanzar su estela. Por el camino quedan tantos otros como Ignacio, con la cabeza gacha y la mochila del desánimo auestas toda la vida. De ahí que los artistas no quieran que sus hijos les imiten. Prefieren ingenieros, abogados, dentistas. Saben que su camino ha resultado una mezcla de talento, oportunismo y fortuna. Que dos generaciones seguidas triunfen es un verdadero milagro.

Siendo consciente de todo esto, una fuerza inesperada lo asistió. Se prometió a sí mismo aprovechar la oportunidad. El último tren. A pesar de sus fracasos previos, había tenido un chispazo de suerte. En el rostro congestionado por el llanto se fueron aliviando las tensiones; pronto, un farolillo de esperanza sustituyó el derrumbamiento por una sonrisa sardónica, quizás un poco forzada, como de mal actor: por muy malo que fuera el libro, una película lo redimiría, o lo redimiría a él, le daría un nombre. Y con ese nombre podría escribir más libros. Podría escaparse de sí mismo, de ese trayecto a la nada. Tragó la masa de las patatas, que con las lágrimas habían conseguido el punto exacto de sal. Se limpió la cara. Nadie lo había visto. Dio un primer mordisco a la hamburguesa.

Luego pensó en la cantante.

Segunda parte

OceanofPDF.com

XIII

Julio Gasset despertó desnudo en su habitación, y en vez de taparse tentó la cama buscando a su compañera. No la encontró. En vista de esto, salió trabajosamente hacia el cuarto de baño, murmurando algo que ni él mismo supo comprender. Se dio una ducha fresca. Al lavarse los dientes reparó en un mechoncito de canas nuevas que le salía justo encima de la oreja, formando otro oasis blanquecino en su cada vez más moteado pelo. Se untó bien la cara de productos Biotherm Homme, después se peinó y tapó su desnudez —no sin observarla antes en el espejo— con un bañador azul de Hackett y un polo de piqué blanco. Por si acaso, tragó una pastillita que tenía guardada en un bote en el cajón de la mesilla. Entre la ducha fría y los complementos, se encontró bastante bien. Debían de ser las dos del mediodía.

Puso una tacita bajo la Nespresso, metió la cápsula y esperó a que se llenase de café. Echó una pizca de Stevia, un edulcorante natural. Sorbió en silencio mientras jugueteaba con ciertos pensamientos, ese alelamiento matutino que nos aporta una clarividencia especial, suelta, aunque muy difícil de llevar a cabo. Dudó si desayunar o no, pero vista la hora pensó que lo más lógico era comer directamente.

En la piscina, Claudia Lanza leía un libro. Estaba sentada al borde, con los pies en remojo. Su cuerpo —delgado, fibroso, no excesivamente musculado— denotaba una genética privilegiada y un trabajo concienzudo en el gimnasio; llevaba un bikini verde oscuro y los ojos ocultos tras unas gigantes gafas negras.

—¡A buenas horas! —dijo sonriente, y se levantó cerrando el libro. Al erguirse, quedó patente la finura de su esqueleto, la arquitectura precisa con la que estaba construida: la línea suave de los hombros, el vientre tenso, la pausa del ombligo, que insinuaba como en puntos suspensivos el camino hacia un pedazo de cielo oscuro.

—¿Te está gustando? —preguntó Julio. Había olvidado dónde tenía él sus gafas de sol, así que se hacía sombra con la palma de la mano.

—Algunas cosas, sí —respondió ella, con esa voz grave y engolada suya—. Otras, no tanto.

—Es que tiene mucha paja. ¿Y el personaje? ¿Te ves en él?

Claudia se paró a pensar un momento, como si estuviera refrescando un discurso memorizado.

—Me parece que peca demasiado de ser una mujer vista por un hombre. Hay ideas que se le escapan; otras, que exagera demasiado. Aun así —dijo, ajustándose la parte superior del bikini— tiene interés.

—Si se trabaja bien puede acabar siendo una protagonista compleja, con matices, de las que huelen a premio.

Ella se rio. Se ajustó el bikini un poco mejor. No tenía los pechos muy grandes, pero sí considerables vista la definición de su figura. Julio seguía instintivamente sus vaivenes.

—Voy a pedir algo de comer, que ya es tarde —le dijo—. ¿O quieres salir?

—No, hace demasiado calor.

—¿Te apetece Honest Greens?

—Me vale. Elige tú —respondió ella, y abrió de nuevo el libro.

Fue a adoptar la postura inicial. Al apoyar el culo en el suelo, dio un pequeño respingo: se había clavado una piedrecita. Se ladeó levemente para mirarse y comprobar que no tenía nada, más allá de unos glúteos de postal. Enseguida se distrajo y fue a nadar.

Mientras Claudia Lanza chapoteaba, Julio entró a la cocina para sacar los platos y los cubiertos y montarlos en la mesita del jardín. Debajo puso unos mantelitos de mimbre. De la nevera cogió un vino blanco, un Godello fresco que le iba bien a casi todo. Buscando el sacacorchos entre los cajones se encontró con una foto de su ex. No era la típica pose sexy a la que nos tenía acostumbrados la conocida modelo: era una instantánea sencilla, casi familiar, en la que ella salía sonriente, con un vestido veraniego y el sol poniente —esa que llaman «la hora dorada»— coloreándole el rostro. Había una felicidad genuina en su mirada. En el dorso, con una letra firme, una breve dedicatoria: «Te quiero, siempre es primavera». Se quedó mudo un momento, recordando ese tiempo tan intenso. Luego, en vez de tirar la foto, la dejó donde estaba.

—¿Te sirvo un vino?

—Sí, ahora cuando salga.

Con el pelo negro mojado hacia atrás, la cara húmeda y los brazos en el bordillo, Claudia Lanza daba la impresión de ser un sueño; esa representación mental idílica que nos hacemos del verano, como los anuncios de D&G en el azul apabullante de Capri.

El repartidor llegó poco después, mientras Claudia se secaba al sol. Julio Gasset, muy diligente, sirvió todo con esmero y fue a la cocina a tirar los envases. A su regreso, Claudia llevaba anudado un pareo alrededor de la cintura, y era ella la que servía el vino.

—Me he adelantado —dijo, mientras encajaba la botella en el centro de la mesa. En el brazo izquierdo llevaba enroscada una goma del pelo, de las que hacen espiral. Se lo recogió para estar más cómoda, haciendo todavía más evidentes sus rasgos de cereza, la frente limpia, cálida, morena.

—Hoy no viene Gladys, pero bueno, así tenemos más intimidad —dijo Julio.

La comida consistió en lo siguiente: Avocado Supergreen con extra de ternera (80 gramos), calabaza con *maple balsamic glaze*, pétalos de cebolla asada y pipas de girasol crujiente con pimentón; Ginger Honey con extra de pollo (150 gramos) y humus de la semana; de postre, una pequeña tartita Raw Duo de chocolate.

—¿Qué tal es el autor? —preguntó Claudia Lanza, a mitad de plato.

—Debe de ser más o menos de tu edad —contestó Julio—. ¿Pero no te interesa más el libro? Los autores casi siempre valen menos que sus obras.

—El libro ya lo estoy leyendo. Y, la verdad, me produce curiosidad.

—Pues estaba el otro día en la fiesta de Josefina.

—Josefina... —dijo ella, sonriendo con cierta superioridad.

—Sí. Menuda es. ¿Sabes cómo acabó?

—Me lo puedo imaginar —respondió Claudia— ¿Por qué no me lo presentaste? —siguió, insistiendo con el tema—. Me hubiera gustado que me lo presentaras. Si voy a interpretar a su —dudó—... ¿novia?, debería conocerle más a él y que me contara las cosas de primera mano.

—La verdad, hubo un momento en que lo perdí un poco de vista. Eso te pasa por hacer que todos los ojos se fijen en ti —arqueó los ojos y ladeó el cuello de manera galante—. Se nos olvida lo que pasa alrededor.

—Bueno, eso y que estabas bastante pedo.

—Puede ser también.

Hábilmente, Julio Gasset desvió a otro lugar la conversación, acompañándose siempre de los piropos y las buenas maneras.

—Venga, cuéntame algo de él —dijo ella al cabo de unos minutos, despertando del embrujo y poniéndose suave.

—A ver. Es un niño perdido, como los de Peter Pan —se tapó la boca con la servilleta, mientras terminaba de masticar—. Buen chico. Un poco desconfiado. Ha escrito algo que yo creo que le supera a él como persona. El libro tiene magia: si conseguimos separar lo interesante de lo innecesario, puede quedar sensacional.

Claudia Lanza le sonrió llena de cariño, satisfecha por haber vencido esa pequeña resistencia.

Una hora más tarde, espoleados por el calor, se sentaron en el interior del salón. Julio se encendió un pitillo: solo fumaba en ocasiones contadísimas, y esta bien podía ser una de ellas. Claudia se sentó a su lado, enroscándose como una gata melosa.

—¿Crees que esto va a salir adelante? —preguntó, cambiando su voz grave por la de una niña pequeña.

Julio exhaló el humo, convincente.

—No tengo la menor duda. Además —esto lo dijo bajando el tono, como si les oyera alguien—, he hablado con Enric, el guionista. Le he sugerido tu nombre. Le ha parecido genial. Estaba casi más entusiasmado que yo con la idea.

A Claudia se le iluminó la cara. Se quedó mirando a Julio como una niña que tiene una mala idea. Él se quiso estirar para alcanzar el cenicero; Claudia se lo impidió, empujándole de nuevo hacia el sofá. Julio la miró sorprendido. Con un gesto armonioso, ella le desabrochó los pantalones, los bajó junto con los calzoncillos y se metió su polla en la boca, acompasando el movimiento con la mano derecha. Actuó con generosidad y ternura. Julio cerró los ojos y se dejó ir. No se esforzó por aguantar. Terminó justo cuando la colilla del pitillo le ardía entre los dedos, próxima a consumirse. Ella fue al baño a lavarse.

Julio se quedó momentáneamente solo, en el salón, con los pantalones bajados, el miembro flácido y las manos apoyadas en la nuca. No pudo evitar suspirar: era, la suya, una vida soñada.

XIV

Esa noche, Julio entró en el Anubis relajado, a pesar de que llegaba unos minutos tarde. La decoración había cambiado un poco desde la última vez; sin embargo, el espíritu entre exótico y hortera —apestaba a nuevo rico— se mantenía igual. Un vistazo rápido daba para confirmar esa impresión: las paredes estaban forradas de motivos pictóricos egipcios, muy sobrecargados, y encima, repetidos cada tantos metros; del techo colgaban lámparas de araña doradas; en el centro de la sala, flotando encima de la barra, una especie de monumento mortuario, difícil de clasificar, del que salían por los laterales ramas de palmera cargadas de dátiles artificiales. El hilo musical pertenecía a ese género inventado llamado *world music*, o música étnica.

Julio había empezado a ver este tipo de restaurantes en Londres, a principios de los dos mil. Servían una comida extraña, trufada de elementos asiáticos: *sashimi*, *tataki*, *gyoza*... Luego, a partir de una hora concreta, las luces se apagaban casi por completo y el restaurante se convertía en discoteca: las mesas iban desapareciendo, el volumen de la música subía y los camareros adoptaban comportamientos extraños: uno hacía un numerito de *breakdance*, otra cantaba afanosamente sobre un pésimo *remix* de Michael Jackson, en la barra se hacían malabarismos con botellas de whisky de doscientos euros...

Julio vio a Petit sentado en su mesa, escoltado por un copazo, esperándolo. Los ojos los tenía clavados en el móvil, del que no apartaba la vista. No se dio cuenta de que su amigo había llegado hasta que de una manera cariñosa notó la mano sobre el hombro.

—¡Julio, cabrón! —exclamó, levantándose para abrazarle—. Me tienes aquí emborrachándome solo por tu culpa. Esa puntualidad...

—Perdona, estaba liado —dijo Julio, quitándole hierro con una sonrisa—. Tenía que gestionar unas gestiones.

A Petit le hizo gracia la expresión. Era un hombre, como decía el filósofo, de mente compleja y gustos sencillos. Desde hacía un par de años había llegado a socio de un despacho de abogados importante; a sus treinta y cinco, ganaba ya una pasta considerable, la suficiente como para permitirse un Porsche Carrera S, uno de esos coches que marca bien el paquete. Iba vestido de trabajo, sin corbata; era un traje bueno, pero simple; él mismo, con su aspecto compacto y de mocetón, con el pelo cortado a cepillo y la cara bien afeitada, parecía estar hecho de idéntico material, una masa sólida, fiable y feliz. Se había casado muy joven, pero por suerte el engaño duró poco: al año se dio cuenta de que su mujer, «una mojigata seca y envarada», no iba a traerle más que disgustos. No tuvieron hijos.

—No quería follar nunca, a pesar de estar casados —decía, tras la ruptura—. La mejor decisión que podía haber tomado.

Luego se introdujo en esos círculos de solteros con pasta y se desfogó por él y por todos sus compañeros. Era un tipo encantador, enamorado de la vida.

—¿Qué vas a querer de beber, Julito?

—Un Bellini, que te veo fuerte.

Además, de comer, pidieron un *tataki* de atún con lima y aguacate, tacos de bogavante y *dumplings* de pato con fresa. Petit estaba exultante, pero a la vez un poco mermado.

—Voy a cerrar una operación de la hostia —dijo, cuando les sirvieron los platos—. Un fondo americano que ha venido aquí de rebajas, aprovechando lo que han caído los precios desde el coronavirus. Son muchas compras y muchísima, muchísima pasta.

A pesar de ser más joven que Julio tenía más arrugas, era una piel con más kilómetros de esfuerzo.

—No sabes lo que me alegro.

—Pero estoy currando como un bestia —siguió Petit—. Todos los días hasta la una o dos de la mañana. ¿No me ves, hecho una mierda? Julito, qué bien hiciste en meterte en el mundo del arte, que ahí vivís divinamente.

—¡Para eso estoy, amigo! —respondió Julio—. Para sacarte una noche a cenar y que se te olvide un rato la presión.

—Oye —dijo Petit, consciente de que su compañero había mirado varias veces a la gente, a la decoración, al exceso del local—. Ya sé que este lugar

es una horterada. Y carísimo. Lo he elegido porque está lleno de putones. Y para unas horas que voy a descansar, prefiero alegrarme la vista con eso.

Julio se rio y le hizo ver que no pasaba nada, que no se pensase que su vida era el *summum* de la sofisticación, que a él también le iba la marcha y le gustaba salirse de vez en cuando de su círculo.

—Putas no, ¿eh? —aclaró Petit—. Putones.

La verdad es que el lugar sin duda cumplía las expectativas. Los prejuicios existen por algún motivo, no nacen de la nada. En el Anubis se podía encontrar un catálogo de todos ellos: teníamos al clásico oligarca de camisa prieta sobre vientre hinchado, el pelo teñido, la funda dental; también al grupito de modelos escandalosamente divertidas, con los móviles en alza; la familia árabe con la mujer tapada, el padre glotón y el hijo maleducado, enfrascado en su videojuego portátil. ¿Qué había pasado con el mundo?

Estas cosas son entretenidas de ver, casi como ir al zoo, y Julio, aunque siempre de punta en blanco, sentía cierta fascinación por el empleo casi escatológico del dinero. Petit se concentraba más en lo que tenía delante. Comió a toda velocidad; estaba engullendo uno de los tacos de bogavante cuando un chico joven que pasó a su lado le hizo atragantarse. Lo siguió con la mirada hasta que se sentó en una mesa, grande, en la que estaban dos amigos suyos y varias mujeres.

—¿Tú controlas de fútbol? —le preguntó.

—No demasiado —respondió Julio—. Veo algún partido importante.

—¿Y no te suena ese?

Julio forzó la vista. Desde su lado de la mesa había un ángulo más claro. El chico tenía el aspecto medio del joven de barrio español: barbita, piel morena, cabeza rapada a los lados y más tupida en el centro. Llamaba la atención su vestimenta: camiseta negra de Louis Vuitton; vaqueros apretados, rotísimos, blancos; unas zapatillas enormes y muy feas con pinta de valer un ojo de la cara.

—Ni idea.

—Pues juega en el Real Madrid.

Julio se fijó en las tías con las que iba. Serían jóvenes, pero la agresividad de sus atributos físicos —piernas larguísimas, culos duros, tetas operadas— las hacía aparentar una edad atemporal, como la que tienen las estatuas o los dibujos animados. Su atuendo era pura sugestión: son esos

milagros de la costura que provocan que, si vemos a la modelo desnuda, nos parece que lleve más ropa puesta que antes.

—¿Qué te dije antes? Míralas —dijo Petit, señalándolas con la mirada.

—Bueno, ya sabes que yo tengo un gusto un poco diferente.

—Ya. Pues ese chaval —dijo Petit, señalando al futbolista— viene mucho por aquí. Hay una parte del local que está oculta, se entra por esa puerta del fondo. Te puedes imaginar... ¡Claude, Claude! Ven aquí un momento.

Claude era el encargado: francés, negro, muy alto, muy guapo. Estaba cerca de la mesa, revisando un tema de la facturación.

—Claude, ¿cuándo nos vas a enseñar el reservado al que van los futbolistas?

—¿Qué reservado? Yo no sé nada —dijo Claude, y se fue mostrando una fila de dientes casi platino.

Al escuchar la pregunta, Julio se dio cuenta de que su amigo andaba ya más que borracho. Le resbalaba la lengua al hablar. No era nada inesperado: en el transcurso de la comida se había bebido un *gin-fizz*, dos Chivas *on the rocks* y media botella de rioja. Era un hombre que toleraba bien el alcohol, por eso no le había dicho nada; aun así, esas cantidades —y esa mezcla— tumbarían a cualquiera. Las mejillas se le sonrojaban como a un cura irlandés.

—Voy al baño —le dijo, pasados unos minutos.

Mientras Petit se lavaba la cara, el futbolista se levantó de su mesa y desapareció con una de las chicas. Fueron, efectivamente, a otra sala a la que los acompañó Claude, muy servicial.

—Se han ido —le dijo Julio, divertido, a su amigo, cuando este regresó.

—¡Lo sabía! —respondió Petit muy excitado, y volvió a fijar su atención en la mesa—. ¿Te puedes creer que los amigos, solo por ser amigos, muchas veces se acaban tirando a alguna de las que sobran?

—¿Y qué interés tienen ellos *per se*? —preguntó Julio, que mantenía esa actitud como de seguirle el juego al otro.

—Y yo qué coño *per sé*.

Cuando acabaron la comida pidieron otra ronda más de bebidas. Petit hablaba ya muy a borbotones, descoordinado. Estuvo todo el tiempo mirando a la mesa de los amigos del futbolista, a pesar de que para ello tenía que forzar bastante la postura del cuerpo. Mientras tanto, la fase de

restaurante llegó a su fin: las luces se atenuaron y empezó a sonar una música ibicenca.

—¿Quieres que te cambie el sitio? —preguntó Julio, al ver que su amigo se descuajeringaba ya sin disimulo.

—No les están haciendo ni puto caso —dijo él, sin responder a la pregunta, acechando al grupito con mirada de borracho—. Están los cuatro con el móvil. Qué desperdicio. ¡Si están buenísimas!

La verdad es que, como decía Petit, la conversación entre ellos era nula. Los móviles llenaban el vacío.

—¿Quieres que nos acerquemos? —dijo Julio, provocándolo—. Venga, ¡vamos! Vamos a hablar con ellas.

Petit se quedó paralizado un momento. Luego empezó a salivar.

—Vamos, maestro.

Los hombres tímidos o inseguros piensan que para aproximarse a una mujer hace falta alguna estrategia, un guion, algo estructurado; la realidad es que, con mostrar aplomo y naturalidad, las cosas van solas. Luego el ingenio hace el resto.

Ambos amigos entraron perfectamente. Los colegas del futbolista, no se sabe si por aburrimiento o intimidación, aprovecharon la coyuntura para irse a otro lado. No habían mostrado mucho interés y tampoco lo mostraban ahora. ¿Se puede acostumbrar uno a que le lluevan esos regalos del cielo, hasta el punto de despreciarlos? Pronto, Julio hablaba con una y Petit con la otra.

La de Petit era rubia, pálida, rusa, muy delgada; parecía una sílfide. El pecho operado le quedaba mal: le hacía un cuerpo extraterrestre, desproporcionado. No hablaba muy bien español, así que congeniaron enseguida, porque Petit a esas alturas de pedo tampoco lo dominaba. La de Julio era española, de Almazora (Almassora, como decía ella), un pueblo en la provincia de Castellón. Era explosiva, con unos rasgos vagamente exóticos, como indios, pero de una voluptuosidad que desde luego no parecía asiática. Le contó que se dedicaba a enseñar una especialidad de yoga muy concreta, cuyo nombre Julio no llegó a entender.

—¿Y os habéis aburrido mucho de ellos, o qué? —preguntó Julio, señalando a los colegas del futbolista, que seguían con el móvil al otro extremo de la barra.

—Es que son muy pequeños... Tienen diecinueve años.

—¿Y tú?

—Yo, veinticuatro.

Por lo que fuera se quedaron mirando los dos a la rusa. Petit ya estaba diciéndole cosas al oído, probablemente groserías.

—¿Y ella...? —preguntó Julio.

—Ni idea. Pero es mayor de edad, cien por cien. Polina —dijo, llamando a la otra—. ¡Polina! *Your age*?

La rusa se extrañó: no entendía a qué venía eso.

—*Nineteen*— respondió, y siguió a lo suyo con Petit.

—Ah, pues mira, ella era de su edad —dijo Laia, que así se llamaba la de Almazora—. ¡Qué mayor me siento! Aunque mejor ni os pregunto la vuestra.

Julio encajó el golpe con gentileza. Le hacía gracia el humor un poco descarnado. En el local ya se empezaba a escuchar algún grito de juerga. El oligarca se había levantado de su sitio y bailaba una especie de tango torpón con una camarera, que estaba claramente incómoda. Por suerte, su propia barriga dura hacía de dique entre los dos.

—Pero ¿no os conocíais? —preguntó Julio, señalando a la rusa.

—Qué va. Esta noche es la primera vez que la veo en mi vida.

Julio la miró frunciendo el ceño, sonriendo pero extrañado. Quiso dejar las cosas muy en el aire, para que fuera ella quien las contestara.

—No entiendo. ¿Entonces...?

—Nos llama Claude, el encargado. El negro —ella iba al grano—. Nos avisa, nos invitan a cenar.

Un detalle: debido al tejido del vestido de Laia, se podía apreciar casi milimétricamente el *piercing* que tenía en sendos pezones.

—A Polina no la conozco porque creo que lleva muy poco en Madrid —siguió—. Ya ves que no habla ni papa de español.

—Y, además del yoga, ¿haces algo?

—También trabajo en una agencia de modelos. Viajo bastante, porque la mayoría son posados en bikini. De hecho, hace nada estuve en Canarias. Mira. —Le enseñó una ligerísima marca de moreno que se perdía del hombro al escote; quedó claro que normalmente tomaba el sol haciendo *topless*—. Entre eso y las clases, pues me va muy bien, la verdad.

Laia hablaba de una manera desenvuelta, como muy adulta.

—Y ¿aquí por qué venís entonces?

—Pues porque es divertido. Y conozco a mucha gente famosa. De hecho, tu cara me suena. ¿De qué me suena?

Julio vio por dónde iban los tiros, pero acostumbrado a estas reacciones no solo no se ofendió, sino que se dejó querer.

—¿Yo? —preguntó ufano, arqueando las cejas—. Ni idea. Desde luego, futbolista no soy.

—Eso ya lo sé. Eres muy mayor para ser deportista. ¿A qué te dedicas?

—Es un poco feo definir a las personas por su trabajo —respondió, rodeando con ligereza la pregunta—. ¿No te interesan más mis aficiones, por ejemplo?

Laia analizaba todo lo que le respondían e iba descartando opciones.

—O sea, que no trabajas. Pero eres rico. ¿Cómo de rico? ¿Heredado?

Julio esta vez no le siguió el juego. Ya no le estaba haciendo tanta gracia.

—Bueno, disculpe señor. Todo venía de una pregunta inocente.

—Estoy vinculado al mundo del arte —respondió, para zanjar el tema.

Al ser tan evidentemente sensual, tan buenorra, tan —esto lo pensaban muchos hombres— atractiva en lo superficial, Laia era de esas chicas que sentía siempre la necesidad de demostrar que la cabeza no le iba a la zaga, por eso a veces se pasaba de lista. Su actitud entre cínica y sexy solo revestía soledad. Aun así, hizo por congraciarse con Julio para compensar su atrevimiento. Le estuvo dorando la píldora un rato sobre lo poco interesantes que eran los futbolistas y lo muy interesantes que eran los artistas, sin saber bien a qué rama del arte se dedicaba él. Mientras tanto, Petit y la rusa habían desaparecido hacia el baño. Volvieron unos minutos más tarde, frotándose mucho la nariz.

—Creo que me la voy a llevar a casa —dijo Petit al oído de su amigo—. Si aguanto una hora más aquí me quedo dormido. ¿Te importa? ¿Qué tal está? —preguntó, señalando a Laia.

—Bien, tranquilo, no te preocupes por mí. ¿Pero puedes conducir?

—No, no puedo —el aliento, al susurrar, apestaba a varios tipos de alcoholes diferentes—. Cojo un taxi. Le he dejado las llaves del coche a un camarero que conozco. Mañana mandaré a un becario a por ellas —dijo, abriendo mucho la boca en una mueca que pretendía llegar a sonrisa.

La rusa, quién sabe si por el efecto de la noche, cada vez parecía más marciana. Sujetaba una copita vacía por el canto, que por finura y languidez asomaba como una prolongación natural del brazo, tan pálido.

—Pues que disfrutes, amigo. Y sé prudente.

—¡Eso siempre, Julito!

Polina y Laia se despidieron con mucha naturalidad y desearon verse pronto. Cuando se quedaron a solas, Julio dio un largo trago a su copa de whisky; Laia esperó pacientemente a que terminara y luego le miró a los ojos.

—¿Y tú y yo? ¿Follamos?

La verdad es que, con esa voluptuosidad firme y ágil del yoga, se intuía que era una bomba en la cama. Julio la imaginó, por un momento, desnuda.

—No —le respondió—. Lo siento. De hecho, yo también me voy.

—No pasa nada.

Cuando fue a pagar la cuenta, le dijeron que Petit ya se había encargado de eso al principio de la cena. Laia se quedó hablando con Claude, y aprovechando el momento, Julio rehuyó la despedida. En la calle cogió un taxi que lo llevó a su casa. Ya en la cama se quedó un rato pensativo. Estaba un poco borracho, otra noche más. Anduvo dando vueltas a la fantasía del cuerpo desnudo de la profesora de yoga. Luego apagó la luz. Le daba pena dormir solo.

XV

Un día después, Julio se plantó en la galería de Andrea Lledó. Ocupaba el bajo entero de un edificio por la zona de Justicia. Desde el exterior, gracias a los grandes cristales, se veía un local de paredes blancas, minimalista, con el poder estético de las obras —Andrea tenía un gusto especial por los cuadros de colores fuertes, vivos, como las manchas de sangre o las pinceladas de oro— llenando todo el vacío. Así se apreciaban mejor.

En la entrada lo recibió la galerista. Llevaba unas gafas diferentes a las de la última vez, pero igualmente estrafalarias; la vestimenta no le iba detrás: un jersey amplio y multicolor, unos vaqueros claros rotísimos, unas zapatillas tecnológicas. Estaba animada. Se notaba que era una mujer activa, devota de su trabajo. Los empleados eran los siguientes: una chica joven que hacía las veces de asistente; otra de edad similar a la jefa que parecía encargarse de la pura gestión; un hombre de treinta y tantos que tenía como cometido todo lo que exigiera trabajo manual, ya fuera colgar o mover los cuadros, empaquetarlos, transportarlos o vigilarlos; tenía este hombre un aspecto bruto, antiguo, como de España de Berlanga, ese país en el que los guapos se parecían a Dominguín y los feos, directamente, a la bestia. Todos le guardaban a la jefa una reverencia especial, de admiración y respeto.

Julio sonrió a la asistente varias veces, e incluso se permitió alguna bromita. Andrea lo llevó a una sala pequeña, todavía más blanca y más neutra que las otras, y le enseñó su cuadro.

—Aquí lo tienes —dijo.

Era una pieza de dimensiones medianas, de 120 por 120 centímetros. La artista, una pintora alemana de nombre Hilde Wilms, era «una estrella al alza», según el suplemento cultural del *New York Times*. Por suerte se encontraba en ese punto en el que el crecimiento de la reputación no había acompañado todavía al de los precios, pero sin duda pronto lo haría.

—Considéralo un favor —insistió ella, que tenía ese tipo de carácter—. ¡Armando! —dijo, requiriendo al hombre de rostro antiguo—. A la dirección que el caballero mande.

El cuadro llevaba por título *K4*. La técnica empleada era *mixed media*: sobre una base de acrílico había intercalados fragmentos de tierra y tela, además de restos de papel. Era eminentemente rojo, con varios rectángulos laterales que, por la combinación de negros y blancos desgastados, ofrecían la misma textura que una pared exterior vieja, un muro de estación de tren que pronto iba a ser grafitado. Armando lo empaquetó con cuidado, en silencio, demostrando una gran habilidad.

—Gracias por quererme tanto —dijo Julio, mientras admiraba la diligencia de Armando.

—No hay de qué —respondió Andrea, agarrándose la patilla de las gafas—. Y si no le gusta, dile de mi parte que no tiene ni idea. Que esto vale y más que va a valer.

Julio avisó a Gladys para que estuviera atenta a la llegada del cuadro. Después se despidió de Andrea Lledó, de la asistente —notó cómo ella se ponía un poco nerviosa; eso le gustó— y de Armando, que ya se preparaba para cargar con su reciente adquisición. Cogió un taxi y fue rumbo al Instituto Médico Láser, en el paseo del General Martínez Campos. En el trayecto —corto, que podría haber hecho andando— el taxista intentó sacar algunos temas de actualidad, a los que él respondió con generalidades. Iba distraído, pensando en el regalo que acababa de comprar.

En el Instituto Médico Láser lo recibieron con cortesía y lo hicieron pasar a una habitación con máquinas y camilla. Acostumbrado al ritual, se quitó la camisa, el calzado y esperó. Se había rasurado la piel antes de ir a la galería, y al pasarse la mano por el pecho la sensación le recordó a la de la cara recién afeitada. Apareció la esteticista.

—Señor Gasset, torso completo, ¿verdad? Pecho, abdomen, hombros y espalda.

—Eso es.

—Empiezo por espalda, si le parece. Túmbese boca abajo. Veo que ya se ha rasurado. Por si acaso, voy a repasar con cuchilla.

La esteticista dio un par de pasadas rápidas y se puso las gafas protectoras para comenzar. Esa parte fue bastante breve. No tenía apenas pelo y ya llevaba tiempo haciéndose la láser. Solo sintió una cierta molestia

en la zona de los omóplatos, pero era normal: ahí es donde más se concentraba el vello. Para los hombros se incorporó y tuvo que ponerse las gafas protectoras él también. Sí que le dolió cuando se acercaba al principio del cuello, una piel muy sensible. Cuando esto sucedía, hacía un movimiento como de lagarto, una ola con el cuerpo, el espasmo de un dolor fugaz. Pero aguantó.

Con el pecho tuvo problemas. La raíz era mucho más fuerte, y en el área entre ambos —lo que sería en las mujeres el canalillo, y que en él era puro hueso— tuvo que mandar parar varias veces, no sin gesticular y suspirar, haciendo ver que estaba pasando un mal rato. En ese dolor, esa quemazón, encontró un consuelo pensando que su vida, al fin y al cabo, tenía muy pocos momentos de sufrimiento y muchos de placer, así que de alguna forma un láser que le eliminaba el vello era una vía para equilibrar el karma. Después se repitió a sí mismo que el dolor era mental. Apretó la mandíbula. El dolor es mental, el dolor es mental. Fue ganando dominio sobre sus sensaciones corporales. El dolor es mental. Justo cuando terminó el pecho se sentía un espartano: habría podido atravesarle una flecha, que su cabeza dominaría la agonía del cuerpo.

El abdomen no le dio mayores problemas, al no ser esta una zona muy sensible. Salió de la clínica aliviado y entero, feliz por haber superado el trámite.

En casa se aplicó una crema de aloe vera, especialmente en los hombros, algo enrojecidos. No podía tomar el sol durante unas horas, así que tras la frugal comida no salió a la piscina. Decidió ver una película. El cuadro reposaba empaquetado en su dormitorio.

Tras mucho bucear acabó eligiendo *Casablanca*, que estaba incluida en uno de sus múltiples servicios de suscripción. Ese Humphrey Bogart cínico y galán, con su autocontrol absoluto y su dejadez moral —pero con buen fondo—, le recordaba un poco a sí mismo. Ilsa Lund, interpretada por Ingrid Bergman, le parecía bellísima; Víctor Laszlo, el héroe que lucha frente al horror nazi, le daba más igual, salvo en escenas concretas: cuando, en el café de Rick, entona la Marsellesa para acallar los cánticos germánicos, se puso a llorar como las otras tantas veces que había visto la peli.

Por la noche él y Claudia salieron a cenar. Como sorpresa, en vez de los restaurantes modernos a los que estaba acostumbrada, la llevó a Casa Lucio,

la institución castiza de Madrid en la Cava Baja. Era un local antiguo, castellano, de ladrillo viejo. A la entrada, el encargado los recibió con efusividad.

—¡Don Julio! Pasen, pasen por aquí.

Claudia estaba maravillada. Le encantaba la tradición. Había oído hablar de él, pero nunca había ido. Las mesas eran pequeñas, estaban muy juntas; los camareros vestían con chaqueta blanca y tenían caras míticas, como de futbolista retirado. Se sentaron en el rincón de Mario Vargas Llosa: eso decía una plaquita, con un busto del escritor sobre una repisa. El propio Lucio, a sus ochenta y muchos años, los saludó.

—Están ustedes en el mejor restaurante del mundo.

Se veía que sentía que conocía a Julio, pero no sabía muy bien de qué. Luego cayó.

—Echamos mucho de menos a su padre —le dijo.

Después contó un chiste sobre unas señoras gordas, con mucha gracia, y se despidió. A la mesa de al lado les contó otro similar.

Comieron muy bien, los míticos huevos estrellados de entrante, y de principal un rabo de toro para Julio y unas cocochas a la plancha para Claudia. Salieron contentos del lugar y acabaron en casa de Julio.

—¿No te importa que vayamos siempre a la mía? —preguntó él, en el trayecto en Uber.

—¡Para nada! A no ser que quieras conocer a mis padres.

Julio se rio.

—¡Todavía no! No querría ser padre ni aunque tú fueras mi hija —se cortó un poco al hacer patente la diferencia de edad entre ambos, pero enseguida se envalentonó—. ¡Especialmente si tú fueras mi hija!

Ya en su casa se besaron nada más entrar y, cuando estaban semidesnudos, Claudia descubrió el cuadro.

—¿Y esto? —preguntó, con ojos pícaros.

—Un regalito que te he hecho.

Ella lo desempaquetó y exclamó de emoción.

—¡Me encanta! Pero, por favor, no tenías que haberlo hecho. Cuando te dije que quería empezar a coleccionar arte era un deseo, nada más. ¡Qué bonito! Gracias, gracias.

Se quedó mirándolo un rato pero, al comprobar que Julio estaba expectante y respiraba con agitación, lo apoyó en la pared y volvió a

retomar los besos. Hicieron el amor dos veces y después se quedaron dormidos, sin despertador.

OceanofPDF.com

XVI

Julio se abstraigo mirando la gigantesca fotografía en blanco y negro que tenía de Serge Gainsbourg. Lo hacía mucho: su gesto adusto, seco, arrogante; su expresión frívola y a la vez consciente; sus ojos de sospecha; su porte contrahecho, corregido con un traje cruzado de raya diplomática... Le daba una energía especial, una fuerza para pelear contra las curvas de la vida, las obligaciones, la burocracia. Gainsbourg era el Baudelaire del siglo xx: había hecho brotar flores del mal absoluto de su fealdad. Su carrera de músico (monumental, incisiva) era una anécdota al lado de su carrera como conquistador. Nunca un hombre tan limitado por su apariencia alcanzó tan altas cotas. Era el triunfo de la personalidad. De la mitología. En 1967 fue novio de Brigitte Bardot. En 1968, de Jane Birkin. Nadie, jamás, volvió a repetir semejante gesta. Y siempre decadente, elegante, mordaz. La vida, pensaba Julio, hay que cogerla como Serge: sorberla, exprimirla, empapar los morros en ella hasta que el atragantamiento no nos deje respirar.

Claudia se levantó con la carita caliente, semidesnuda, y bebió café. El aire leonado de su pelo la hacía parecer *hippie*. Julio la admiró en silencio, con cierto orgullo de pecho henchido, puede que hasta con vulnerabilidad. Luego la acompañó a sus clases de interpretación en el Estudio Ravello. Era un centro de artes dramáticas prestigioso, probablemente uno de los más importantes del país. A la entrada, vio a varias chicas de la edad de Claudia, con una apariencia similar. Se iban a dar un beso, pero al final no se lo dieron. Su relación, fuera lo que fuera, tenía mucha intensidad: en la última semana se habían visto casi todos los días. Encajaba en la personalidad de ambos, proclives al encantamiento.

Volviendo a casa, con el aire acondicionado a tope, pensó en escapar a Mallorca. Su familia tenía una villa en un paraíso aislado, uno de los escasos lugares que quedaban sin masificar de la isla. Él era, de facto, el único que la usaba. En cuanto dejase atados los asuntos de Madrid podría

huir a Baleares. La compañía no sería problema. El coche (un Mercedes Benz clase E antiguo, la cumbre de la fiabilidad y la durabilidad) salió fuerte del semáforo cuando Julio acarició el acelerador. Después se perdió en la M-30.

Gladys le había preparado una comida sana y nutritiva: una *vichyssoise* fresquita y una merluza al horno con limón. Comió con parsimonia. Estaba pensativo. Tenía una cita por la tarde en su gestoría. Bebió el café y hojeó un libro de fotografías de Helmut Newton, *Sumo*, editado por Taschen. En su mayoría eran desnudos femeninos, muy sexuales, casi siempre mujeres bellísimas, espigadas, con tacones; una visión lasciva, gloriosa, una mirada que las divinizaba y a la vez las desposeía de cualquier atributo no erótico o sensual. De alguna forma, una instantánea titulada *Walking Women* (París, 1980) le puso nostálgico. Era muy simple: cuatro mujeres desnudas (salvo por los mencionados tacones, que debían ser una obsesión personal de Helmut) caminando cada una en una dirección, con un fondo estrictamente neutro. La del centro, rubia, con un peinado como de cine clásico, era la más bella, probablemente una de las mujeres más bellas que habrían pisado la tierra. Por su postura, era la única a la que no se le veía bien ni la cara ni el pubis. Quizás fuera eso. Suspiró. Fotografías que en los años 70 habrían sido liberadoras, controvertidas, incluso «progresistas», ahora estaban ya consideradas como el límite de lo retrógrado. En poco tiempo, pensó Julio, habrá que mirarlas como a las revistas porno de la primera adolescencia. A escondidas. Pero con el agravante de que esto es arte.

También había alguna foto de chicos duros, tipo Nicholas Cage o Mickey Rourke, aunque en esas apenas se detuvo.

Pidió un Uber (en el centro es complicado aparcar). Con la relajación habitual llegó unos minutos tarde. Miguel Ángel Fuentes lo esperaba en la puerta, fumándose un cigarrillo.

—¡Julio! Pasa. Está Marga arriba. Ahora mismo subo.

Se notaba que entre ambos había confianza, casi amistad; de lo contrario, jamás un administrador hubiera mandado esperar a un cliente solo porque se estaba fumando un pitillo. Marga, tan amable como siempre, le preguntó por sus vacaciones, por su vida, sus proyectos. También le contó que Pablete, su hijo mayor, había sacado todo sobresalientes y un notable al acabar el curso.

—Mejor —respondió Julio, cariñoso—. Así tiene margen de mejora.

Pronto subió Miguel Ángel y entraron los tres a la sala de reuniones. La secretaria les trajo agua y vasos en una bandejita de plata.

—Bueno —empezó Miguel Ángel, ajustándose las gafas—. Vamos a comenzar haciendo el repaso de siempre a toda tu cartera de inmuebles.

Eran una pareja que se complementaba a la perfección: Miguel Ángel, de cuarenta y siete años, alto, miope, profesional; Marga, de cuarenta y cinco, encantadora, dinámica, directa. Ambos se conocieron en la carrera, estudiando Derecho. Se hicieron novios y desde entonces, hasta ahora. Habían creado la gestoría tras el intensivo fogueo de los despachos de abogados. A pesar de unos inicios difíciles, habían conseguido sacar adelante una considerable cartera de clientes, entre los que se contaba en su día el padre de Julio y, a su muerte, él mismo. Con sus gustos moderados, su bondad y su meticulosidad, uno hubiera podido imaginárselos perfectamente como un matrimonio relevante y asentado de una capital de provincias, una de las *fuerzas vivas*, que los domingos al mediodía se juntaría a comer con el notario, el dentista y el teniente de alcalde, si este fuera del PP.

Tanto Marga como Miguel Ángel abrieron casi al unísono unas carpetitas y empezaron a repasar, turnándose con total fluidez la palabra y las observaciones.

—Maldonado, 11 —empezó Miguel Ángel—, 3.º B. Noventa y seis metros cuadrados, exterior. Inquilinos: los noruegos, ya sabes. 1.850 euros mensuales. Este mes hacen dos años ahí. Sin quejas, sin comunicación, como son ellos. Pagan religiosamente —pasó página—. General Oraá, 73, 5.º Derecha. Ciento diez metros cuadrados, exterior. Matrimonio de treinta y pico, con dos hijos. 2.430 euros mensuales. Han tenido algún lío con la luz; por lo demás, amables y sin problemas.

—Tenemos que hablar con Ricardo de eso, por cierto —interrumpió Marga.

—Sí, es verdad.

Que resolvieran ese tipo de pequeñas intenciones era lo que les convertía en unos administradores de categoría. Si no, ser propietario acababa resultando un drama, una devoción perpetua hacia los inquilinos, que siempre tienen quejas y reclamaciones.

—Rafael Salgado, 9 —siguió Marga, con naturalidad—, 17.º Izquierda A. Ciento ochenta metros cuadrados, exterior. 2.800 euros mensuales. Este

es el del forofo del Real Madrid. Ni un incidente. ¿Te acuerdas —le preguntó a su marido— cuando se lo enseñamos? Al ver el Bernabéu desde la terraza casi se le cae una lagrimita. Y es que el piso está muy bien. Siguiente. Larra, 12, 4.º Derecha B. Ochenta y un metros cuadrados, interior. 1.300 euros mensuales. Un matrimonio joven, simpáticos, apenas llevan medio año. Modernos: él lleva el pelo muy largo, ella está completamente tatuada.

Marga tenía una forma de discurrir todavía más compuesta y profesional que la de su marido; por el tono de voz, la descripción de los inquilinos podría ser la de una plaza de garaje, a pesar de que hiciera comentarios sobre su aspecto o su origen que, en algunos casos, sobrepasaban lo estrictamente necesario.

—El local comercial de Almagro, 34 —dijo Miguel Ángel—. La joya de la corona. Doscientos treinta y cuatro metros cuadrados. 14.000 euros mensuales. Hablé la semana pasada con ellos. Ya sabes que el contrato vence en seis meses. Tenían intención de renovarlo. Yo supongo que nos intentarán apretar un poco el precio, pero vamos, no habrá problema.

—Bueno, si nos piden una pequeña rebaja, no deberíamos poner pegas, ¿no? —intervino Julio—. El año pasado fue bastante duro.

—Teniendo en cuenta el valor del metro cuadrado en la zona, creo que ya estamos por debajo del precio de mercado.

—Eso es —añadió Marga, mirando seguidamente a su cliente—. No deberíamos ceder, Julio.

—Vosotros sabéis mejor que yo —zanjó el tema con una sonrisa galante, reconociendo una derrota que, en realidad, significaba más pasta para su bolsillo.

Repasaron un par de viviendas más de poca entidad, y luego llegaron a un tema que parecía más espinoso.

—El ático de Alfonso XII, 4. Entiendo que no has cambiado de opinión.

—Así es —respondió Julio, serio—. Ya sé que es un activo muerto. Pero quiero conservarlo así.

En la fachada había una placa que conmemoraba el nacimiento del filósofo e intelectual José Ortega y Gasset en ese mismo edificio. La coincidencia del (medio) apellido era, por supuesto, casual.

—Tu casa de Puerta de Hierro, ¿todo en orden? —dijo Marga.

—Sí. Y la piscina este año perfecta. Hicimos bien en arreglar el sistema de depuración.

—No sabes lo que me alegro —contestó Marga, con una sonrisa que inspiraba la mayor de las confianzas.

—Pasando a tus propiedades fuera de Madrid, la reforma de la casa de Mallorca va a alargarse un pelín más, según nos dice el contratista —informó Miguel Ángel, que lo tenía apuntado en algún lado—. Aquí está. Dice que dos semanas.

—¿Dos semanas?

—Me temo que sí. Voy a llamarle en cuanto acabemos para apretarle más las tuercas.

—¿Y Marbella?

—Marbella sin novedad, como siempre.

Después de despachar unos asuntos de índole fiscal, el matrimonio se dio por satisfecho. En general estaban gestionando bien la cartera de su cliente; si él les dejara, la gestionarían todavía mejor: al ático de Alfonso XII, con sus vistas al Retiro y la Puerta de Alcalá, se le podía sacar un dineral. Pero había razones sentimentales que lo impedían. Antes de dar por terminada la reunión, Marga recordó una cosa.

—Por cierto, Julio. La mujer de tu amigo, el del Callejón del Mellizo, quiere verte. Tiene un lío con un tema de las facturas, o algo así. No se ha explicado muy bien, la verdad. Yo le he insistido en que de esos temas nos encargamos nosotros, pero no ha querido. Como son amigos tuyos, te lo cuento, si no, lo habríamos resuelto.

A Julio no le hizo ninguna gracia esta noticia. El rostro le adoptó una forma casi desconocida: ira, desaire, sorpresa.

—Qué querrá esta mujer ahora...

—Ni idea. Pero es, sin duda, la propiedad que más problemas da. Y es inexplicable. Al fin y al cabo, les estás haciendo el favor de dejarles el piso gratis.

XVII

Ignacio Benavides le contó todo a Uxía en la comida.

—Ven, te invito al Vips.

Se sentaron en la mesa roja e Ignacio comenzó, primero con rodeos y después de manera cada vez más precisa, a narrar su último mes, que tantas comeduras de coco le había traído.

—Enhorabuenísima por lo del libro —fue lo primero que dijo Uxía al conocer el interés que había suscitado.

La verdad es que ella no lo había leído: aunque hubiera querido, con la quiebra de la editorial poco después de su publicación, se hacía imposible conseguirlo de una manera convencional; además, Ignacio no lo iba contando o anunciando por ahí; al contrario, era un pasado incómodo que tendía a evitar, como los motivos de una ruptura sentimental —si esta viene por un fallo nuestro—. Una vez pasado el titubeo inicial, sonó convincente, liberado; poseía una clarividencia extraña, un poco en contradicción con el que era su estado de ánimo habitual. Uxía le interrumpió únicamente para hacer algún comentario elogioso. Tenía la virtud de saber escuchar, o de no juzgar, por lo que estaba acostumbrada a este tipo de situaciones: no era la primera vez que alguien le confiaba un secreto íntimo o una angustia tremendamente personal. Estas cosas, por la condición humana que nos une, se intuyen.

—Y a ti ¿qué te parece todo? —preguntó Ignacio, al terminar.

—Son tantas cosas... —respondió Uxía—. Es impresionante. Te lo mereces.

No pareció satisfacerle mucho la respuesta.

—¿Y cómo hago que avance?

—¿Que avance?

—Sí. Que siga rodando. Esto lleva unos días parado. No sé si escribir, si presionar, si aguantarme...

—Nacho, yo es que de este mundo no sé tanto.

Ignacio calló un momento, como saboreando una duda.

—Pero tú habías estado en Soromedia, ¿no?

Justo les trajeron la comida. Era una oferta nueva, el Menú Smart. Por solo 9,95 se incluía plato principal, bebida y postre. Ignacio había pedido el sándwich Fundy O’Clock. Uxía, la Cheeseburger Grande. Vino a la vez que las bebidas.

—¿Coca-Cola Zero? —preguntó la camarera, una mujer latina de pelo rizado.

—Yo —respondió Ignacio.

—Y el Nестea para ti, cariño. ¡Que disfruten!

Uxía quiso abalanzarse sobre la hamburguesa, pero tuvo que reprimirse por consideración. La verdad es que el Grupo Vips, que en su día había traído la modernidad a España —entiéndase modernidad como tortitas y hamburguesas, un sueño que entonces resultaba succulento, americano, pero que la creciente preocupación por la salud había revelado como peligroso, una especie invasora en el hábitat natural de la dieta mediterránea— estaba pasando un mal momento: no era de extrañar que tiraran tanto los precios, con la esperanza quizás de competir con McDonald’s o Burger King. Ignacio la miró demandando una contestación.

—Sí —respondió Uxía, retomando, un poco insegura del objetivo de la pregunta—. Estuve casi un año de becaria de producción.

—¿Y qué tal es esa vida?

—Pues depende. La parte de oficina, como cualquier otra. Los rodajes son un mundo.

—¿Por?

—Tienen sus puntos buenos y malos —dicho esto no se reprimió más y pegó un buen mordisco a la hamburguesa. Luego lo bajó con un trago de Nестea.

Ignacio la imitó con su sándwich. Esperó a que terminase de masticar para exhortarle a que continuara con la historia.

—A ver —siguió Uxía—. Lo malo es que no hay horarios, ni fines de semana. Es muy esclavo. Y que a veces se crean situaciones de tensión muy feas. Por egos, o porque las cosas no salen. ¿Lo bueno? Te diría que las fiestas. Y que no te aburres nunca.

—¿Y por qué lo dejaste?

—No lo dejé. No me renovaron.

Ignacio puso una mueca de disgusto, más por haber errado la pregunta que por compasión. Los dos dieron más bocados a su comida y pausaron la conversación.

—¿Y sigues manteniendo relación con gente de la productora? —siguió Ignacio, poco después.

—No mucho. Fue hace como cuatro o cinco años. Pero Nacho —dijo ella, mirándole a los ojos con inquietud—, ¿por qué me estás preguntando esto? ¿Tiene algo que ver con tu libro?

Ignacio sonrió. Era la imitación de una sonrisa ufana que ya había visto antes.

—Te cuento. He estado investigando. Este hombre del que te hablé, Julio Gasset, el que está detrás de todo esto, ¿sabes quién te digo? Bien, pues él mencionó varias veces el nombre de Inma Reguilón.

—Ya sé por dónde vas —dijo Uxía, asintiendo mientras daba unos tragos de Nestea—. Pero no sé si voy a serte muy útil. Yo a Inma la traté muy poco. Y es una tía de cuidado, además.

—¿Por?

—Porque es... —y esto lo dijo con cierta timidez, como si le diese apuro soltar un taco—. Es una tía con un par de huevos.

—¿Y no tuviste nada de nada de relación con ella?

—La única vez que habló más de diez segundos conmigo fue para echarme la bronca porque me había equivocado con unos plazos de entrega.

Ignacio no dejó que esto lo desanimara.

—¿Y no tienes ni una dirección de *mail*?

—Supongo que sí, pero, aunque la tenga, mandarlo a puerta fría no va a funcionar. ¿Eres consciente de la cantidad de propuestas que les llegan a diario?

—Hasta donde sé —dijo Ignacio, repasando de cabeza las palabras de Julio—, ya ha habido o va a haber algún tipo de contacto por vía directa. Es simplemente por si puedo acelerarlo.

Uxía dudó. No tenía ya vinculación con Soromedia y sí muchas ganas de ayudar, pero le parecía un poco disparatado todo, como de alguien que no conocía el mundillo ni los resortes que lo mueven. Ignacio la miraba muy fuerte: podría parecer que usaba algún oculto poder psíquico.

—Por favor, Uxía...

Uxía era tan buena que le salía decir que sí a todo.

—Está bien —dijo finalmente, cediendo, mientras apuraba los bordes de su Cheeseburger—. Y puedes mencionarme, si quieres. Total, no me va a conocer.

Sonrió y se le cayeron unas miguitas de pan labios abajo.

—Gracias.

—Pero estas cosas siempre es mejor que las haga el contacto directo. Al menos esa es mi experiencia.

—Al contacto directo —respondió Ignacio, un poco chulo— a veces hay que darle un coscorrón. Que se enreda mucho en sí mismo.

Llegaron los postres. Uxía comió tortitas con nata y sirope. Ignacio iba a pedir un café, pero lo cambió por una bola de helado con la intención de ofrecerle la mitad a Uxía.

—¿Quieres probar tú de mis tortitas?

—No, no te preocupes. He comido bastante.

Luego hablaron de otros temas. Uxía contó que tenía intención de mudarse de piso, que el suyo era muy viejo, pero que de momento no había encontrado dónde o con quién.

—¿Y no tienes amigas del colegio que estén igual que tú?

—¿Del colegio? —preguntó Uxía, y le salió mucho acento gallego al preguntar—. Están todas con novio o casadas. Aquí donde me ves, yo fui a un colegio del Opus.

Al terminar Uxía su postre Ignacio pidió la cuenta y pagó. En ese breve lapso de tiempo —y en el pequeño paseo hasta volver a su puesto de trabajo— siguió dándole coba a su compañera, que le habló de Japón, de sus anteriores cortes de pelo —esto con un extraño tono de melancolía— y, por último, de su milagroso metabolismo, que le permitía zampar y zampar sin engordar ni un gramo. Se despidió de él agradecida, como si fuera ella la que hubiera recibido el favor. Muchas veces, las personas solamente necesitan un poco de atención.

A todo esto, Braulio había comido solo. No le importó ni a él ni a los demás.

XVIII

Era un edificio amplio en una zona poco noble de Madrid.

—¡No! ¡No! ¿No ves? No es un problema de palabras. Es un problema de entender el sentido de la acción.

Giovanni Fosca tenía maneras de soviético: podría haber sido una vieja profesora rusa de *ballet*. Venía, de hecho, de la escuela latina y marxista, aunque llevaba casi quince años residiendo en España. Poseía el convencimiento claro de la superioridad de la izquierda sobre la derecha.

—La expresión corporal es el medio, no el fin.

De repente atendía a un detalle con la meticulosidad de un átomo, aunque esto solo en apariencia. La obcecación se le pasaba a los dos minutos, cuando dejaba de hablar para los otros y comenzaba a escucharse a sí mismo. Uno imagina de las viejas profesoras rusas una entrega a su disciplina solo igualada por el rigor con el que enseñan. También un cierto hieratismo. Gio Fosca no era así. No era frío. Más bien disperso en cierto modo, una concatenación andante de frases lapidarias que sus alumnas —sin saber muy bien cómo— tenían que hilar para construir un corpus. Esta suma de elementos ya había producido resultados muy similares en España: la realidad es que Gio Fosca daba el perfil de cualquier catedrático emérito. Como todas las figuras con aire a institución, interpretaba un personaje de sí mismo.

Venía del teatro clásico, Shakespeare, Molière. En su juventud, le encantaba interpretar *La Celestina* y vestirse de vieja alcahueta. Era, en sí, un reto y a la vez un acto subversivo. Hubo grandes historias de esos años, seguro, porque siempre las hay. Los gustos elevados, la revolución, el monólogo de Segismundo. Todo eso es elogiable, pero luego la vida es tan somera...

Tras su largo fracaso económico como actor había fundado el Estudio Ravello en Madrid. Inicialmente destinado a la formación teatral, pronto

tuvo que abrir la mano e incluir cursos destinados a la interpretación más cinematográfica. Hamlet no era atractivo. No estábamos en Inglaterra.

—No solo es la pobreza económica —decía Gio Fosca, agobiado por su situación—, también es la pobreza temática.

Fueron tiempos de suerte desigual. Hombres como el Gio, de esa época, hay muchos. Se tiende a creer que quien está inmerso en una profesión artística ama hasta el último detalle de la misma; que hasta en una pésima realización es capaz de ver el matiz que la redime. No. La pasión no es infinita. La segunda mayor lucha del artista, después de la frustración, es el cinismo de los que se han quedado a medio camino, demasiado metidos ya para escaparse, demasiado golpeados para crecer.

Luego, en 2017, la cosa empezó a cambiar. Ese año se estrenaron *La casa de papel* y *Las chicas del cable*, dos series que, a través de la plataforma Netflix, tuvieron un impacto global. Ambas contaban con papeles femeninos muy potentes. En lo que afecta a Giovanni Fosca, significó que Estudio Ravello pasó de admitir a cualquiera a tener que establecer un riguroso proceso de selección. Resulta que, casualidades de la vida, muchas de esas chicas Netflix habían estudiado con él. Giovanni volvió a enamorarse de la profesión.

—La actuación es el fenómeno de la transformación —decía el *coach*, en su peculiar acento italoargentino—. Y no hay que tener miedo a la metamorfosis.

Se echó un novio muy guapete, unos veinte años más joven, así que iba por la vida como un pavo. Algunas noches, cuando su efebo dormía semidesnudo, él se desvelaba y le asaltaban las dudas. ¿Habré traicionado al teatro? ¿Soy un Judas? Luego amanecía. Entre los eventos, las clases y las altas relaciones se le iba olvidando el tema. El éxito como tal es demasiado excitante; los ideales, una luna lejana a la que recurrimos en el fracaso. Al final, tener una posición dominante es en sí una pasión, una profesión propia. El hombre es contradictorio.

A pesar de este aparente cinismo, la verdad es que Gio Fosca sentía cierta predilección por Claudia. En las pruebas de admisión había interpretado un pequeño fragmento de *Bodas de sangre*, de Lorca, con moderada brillantez. Después, para la parte de canto —en Estudio Ravello se ofrecía también esa posibilidad, que se añadía al módulo principal de interpretación— había escogido una zarzuela clásica, *El barberillo de Lavapiés*.

*Este es el sitio, frente a la venta.
Esta es la hora, y estas las señas.*

Solo por lo anacrónico de la elección la consideró admitida de inmediato. Le hizo gracia. Tenía, además, una voz preciosa, aunque eso no fuera lo más relevante. El resto de candidatos había optado por obviedades que le hervían la sangre: ese mismo día tuvo que escuchar cuatro pasajes distintos de *La llamada*, de los Javis. A ella podía verla con recorrido en el mundo de los musicales, o quizás mejor en los papeles medios de alguna gran obra nacional. La verdad es que no era un perfil típico dentro del estudio, no comulgaba con las obsesiones cinematográficas de la mayoría de sus compañeras. Por eso le sorprendió cuando le dijo que tenía entre manos un papel protagonista en una película importante y que quería que le ayudase a prepararlo.

—Niña, ¿de verdad?

Estaban en su despacho, desde el que se veía una amplia sala negra, con escenario y varias filas de butacas. Ambos llevaban ropas cómodas, flexibles.

Claudia asintió e intentó explicarse lo mejor que pudo. No hizo mención a la relación que tenía con Julio Gasset, pues ni ella misma sabía en qué términos estaba (por otro lado, ¿qué necesidad hay de ponerle nombres a las cosas? ¿Por qué se institucionaliza el amor, se ata, se pervierte y se devora? Cuando se es artista, los sentimientos son el viento de un velero sin timón, esa frase la había leído Claudia en algún lado y la sentía muy propia). Gio no quiso indagar más en ese sentido. Sabía cómo funcionaban las cosas.

Al principio era difícil comprender el relato de Claudia Lanza. Ella sonreía, nerviosa. Daba rodeos. En la clase grupal había estado errática, perdiendo el sentido de la interpretación, y ahora Gio entendía el motivo.

—Es un personaje femenino fuerte, con autonomía, que decide si quiere o no quiere el amor del protagonista masculino, que no se pliega a sus exigencias.

No estaba hilando muy fino: eran fragmentos, oraciones muy redondas pero muy sueltas.

—¿Y desde qué punto de vista está contado? —preguntó el profesor, como desde una atalaya.

—Desde el de él... —respondió Claudia Lanza—. Pero entiendo que la idea es darle más peso a la visión del femenino.

Gio asintió.

—Nos han acostumbrado al papel de mujer como arpía, torturadora del deseo de los hombres —siguió Claudia, hablando en lo que parecía un discurso preparado—, y eso, por suerte, ya está cambiando. Las mujeres también tienen motivos, tienen aspiraciones, tienen fuerza. Y en este proyecto se va a reflejar así.

Gio asintió de nuevo. Luego habló.

—Me parece bien, niña. Pero entonces habría que cambiar el punto de vista —dijo—. De lo contrario, vas a conseguir el efecto opuesto al que te propones. Hay que contar la historia de la mujer. La del hombre, como dices tú, ya la sabemos de toda la vida.

Claudia no pudo sino estar de acuerdo.

—Seguro que se puede reconducir. El proyecto está en una fase inicial todavía. Lo hablaré con ellos.

Era un consejo lógico y, además, significaba un mayor protagonismo para ella. Por eso redobló esfuerzos.

—¿Y me ayudarás a prepararlo...?

No era de extrañar que tuviera ese interés. Que le preguntasen a las chicas de Netflix. Todas habían preparado los papeles claves de su carrera —el que les había permitido dar el salto a una liga superior— con Gio Fosca, que parecía estar tocado por una varita mágica que, al no saber de dónde había surgido, usaba con cierta ligereza. Por lo que fuera —quizás ese día estaba de buen humor— Gio Fosca le dijo que sí, que podía ayudarla, pero que necesitaba un poco más de información.

—Yo te consigo lo que quieras —respondió Claudia, ilusionada.

—No me refiero a mí. Me refiero a ti. Hay que acudir a la fuente de las cosas.

Claudia vio una luz y corrió hacia ella.

—Está basada en un libro de un autor semidesconocido. Y es una novela muy personal, casi como un diario, o una ficción de su propia vida.

Él afirmó definitivamente que tenía que conocer bien al autor para poder llegar a la raíz de la historia, aunque no se sabe si, por cómo lo contó ella, le predispuso a dar esa respuesta. Muchas veces ordenamos nuestros impulsos

de manera que a los demás les parezcan racionales; tras esa disposición, es normal que nos den su apoyo.

—Yo también lo pensaba —respondió Claudia.

Gio sonrió complacido.

—Pues ya tienes deberes, niña. Una vez tengas esto y el *proyecto* —lo dijo con cierto retintín— avance, podremos empezar. Hasta entonces, no te descuides en las clases, que te vendrán bien en cualquier caso.

Claudia le dio un abrazo, agradecida. En el mundo de la actuación, la gente es muy tocona.

—Y no te olvides de que esto es un oficio. El mal actor se cree un artista y descuida la artesanía, que es lo fundamental. No somos distintos del alfarero o el carpintero. Hay que trabajar. Y conocer. Conocerse a sí mismo, conocer al otro, es incómodo, y es arriesgado. Pero gracias a esto uno puede llegar a la verdadera conexión con su personaje. La investigación y la creación van unidos. No se puede entender el proceso creativo sin un trabajo previo de búsqueda, de conocimiento. Así que a investigar, a meterte en el más profundo río hasta que puedas volver a la superficie con la pepita de oro.

Claudia lo escuchó con los ojos encendidos, maravillada. Quizás ese fue el momento en el que entendió toda la sabiduría que Gio Fosca era capaz de transmitir.

—Eso haré.

Gio asintió contento, colmado, y ambos se despidieron.

La realidad es que sentía una gran predilección por Claudia. Era una niña agradable y con cualidades. En la soledad de su despacho, canturreó un fragmento de otra zarzuela:

*Una morena y una rubia,
hijas del pueblo de Madrid,
me dan el opio con tal gracia
que no las puedo resistir.*

Tenía un timbre peculiar, como si su voz fuese más aguda al entonar melodías y no frases.

XIX

Ese finde, Julio y Claudia bajaron a Marbella. Julio había mencionado de una manera muy genérica que tenía ganas «de estirar un poco las piernas», y Claudia, que ya empezaba a cansarse de estar tanto tiempo bajo el sol capitalino, se apuntó encantada. Era la primera vez que viajaban juntos. No se la llevó a Mallorca por la dichosa reforma.

La casa de Julio era una villa de los años 70 en Guadalmina Baja. Mostraba un cierto parecido a la suya de Madrid, al menos en el exterior: una suntuosidad clásica, elegante. El interior tenía un aire más a viejo, aunque algunos muebles antiguos se intercalaban con aparatos del futuro: al llegar, se encontraron una aspiradora automática Roomba haciendo su ronda por el salón, como si de una mascota robótica se tratara.

—¿Te gusta el golf? —preguntó Claudia, al asomarse al balcón y ver, a sus pies, el Real Club de Golf de Guadalmina.

—A mi padre le gustaba. Yo jugué de pequeño, pero me iban los deportes más... Físicos.

En circunstancias normales esto hubiera dado pie a una escena sexual, algo picante, pero Julio simplemente se asomó al balcón con ella y se quedó mirando el verde.

Por la noche fueron a cenar a Nobu, en la zona de Puente Romano. Era un restaurante fusión de comida japonesa y peruana, ideado por el máster de la fusión *himself*, el chef Nobu Matsuhisa (eso decía la página web). Claudia pidió un *baby spinach salad dry miso*. Julio, un *seafood ceviche*, que no terminó. Sí que bebió, al poco de empezar su plato, dos copas de whisky japonés, un Suntory Hakushu de doce años. Era algo fuerte para acompañar la cena. Claudia optó por una copa de Mount Nelson, un vino, *sauvignon blanc*. Estuvo contando anécdotas de sus amigas, del ambiente de actrices de Madrid...

—Me agobia Madrid —dijo Julio, mientras removía los hielos de su vaso—. Está todo muy cargado.

—Por eso hemos venido aquí, ¿no?

—Sí. Pero es una pena lo de Mallorca. Esa casa es maravillosa.

—En nada me puedes llevar —dijo ella, guiñando el ojo.

La verdad es que estaba guapísima, resplandeciente: llevaba un vestido sencillo, oscuro, veraniego; los hombros desnudos pedían un poemario entero, una sumisión artística total.

—A ver si este verano es posible —contestó Julio, preocupado—. Que no sé yo, al ritmo al que van las cosas.

La cena transcurrió entre luces cálidas y bailes de plato. Poco a poco, Puente Romano se fue animando y la gente empezó a pedir copas en la plaza. Claudia insistió en seguir.

—¡Es muy pronto todavía!

Se encontró con un tipo al que conocía, un hombre de una edad similar a la de Julio, pero que, por musculatura y definición, parecía exdeportista. Llevaba un polo azul clarito de Prada: se le adivinaba un tríceps enciclopédico. Claudia estuvo hablando con él un rato, muy animada; Julio no hizo grandes esfuerzos por entrar en la conversación. Observaba a una pareja, un matrimonio correcto y adulto que parecía bien avenido. Probablemente hubieran dejado a los niños pequeños con la cuidadora.

Acabaron en la casa del tipo al que Claudia conocía, que montó una fiesta sobre la marcha. Julio accedió porque también era en Guadalmina.

—Dos calles más abajo vive Aznar —le decía un andaluz muy enjaezado.

Claudia se había encontrado con más amigas —antiguas compañeras del Colegio Británico— y juntas recordaban trastadas a esta profesora y a la otra. Una de ellas, pasado el breve jolgorio de la regresión, le anunció un tema serio.

—Tía, ¡me caso!

Claudia Lanza se abrazó con ella y le dio besos de la más absoluta alegría.

—¡Enhorabuena de corazón!

Julio miraba de reojo la escena, mientras el andaluz seguía hablando del expresidente.

—Y no veas cómo corre el tío. Vaya ritmo. Es puro nervio. A veces vengo yo un poco tarde de tomarme los *gin-tonics* y me lo cruzo, ¿sabes? El tipo madrugador ahí, con sus guardaespaldas. Y le digo: ¡Presidente! ¡No sabe usted lo que lo echamos de menos!

La amiga prometida llevaba un anillo fino y elegante que enseñaba con ilusión. Había una candidez sincera e insoportable en la escena.

Julio siguió haciendo tiempo con desconocidos. No quería entrometerse en el reencuentro. Claudia parecía muy feliz; parecía enormemente feliz desde que habían llegado a Marbella. Por suerte la fiesta no se extendió demasiado. El dueño de la casa los desalojó con mucha elegancia: al día siguiente tenía barco y no quería estar tieso.

—Nosotros también tenemos barco mañana, si quieres —le susurró Julio a Claudia, mientras entrelazaban las manos; ese gesto le produjo un escalofrío consciente.

—Me parece genial —respondió ella, afianzando su mano en la de Julio.

En el paseo a casa siguieron así, como novios adolescentes. La noche era clara. Llegaban ecos de una fiesta lejana, quizás en la otra punta de la urbanización.

Claudia se cambió en el cuarto de baño y apareció con un pijama corto de verano. Julio apenas se había quitado los pantalones, los calcetines y los zapatos. La esperaba tumbado en la cama, entre las sábanas blancas, con la camisa y los calzoncillos también blancos.

—Qué ilusión lo de tu amiga.

—Sí —dijo Claudia, mientras se tumbaba a su lado.

Olía a colonia y crema hidratante. Olfato y tacto encandilados.

—No sabía que hubieras estudiado en el Británico —dijo Julio, tras un momento de silencio—. Yo también. Puede que hasta coincidiéramos. Aunque tú serías una niña pequeña. Y yo... Estaría en el último curso.

—No te preocupes por eso. Solo estuve unos años. Y ya adolescente.

Julio la miró, dejando caer la cabeza hacia la suya.

—¿Y a qué otro colegio fuiste?

Claudia desplegó de manera natural una larga lista de nombres. A veces daba la sensación de haber memorizado las cosas, de estar recitando un discurso; esta vez, sin embargo, la narración de su infancia y larga adolescencia discurrió con una fluidez total, espontánea.

—Hice los seis cursos de primaria en los jesuitas. Después, en la ESO, ingresé en el Colegio Alemán de Madrid. No era muy buena estudiante, pero se me daban bien los idiomas, así que, tras el primer año, me mandaron a Inglaterra. Estuve en total tres años, en el Maidwell's Boarding School, un internado de las Midlands, cerca de Birmingham. Después, por seguir con lo inglés, regresé a España para cursar bachillerato en el Británico. Ahí me hice amiga de Casilda, la que se casa.

—No tenía ni idea.

Claudia siguió contando con total transparencia.

—Luego entré en la Universidad Complutense para hacer Humanidades. La nota de corte era un cinco punto cero —dijo riéndose, mientras se tapaba la cara, como con vergüenza—. *Easy peasy*. Pero no me gustó. Me pareció viejo. Y eso que a mí me gusta lo viejo. Bueno, no. Me gusta lo antiguo. Es distinto.

Julio intentó imaginarse a Claudia en los pasillos grises de la Complutense y la verdad es que no lo consiguió. El arteísmo rico suele romantizar los lugares así, cuando la realidad es que el café está malo y el paro manda.

—¿Qué hiciste después?

—Me fui a París un año, a mejorar mi francés. Me encantó. Lo disfruté muchísimo. Hasta me hice una especie de blog —se volvió a reír—. Es completamente de pringada. ¿Quieres verlo?

—Claro —respondió Julio, arrimando la cara hasta tocar la suya.

Claudia sacó su móvil y le enseñó un post que se titulaba «Felicidad en París». En él hablaba de Chanel, de Saint-Germain, de bistrot, de Cartier... Venía acompañado de unas fotos que daban cierta ternura: salía Claudia con una sonrisa perenne, ya fuera fumando un Gitanes en un café o con las manos cargadas de bolsas de Sandro.

—Me encanta —dijo Julio, sonriendo muchísimo—. ¿Y cuánto te quedaste ahí?

—No fue ni un año. Una pena. Oye, pero esto que te he contado es un secreto, ¿eh?

—Conmigo está a salvo.

Claudia siguió contando.

—Después regresé a Madrid y empecé el grado de Periodismo en la Universidad Pontificia de Comillas.

—Yo pensé que solo tenían carreras tipo Derecho y ADE.

—Eso es ICADE, que forma parte de Comillas. Bueno, el caso es que a los pocos meses lo dejé también: era un error. Me refiero a que no tendría ni que haberme matriculado. No me interesaba el periodismo.

Esta vez le salió un tono más amargo. No quería dar una mala imagen.

—Así que, después de esa última experiencia, ya me centré en la interpretación. Y en el canto. Probé un par de sitios, hice varios cursos y talleres, y ya llevo casi dos años en la escuela de Giovanni Fosca.

—¿Y qué tal es? ¿Estás contenta?

Julio se sorprendió a sí mismo al escucharse. Había hablado con cercanía y verdadero interés. Qué curioso: esas preguntas tan básicas —qué tal es, estás contenta— resultaban novedosas, inesperadas, y le dio un poco de vergüenza. Cuando se centra tanto la mira en la seducción y las promesas, lo cotidiano se olvida. La seducción es la ocultación de lo cotidiano.

—Estoy muy contenta. Es mi sitio. Y he aprendido muchísimo. Después de esto —dijo, sugiriendo algo— ya no estudiaré más. No me hará falta.

Los dos durmieron, como en el paseo de vuelta, con las manos entrelazadas.

Al día siguiente, Julio hizo unas llamadas. A las doce y media estaban en Puerto Banús, vestidos apropiadamente —Julio con camisa de lino a rayas, bañador azul oscuro de Vilebrequin y alpargatas del mismo color; Claudia con bañador de una pieza, pareo, unas enormes gafas de sol y una bolsita de playa de mimbre—. Los recibió su amigo Felipe Schon, a bordo del Lady Godiva.

—*Welcome on board!*

Julio y él se conocían desde hacía mucho. Ambos habían tenido unas infancias peculiares. Felipe era el único hijo de un bávaro acaudalado y una colombiana guapísima. A los pocos meses de nacer el crío ya se habían divorciado. Como consecuencia, Felipe Schon había pasado su vida yendo de un internado a otro, cada año en un país distinto, en esas jaulas de oro que son los colegios de élite para hijos con padres, pero sin familia. No corrió el mismo destino que tantos otros, por fortuna: apenas probó drogas, no se enganchó al juego ni al exceso, fue sacando los cursos con moderada brillantez y acabó convertido en un solvente empresario marbellí, gestor del amplísimo legado de los Schon.

Felipe tenía un físico curioso: había heredado los rasgos de su madre y el tono de piel de su padre, por lo que técnicamente era un mulato albino. Usaba siempre mucha crema de protección solar.

Navegaron con él y con su mujer, Carmen Morón. Claudia y ella congeniaron muy rápido: era sorprendente lo bien que se adaptaba Claudia a un ambiente en el que la mayoría de la gente le sacaba unos diez años. ¿O es que eran todos muy infantiles? La realidad es que Carmen Morón, desde luego, era simpatiquísima, arrolladora. *Mu grasiosa*. Felipe era más pancho.

El patrón guio el Lady Godiva fuera del puerto y lo ancló frente a Victor's Beach. A su alrededor, otros barcos de similar tamaño disfrutaban igualmente de la vida. Se dieron un baño refrescante. El cocinero del barco les sacó unas coquinas y algo de aperitivo; bebieron vino blanco casi helado.

—¿Hasta cuándo estáis por aquí? —preguntó Carmen Morón.

—Me temo que hasta mañana nada más —respondió Claudia, con carita de pena—. Es una lástima, pero hay mucho que trabajar. Tenemos un proyecto entre manos.

—¿Un proyecto? ¡Pero cuéntanos un poco, Julio!

Y Julio, con su habitual ingenio, cambió rápidamente de tema entre risas y halagos. Luego, a ratos, se abstraía de la conversación, permaneciendo callado, meditabundo.

Claudia, Julio y Carmen se bañaron tras la comida. Felipe se encendió un puro y estuvo fumándolo durante horas.

Cuando acabó, el barco regresó a puerto. Se citaron a cenar en El Ancla. El Lady Godiva descansó sus tripas amarrado. Hubo una escena un poco cómica: Carmen Morón perdió una chancla al bajar a tierra desde la pasarela del yate; por suerte, el capitán salió volando y con un recogedor parecido a los de las piscinas pescó la Havaiana que se hundía. Fue aclamado como un héroe, y con razón: la anécdota valía mucho más que el calzado.

Claudia y Julio llegaron un poquito tarde a cenar. Se habían tomado cierto tiempo de más para arreglarse. Carmen y Felipe (él con un polo color crema que resaltaba su palidez, ella más mona y morena) comían unas gambitas, cuyas cáscaras ya se amontonaban al borde de un tercer plato.

—¡No os saludamos que os ponemos perdidos!

Felipe, que conocía bien la carta, fue el encargado de pedir. Principalmente cayeron frituras (chanquetes, boquerones), la ensalada El Ancla (que a Carmen le encantaba) y dos variantes del atún rojo salvaje del Estrecho, de mucha fama, traído de Tarifa y pescado con Green Stick, una técnica de pesca sostenible. El vino lo eligió Julio: Avancia Godello, un blanco excepcional que ya había tomado otras veces, con una puntuación de 91 sobre 100 en la escala de Parker.

El protagonismo durante la velada recayó sobre Carmen, que habló mucho y muy convencida de lo maravillosa que era Sevilla, de la gloria y lustre sevillanos, especialmente en comparación con Málaga, que por tener no tenía ni la catedral terminada.

—Bueno, pero eso de alguna forma pasa también en Barcelona —había intervenido Julio, con ironía.

—¡Y fíjate cómo les va!

Fueron a tomar unas copas a Olivia Valere, una de las discotecas más *in*. La decoración era como una pesadilla andalusí, con luces de colores, arcos de herradura y brazos tatuados. Julio estuvo a disgusto desde el principio. No tenía el ánimo como para hacer bromas sobre el sitio. Había visto un par de caras semiconocidas, pero optó por evitarlas y refugiarse en una conversación sobre la nada con Claudia, que tampoco se mostraba demasiado entretenida. Ambos se tantearon a ver si el otro tenía ganas de desaparecer, y cuando finalmente se dieron cuenta de que sí, desaparecieron.

—Nos vamos, que estamos muy cansados —anunció Julio—. Ayer nos acostamos tarde y el barco siempre te deja un poco *plof*.

Claudia asintió y Felipe aprovechó para sugerirle a su mujer que por él se marchaban igualmente. Por lo que fuera, nadie estaba muy a gusto ahí. A la salida se despidieron y regresaron en taxi a sus casas.

Ya en el dormitorio, Claudia besó varias veces a Julio, le dio besos en la boca, en el cuello, en la cara y hasta en la nariz. Después le quitó la camisa y le dio besos en los hombros, en el pecho, en el ombligo. Susurró algo en su oído. Luego apagó la luz, bajó las persianas, se desnudó completamente y quedó abrazada a él, que no pudo más que abrazarla igual y dejar que los ojos se le cerraran, sintiendo el cuerpo caliente y la respiración que subía y bajaba, pecho contra pecho, sombra contra sombra.

Al día siguiente, en el AVE de vuelta, Claudia estuvo repasando fragmentos de *Darse cuenta*, tomando anotaciones y marcando algunas páginas del libro. Julio miraba por la ventana el paisaje árido y convulso. Escuchó en bucle una canción del álbum *Gainsbourg n.º 4*, de su adorado Serge Gainsbourg: «Les cigarillos»:

*Les cigarillos me valent bien souvent les adieux éplorés
des femmes de qualité
et des courtisanes*

Las mujeres de calidad. Las cortesanas. Por primera vez no sintió nostalgia de los tiempos pasados de los otros, sino de los suyos propios.

En Atocha, un hombre mayor necesitó ayuda con la maleta. Las aceras quemaban y el asfalto desprendía esas ondas que se ven en las pelis del desierto.

XX

Podría haber sido un paseo agradable, de no ser por el sol y los nervios. Ignacio Benavides se bajó en la estación de metro de Colón. Frente a él ondeaba la gigantesca bandera de España. Alrededor de esta, edificios de diversas eras —unos bonitos, otros horribles— peleaban por imponer su estilo, dejando a la plaza en una indigencia estética total, quizás mitigada por la estatua blanca de una niña con ojos cerrados en uno de sus extremos. Maldijo el calor madrileño de julio, esa bola implacable y africana.

Subió por la calle de la Armada Española, aliviado por la sombra que proyectaba el lateral de la Biblioteca Nacional. En Serrano giró a la derecha. Las aceras seguían moderadamente concurridas, teniendo en cuenta la fecha. Pronto no quedaría ni dios. Lo flanqueaban las tiendas de lujo, con sus vistosos escaparates. Se sentó en la única mesa libre de la terraza del Cappuccino Madrid. Antes hizo un barrido con la mirada, esperando encontrar una cara concreta. No la vio, a pesar de ser ya la hora convenida. Quitando dos o tres parejas de mayor edad, la mayoría de los clientes eran jóvenes, de dieciocho a treinta y cinco años, y charlaban animosamente mientras bebían cervezas o copas de vino. Se fijó en un grupo determinado: ellos iban entre clásicos y modernos, con camisas lisas, pantalones de lino, alguna gorra y zapatillas a la moda; ellas, más jóvenes, enseñaban el ombligo o los brazos o las piernas, también en ese cruce de antiguo y contemporáneo. Pidió una cerveza para serenarse. En su frente se adivinaban algunas pequeñas perlas de sudor.

Claudia Lanza llegó veinte minutos tarde, cuando Ignacio andaba ya por la segunda cerveza. Llevaba un vestido ligero de color limón, con motivos florales, y unas sandalias de Massimo Dutti (esto lo supo Ignacio porque, justo después, al sentarse, dejó que una de ellas se deslizara levemente sobre el pie, como dudando, y en ese balanceo asomó el nombre de la

marca en la planta del calzado). Se dieron dos besos de cortesía en la mejilla.

—¡Qué ilusión conocerte! —dijo ella, en una sonrisa espontánea que le llenó la cara de pómulos.

Pasaron unos segundos raros mientras Claudia intentaba llamar al camarero para que le sirviera algo.

—Una copa de vino blanco, por favor —dijo al conseguirlo—. ¿Tú quieres algo más?

—De momento estoy bien, gracias.

Ella llevaba en su mano una copia de *Darse cuenta*, de la que sobresalían varios pósts y marcadores, como de estudiante universitaria.

—Lo primero de todo, que sepas que estoy fascinada con tu libro. Me lo estoy leyendo y releiendo por trabajo, pero también por placer.

—Muchísimas gracias.

—Ya te dije por teléfono —siguió ella— que Julio tiene la intención de que yo interprete a la protagonista femenina, y parece que la gente implicada también.

—¿Sabes en qué punto está eso? —preguntó Benavides, apresurado—. Hace tiempo que no hablo con él.

—Sí, bueno. Parece que todo va hacia delante. Creo que en unos días tienen la reunión importante con Inma Reguilón, la productora. Con su último sí, ya estaríamos en marcha.

Ignacio Benavides se acordó de lo que le había dicho Julio de ella: «Es la que decide qué películas se hacen y cuales no en nuestro país». Quiso pensar que sus múltiples correos, aunque sin respuesta, habían tenido el efecto de hacer que todo echara a rodar. Se relajó un poco.

—Maravilloso.

Le había dado algo el sol en los últimos días, estaba más guapo. Claudia siguió hablando.

—Yo, que soy algo nerviosa —exhibió una sonrisa que hacía ver que no lo era, se trataba de una cortesía, como afirmar en las entrevistas de trabajo que el mayor defecto es el perfeccionismo—, he querido adelantarme a los acontecimientos y empezar a prepararlo ya. Hablé con mi *coach* de actuación, Gio Fosca, no sé si lo conoces.

—Me temo que no.

—Bueno, es una eminencia. Me insistió en dos cosas: que tenía que conocerte a ti para llegar al fondo de la historia y que, a lo mejor —esto lo dijo con más tiento—, puede ser buena idea cambiar el punto de vista de la narración, haciendo que la protagonista de verdad sea la chica. Que, por cierto, ¿cómo se llama? No se dice en ningún momento.

Ignacio, que desde la primera aparición de Julio había tenido tiempo para teorizar las decisiones inconscientes de su obra, dio una explicación.

—No se dice el nombre porque es todas las mujeres y ninguna. Quería que fuera universal. Y también para justificar ciertas actitudes frías. Al ser un ente más «abstracto» —hizo el gesto de las comillas con los dedos— el lector se lleva esa impresión como de adoración, de lejanía, a veces de irrealdad incluso; casi parece un sueño.

Esto lo dijo con mucho aplomo, tanto que a Claudia le gustó y él se sorprendió a sí mismo.

—De todas formas —siguió, como entrando en razón— habría que darle un nombre, obviamente. Y lo del punto de vista, no me parece mal *per se*, entiendo que es un trabajo más de guionista y yo ahí no debería intervenir demasiado.

Se encontraba muy consciente en su papel. Había investigado el tema, había frito a Uxía a preguntas sobre los procesos de adaptación, los rodajes, las decisiones...

—¿Y en quién está inspirado? —preguntó Claudia, traviesa.

Ignacio se ruborizó y sonrió.

—En una novia que tenía cuando lo escribí, que me dejó el corazón un poco machacado.

—Podría llevar su nombre. Por mantenernos fieles a la realidad.

—Se llamaba Carlota.

—¡Es un nombre precioso! Tengo una prima que se llama Carlota. ¿Carlota qué más?

—Carlota Ron.

—Bueno, es que es un nombre de novela total. Ahí dejaste pasar una oportunidad.

—Creo que fue de manera consciente —respondió él.

Las primeras impresiones, qué importancia tienen. Uno puede vender su personalidad de una manera concreta, o tener un momento de fulgor, y que

ese sea el marco en el que se encuadra nuestra imagen para siempre a los ojos de otro.

Claudia seguía con el balanceo de su sandalia.

—¿Y cómo era ella? —preguntó—. Perdona si estoy siendo muy personal, no quiero agobiarte. Es para prepararme.

—No te preocupes. Es difícil de explicar. La verdad es que ya han pasado muchos años... Es como si la idea que tengo de ella estuviera deformada por lo que he escrito. No sé cómo separar una de otra.

Hubo un silencio, en el que claramente se esperaba un desarrollo.

—Siendo honestos, era en apariencia una chica normal —siguió Ignacio, y luego cogió aire—. Tú eres mucho más guapa. Pero tenía algo. Fue la única vez en mi vida que me sentí comprendido. Puede que al final eso sea el amor, ¿no?

Había un pasaje en *Darse cuenta* que ahondaba un poco sobre el tema: «Trueno, luz, vela. Se nos ilumina por dentro con un fuego divino que luego esperan que dejemos ir tan llanamente. Cuando se descubre la flor del mundo, la vuelta a la oscuridad es imposible».

—Página 103 —dijo Claudia, tirando de un marcador del libro—. Lo conozco.

Se sonrieron ambos.

—¿Y qué pasó? ¿Cuál fue el motivo?

—Creo que se cansó de mí. Y ya está.

Ignacio respondía sobre temas que hasta hace no tanto le resultaban dolorosos con un cinismo franco, sincero. Pero el contraste entre romanticismo y realismo funcionaba, le daba un aire de soñador con los pies en la tierra, si es que eso es posible.

—¿La has vuelto a ver?

—No. Creo que es mejor así. Me costó.

Siguieron hablando del tema del libro, aunque poco a poco la conversación se alejó hacia terrenos menos profesionales.

—Eres un artista —dijo Claudia Lanza.

—¿Yo? Qué tontería —respondió Ignacio con una falsa modestia que, para quien le conocía, era impostada—. Si no vendí ni un libro.

A una de las chicas del grupo de al lado se le cayó una copa encima y pegó un gritito. Era una lástima, porque llevaba unos *shorts* blancos.

—Tú y yo coincidimos en una fiesta —dijo Ignacio—. En casa de una tal Josefina.

—¡Lo sé! Me lo dijo Julio. Pero no nos presentaron.

—Te oí cantar. Me —frunció el ceño— encantó. Era una canción antigua.

—Sí, lo recuerdo. Me acompañaba Mauro a la guitarra. El DJ.

—Dejaste a todo el mundo helado. De la emoción, quiero decir.

Siguieron hablando largo y tendido, mucho más de lo que cupiera esperar de una «reunión de trabajo». Ignacio ganaba confianza a medida que pasaba el tiempo: de la inicial expectación había pasado a un estado de tranquilidad; se sentía cómodo contando cosas de su vida, de su normalidad. Claudia escuchaba todo con interés, se interesaba mucho por su trabajo común, su desamor universitario, las peripecias del libro, la intensidad con la que había vivido todo. «Eres un artista», le repetía continuamente, como si fuese el primer artista real que hubiese conocido, como si los padecimientos y la falta de fortuna fuesen lo que moldeaba de verdad a una figura creativa. El sufrimiento y la incertidumbre parecían ser un ingrediente fundamental para considerarse verdadero. Aun así, a Ignacio, de cuando en cuando, le golpeaba la impresión de estar conversando con una diosa. Hay ciertas personas con las que le costaba imaginarse en una misma habitación, pero ahí estaba, y en esa sonrisa amplia, serena, se le difuminaban todas las dudas que pudieran ir surgiendo. La verdadera obra de arte eres tú, pensaba.

Llegado un punto, Claudia anunció que se marchaba, no sin dejar patente que era una obligación.

—Me temo que me tengo que ir —dijo—. Es una pena.

—No te preocupes. Yo también tengo cosas que hacer.

Pidieron la cuenta. Ignacio quiso pagar, pero Claudia no le dejó.

—La próxima vez que nos reunamos pagas tú.

Se levantaron ambos y se despidieron con dos besos. En el roce de mejillas hubo una promesa, o eso intuyó él.

XXI

Cuando Ignacio llegó a casa, sus padres ya estaban cenando.

—Lo siento hijo —dijo su madre—, no sabíamos cuándo ibas a venir y no te hemos esperado.

—No pasa absolutamente nada.

Se sentó con ellos y se sirvió. Había gazpacho y pechugas de pollo con patatas Lay's. Llegaba todavía con la excitación de su encuentro con Claudia; de alguna forma, sentía que su olor seguía pegado al suyo, aunque apenas hubiera habido contacto; escuchaba en su cabeza la voz grave y engolada, amable. Si Claudia viera esto, pensó, si Claudia viera mi cena, a mis padres, mi casa, seguro que se sorprendería. O a lo mejor le encantaría. No lo sé.

—Quiero pedirlos perdón por mi actitud últimamente —dijo Ignacio, mientras abría un yogur—. Sobre todo a ti, papá. Te dije cosas que no debería haber dicho y que además no son justas.

Los padres dejaron de comer su postre y le prestaron atención.

—Como sabéis, he tenido un tema ahí que me ha trastocado un poco. Y soy consciente de ello. Pero quiero deciros que todo está bastante encaminado ya. Por fin me están saliendo las cosas bien. Y eso me ha hecho darme cuenta de cómo os he tratado. Os quería dar las gracias por aguantarme. De corazón.

Tenía una expresión magnánima en el rostro, lúcida.

—Hijo mío... —alcanzó a decir su padre, visiblemente sorprendido.

—Es verdad. Aunque suene a niño pequeño, no me he portado bien.

Se dieron un abrazo los tres. Ignacio susurró a su madre que lo sentía mucho, que le estaba muy agradecido y que la admiraba y la quería como a nadie en este mundo.

—No me digas eso que me pongo a llorar, Ignacio.

Los padres —especialmente las madres— siempre le van a perdonar todo a un hijo.

—Y cuéntanos, ¿qué novedades tienes? —preguntó su padre cuando terminó el abrazo, un poco congestionado por los afectos y la resistencia al llanto.

—En unos días hay una reunión con la productora y ya se firmará todo. El proyecto sale adelante. Vengo de estar con la que va a ser la actriz protagonista —fue inevitable que se le escapara una sonrisa al suelo, reveladora—. Todas las piezas encajan y la máquina está en funcionamiento. He de decir que yo, por mi parte —aseveró, refiriéndose a los muchísimos *e-mails* que había enviado sin descanso a Inma Reguilón y que habían teniendo el silencio como respuesta—, también he ayudado a desatascar algunas fases del proceso.

Hablaba con un convencimiento nunca visto en él.

—¿Y el trabajo? —preguntó el padre, temiéndose lo peor.

—No te preocupes. Voy a ser razonable y responsable. Seguiré mientras lo pueda compatibilizar. Es un mundo muy incierto y nunca se sabe. Solo cuando las cosas me vayan bien en lo otro me plantearé dejarlo.

Estas afirmaciones de madurez, dichas tan a la ligera, nacen de la esperanza que tienen los jóvenes en que nunca se tengan que cumplir. Aun así, los padres se alegraron de su sensatez.

—Mañana os quiero invitar a cenar —dijo Ignacio—. Y no recojáis nada. Ya me encargo yo.

Al día siguiente fueron los tres a Numa Pompilio, un italiano bueno de la calle Velázquez. Durante la conversación con Claudia Lanza había salido un par de veces —por parte de ella, no de él, que no sabía nada de ese mundo—, para referirse a lo bonito y estiloso que era. Tuvieron suerte: normalmente habría sido difícil conseguir mesa con un día de antelación, pero unos mexicanos habían cancelado su reserva en el precioso patio interior justo antes de que Ignacio llamase, así que no hubo problema.

El aparcacoches se llevó el Ford Fiesta blanco al *parking* más cercano, sorprendido por la cantidad de CDs de Joaquín Sabina que había desparramados en la guantera y los laterales. Los condujeron a la mesa. Iban arreglados, los chicos con americana y todo, y aun así les sorprendió la elegancia de los comensales cercanos —esto no lo comunicó ninguno de los tres en alto, pero lo pensaron todos—. De entrantes pidieron ensalada de

Burrata con tomate Ángel y un *vitello tonnato*. Ignacio optó por unos tagliolini de setas en rueda de pecorino de plato principal. El padre, rigatoni con salsa amatriciana, y la madre, menos glotona, un lenguado al limón de Capri. Antes de que llegaran los primeros platos les sirvieron unos tarritos de aceite de oliva, unos *grissini*, varias pequeñas rocas de parmesano y panes de diversa clase para elegir. De beber, por recomendación del sumiller, un vino tinto de Toscana.

Los tres estaban muy contentos. Charlaron animadamente, y a la segunda copa la madre confesó que estaba pensando en matricularse en Filosofía por la UNED, cosa que a todos sorprendió mucho y que fue muy celebrada.

—Con un hijo intelectual tengo que estar a la altura —dijo, entre risas.

La noche, no muy calurosa, acompañaba. La gente era guapa, la decoración tenía ese aire decadente del país de la bota, de siglos de arte y Mediterráneo. Luces y vegetación embellecían todo. Un lugar en el que, efectivamente, uno podía imaginarse a Claudia Lanza, por desgracia con Julio Gasset, aunque Ignacio, en su estado de efervescencia, se decía a sí mismo que tenía un plan y que era capaz de conseguir lo que se propusiera.

Un hombre mayor, de unos ochenta años, se levantó en la mesa contigua y pronunció un brindis.

—Por mi familia, que es lo que más quiero. Ojalá tener otros tantos cumpleaños para poder disfrutar de vuestra compañía. Gracias por esta cena.

Los Benavides se unieron al brindis desde su sitio, alzando las copas de vino, mientras el señor se sentaba y sus hijos y sus nietos le daban un tímido aplauso que pronto acabó convertido en un aplauso global de todo el patio interior del restaurante. El hombre primero sonrió y luego acabó llorando, sobrecogido por el homenaje espontáneo de tantos desconocidos.

—Disculpadme —murmuró.

El resto de la cena reinó un ambiente casi fraternal entre todos los que se encontraban allí esa noche. Tras los postres llegó la cuenta. Ascendía a 198 euros. Los padres miraron al hijo. Él los tranquilizó negando suavemente con la cabeza y sacó su tarjeta de crédito.

—No os preocupéis. Ya dije que invitaba yo.

Pagó todo, y con gusto. Estaba convencido de su buena suerte.

XXII

El Callejón del Mellizo estaba muy cerca de la Puerta de Toledo, por la zona en la que los buscones de Baroja hacían perrerías cien años atrás. Desde Puerta de Hierro había que coger la M-30 soterrada. Muchos conductores sabrán que es uno de los puntos donde más fácil resulta perderse de Madrid: los GPS se quedan sin cobertura y lo normal es que el conductor ya haya perdido la capacidad analógica de guiarse sin pantalla. Si a eso le sumamos un estado de nerviosismo y premonición fatal, normal que Julio Gasset se pasase la salida varias veces, teniendo que entrar y salir del túnel con enorme frustración.

Cuando por fin enfiló el desvío correcto, suspiró. Condujo hasta un parking cercano —no se fiaba de la gente de la zona, esa idea tenía del sur de Madrid— y dejó el Mercedes en él con cierta resistencia (era de los *parkings* en los que hay que dejar también las llaves del coche para que lo muevan ellos).

Los edificios enseñaban el ladrillo, apelotonados unos sobre otros. Componían la estampa del Madrid real, castizo: toldos verdes, ventanas bajas con barrotes, panzas de ventilador. Quitando un par de pequeños parques cercanos a la glorieta de la Puerta de Toledo, apenas se veía vegetación: muchas calles eran demasiado estrechas para admitir un árbol, bastante es que cupieran coches en un carril y peatones en dos finísimas aceras.

Julio subió unos metros por Arganzuela hasta que cruzó hacia el Callejón del Mellizo. Era una calle corta y pequeña. El suelo estaba sucio, la vía, adoquinada pero vieja. Predominaban los locales comerciales. Rodeando al número 7, como escoltándolo, dos negocios de antigüedades: Montenegro Antigüedades y Antigüedades Bernabéu. Frente a él, una tienda de discos (Satanasa) de puertas rojas. Todas ellas daban la impresión de estar en otra era, un pasado ya no tan reciente.

Una señora con un vestido de lunares y alpargatas de esparto con cuña pasó de la mano de una anciana, probablemente su madre. Ella era grande, de brazos anchos y un poco colganderos; la anciana, más enjuta, iba muy inclinada, andaba a pasitos y tenía los ojos muy vivos.

—Buenas tardes —dijo al cruzarse con Julio.

—Buenas tardes.

Julio esperó frente al número 7 a que abandonaran la calle. La puerta del portal estaba abierta. Subió las escaleras —no había ascensor— hasta el segundo piso. Llamó. Se oía al niño llorar, un llanto de pulmón, esas agonías terribles de los bebés que no han descubierto todavía cómo mitigar sus emociones. Le abrió Ramira, la mujer de Aurelio, con el niño en brazos. Su expresión era seria, nada que ver con la cortesía que se espera al recibir a un invitado en casa propia.

—Pasa —le dijo.

Era la segunda vez que Julio estaba en el piso del Callejón del Mellizo. La primera había sido para comprarlo, hacía ya un año, cuando Ramira andaba a mitad del embarazo. Entonces estaba casi vacío: pertenecía a una señora mayor que había muerto, y sus hijos, en desacuerdo en casi todos los flecos de su exigua herencia, habían coincidido sin embargo en ponerlo a la venta. Así llevaba un tiempo hasta que Julio lo adquirió por una cifra bastante modesta. El comercial de la inmobiliaria, un tipo rechoncho y sudoroso, no cesaba en su asombro al ver a un pincel como Julio Gasset interesado en el piso, pero no quiso hacer más preguntas por no arruinar la operación. Al final, las comisiones pesan más que la curiosidad.

Los nuevos inquilinos lo habían amueblado con modestia. Había algunas piezas de Ikea, pero la mayoría parecían ser muebles viejos: una estantería torcida, repleta de libros, una alfombra sin color, lámparas viejas, un cartelito de Martini como de bar de carretera, un televisor culón y desgastado. El salón lo vigilaba una reproducción de un Cristo románico, clavado en su cruz.

Ramira le ofreció un vaso de agua.

—Aurelio no está. Puedes andar tranquilo. Voy al baño un segundo, sírvete tú —dijo, parca, agarrando al niño, que había cesado su llanto al llegar el invitado—. Los vasos están secándose en la encimera.

Julio entró en la cocina. Había un gran desorden. Muchos platos y cubiertos sucios en el fregadero; en una esquina, la fregona con su cubo gris

y unos trapos raídos secándose al ventanuco abierto. Un cenicero cargado de colillas de Camel asomaba por él. A pesar de encontrar el estado de los vasos desagradable, se sirvió un poco de agua, paladeándola con asco como si esperase descubrir alguna impureza. Procuró, eso sí, que no se le notara.

Se sentó en una butaca, frente al sofá donde Ramira —que ya había vuelto— tenía al niño silenciado con el biberón. Mientras chupaba, el infante miraba fijamente a Julio, con los ojos bien abiertos.

—Siempre que estás tú se calma —dijo la madre, con un gesto a medio camino entre la ironía y la desesperación—. Por qué será...

Julio prefirió no contestar. Escudriñó a Ramira. Llevaba una camisa ancha color tierra que no le favorecía nada. Su atuendo era monjil, como de niña chica, pero aun así se adivinaba una buena figura. La cara la tenía tensa; el pelo sucio, recogido en una coleta. La recordó sonrojada, abriéndose como una flor.

Apoyó el vaso en una mesita baja de cristales opacos.

—Verás, Julio —empezó ella, sin mirarlo a la cara. Su tono se balanceaba entre la más fría impersonalidad y la necesidad convincente de tragedia—. Estamos en una situación incierta. Hace dos semanas se nos estropeó la nevera. No hemos podido arreglarla. Las cosas del bebé las llevo al vecino de arriba para que me las refrigere. La poesía de mi marido... Bueno ya sabes cómo funciona esto. Te agradece tu ayuda y la gente a la que le has presentado, pero desgraciadamente ha vendido poco. Muy poco.

Estaba muy incómoda aireando miserias. Es una asunción que no gusta a nadie, por muy desesperado que se esté. No levantaba la vista del suelo.

—Su trabajo cada vez va peor —siguió—. Ya lo llaman solo para algunas clases, tres o cuatro a la semana. Las letras no importan. No tienen utilidad práctica. Por mucho que pelea, no consigue que le hagan fijo en ningún lado. Yo he probado a dejar currículums en tiendas, supermercados... Pero tal y como está la situación, con la crisis, les sobra gente. Les sobra gente en todas partes.

Paró a coger aire. En algún momento presentaba reflejos de una belleza pasada, esa que apenas dura unos años y nunca más vuelve a notarse, ahogada entre empleos manuales, desinfectante y meses de retraso. La que depende exclusivamente de la edad. El bebé seguía con su bibe, sereno.

—Y luego está lo de su enfermedad. Está muy mal, Julio —dijo esto en un tono muy lastimero y lo miró por primera vez a los ojos—. Lleva con

problemas gástricos toda su vida, pero ahora se han agravado. Los síntomas no dan pie a la conclusión. Dolor abdominal, acidez, vómitos repetidos, sangre en las heces, recuento bajo de glóbulos rojos, fatiga, náuseas —esto lo reprodujo de memoria, como leyendo un prospecto médico—. Cuatro meses haciéndose pruebas, sin resultado, más allá de un ir y venir continuo a hospitales, tripas de máquinas, escáneres...

Siguió enumerando los matices del terrible estado físico de Aurelio, contando cosas que, por pura educación, deben quedar reservadas a la relación entre médico y paciente, para no acabar en la mera escatología. Después, hizo bien en resumir.

—No para de adelgazar y cada vez se encuentra peor. Yo no sé qué va a pasar de aquí a un tiempo. A un tiempo escaso.

Se le quebró un poco la voz al pronunciar la última frase. Se notaba que al hablar de la salud de su marido se emocionaba, no por egoísmo, sino por trascendencia. El niño giró su cabecita y sus gigantescos ojos.

—Hay veces en que me pregunto si esto no es un castigo, pero sería injusto —musitó, cuando se recompuso de esos segundos de angustia, acariciando al bebé—. Porque el único que no ha hecho nada malo es él.

Durante la narración del desastre, Julio no se había movido ni un centímetro de su postura inicial, con los brazos cruzados y las piernas juntas, como si tuviera frío. Sin embargo, la cabeza le quemaba, era incapaz de pensar con claridad.

—Lo siento —alcanzó a decir—. ¿Es tan grave? Lo siento mucho...

Ramira se recompuso y regresó al rostro serio con el que había recibido a Julio Gasset a la entrada. Se notaba por su aspecto que ella también lo estaba pasando mal, pero había una decisión fantasmagórica en lo que iba a decir a continuación, algo largamente meditado y que ahora se ejecutaba con la mayor impersonalidad posible, por hacerlo más contundente.

—Necesitamos tu ayuda —dijo—. Necesitamos algo de dinero.

Julio calló por unos segundos. Optó por preguntar, como si no lo hubiera oído.

—¿Dinero?

—Estamos muy mal. Y tienes que hacerte cargo. Ayudarnos.

Más silencio. Lo dejó pensar. Mientras tanto, Ramira le apartó el bibe al niño. Ya estaba vacío. Se puso al bebé contra el hombro, para que echara unos gasecitos. También por ocultarle la cara.

—No. Lo siento. Yo no me puedo hacer cargo de todo —respondió Julio, midiendo mucho sus palabras. El sonido salió de su boca entrecortado. Tembloroso. Aun así, no se movió. Nada.

—No puedo asumir los gastos de una familia entera —sentenció, completando la frase—. Y ya tenemos un trato. Esto no forma parte de él.

—Julio, por favor. Piénsalo un poco. No es una gran cantidad. Yo no te pido nada para mí. Si Aurelio se recupera será solo temporal. Ahora no estamos ingresando apenas. Pero si lo peor se confirma... —se puso a llorar; era un llanto sincero, aunque la frase, al aire y con puntos suspensivos, pareciera de folletín—. Si lo peor se confirma vas a tener que hacerte cargo de todo, aunque no quieras. Yo ya no voy a tener que ocultarle la vergüenza a ningún marido.

Julio, que en un primer momento había tenido el impulso de consolar a Ramira, se levantó de la butaca, falto de aire.

—No me puedes hacer esta encerrona. Tenemos un trato. Tú —dijo, señalándola con un dedo tembloroso—, ¿tú qué sabes qué es lo que le pasa de verdad? No tenéis ni un diagnóstico todavía y ya lo estás matando. No me puedes pedir pasta porque le haya dado una úlcera. No puedes. Siento mucho la situación, de verdad, pero esto no puede ser.

Se notaba que hacía un grandísimo esfuerzo por contenerse, pero por dentro estaba desencajado, su rostro era de terror, de desconcierto. Desde la conversación con sus gestores se olía lo peor, y sin embargo esta treta absurda superaba con creces lo esperado.

El bebé se asustó y empezó a berrear, abriendo su boca de encías y alguna promesa de diente. Ramira habló por encima de sus gritos.

—Llevo todo este tiempo viviendo una mentira —dijo—, y malviviendo con ella. Lo he hecho con mucho dolor y no sé si correctamente, pero en su momento me pareció lo más apropiado para Aurelio y para el bebé.

—Tenemos un trato. ¡Tenemos un trato! —respondió Julio, riéndose de pura desesperación—. No te lo puedes saltar a la torera. ¿Él lo sabe? ¿Se lo has dicho?

—No. Le he dicho que hablaría contigo para que nos ayudaras dada nuestra situación. Por amistad. Si de verdad lo haces vas a quedar como un héroe a sus ojos —ella misma se sorprendió de lo maquiavélico que resultaba, pero siguió adelante.

—¿De verdad está tan mal de salud?

—Sí. Y yo sola no voy a poder mantener a este niño.

Julio, completamente confundido, miró al bebé por primera vez desde su llegada a la casa. Lo había intentado evitar, era el elemento extraño, la encarnación de un problema. Se dijo que no podía ceder, que una vez que se cedía desaparecía el límite, plegarse a la más mínima exigencia solo podía dar pie a que el mes siguiente, y el de después, le pidieran más, y más, y luego más, y en ese juego solo iba a perder, de la forma más lenta y lastimera posible. Todo estaba arreglado desde el principio, y además, qué coño, él nunca había querido tenerlo.

Se pasó a una escena dramática, penosa. Se dijeron cosas horribles. Ramira también estaba fuera de sí; tenía algún acceso de absoluta crispación, de esquizofrenia mental. Solo así se explicaba que hubiese decidido, durante una semana de abril un año y medio antes, salir por las noches como una cualquiera; que se hubiese prestado a que un tipo como Julio —completamente opuesto a ella en todo— la rondase, la engatusase y finalmente la llevase a un hotel por Recoletos donde la desvistió y la penetró apenas sin mediar palabra, nada más que para exclamar un «oh» cuando, al retirarle la ropa interior, descubrió una mata frondosa de vello púbico. Durante unos días fue una *belle de jour*, o más bien una *belle de nuit*.

Su vida con Aurelio —un hombre bueno, pero abigarrado de problemas— podría ser el origen de todo. Las penurias económicas no eran lo importante, y eso que desde el principio estaban *pelaos*. Ramira se hubiera contentado con formar una familia, criar unos hijos, cocinar y prepararles la ropa, todo dentro de la mayor de las modestias. Así pensaba. Los primeros meses de matrimonio —ella había esperado— fueron de paciencia: su marido no era capaz de realizar el único acto que parece justificar la existencia de los hombres. Algo lo bloqueaba, le impedía. Toda una vida poniendo barreras para que, cuando se puede y es bueno hacerlo, no se consiga. Las luces apagadas, la vergüenza y el pudor no ayudaron a solucionar el problema. Por fin, al año de casados, una noche —no le supo explicar muy bien por qué— su marido consiguió un estado aceptable y ella perdió la virginidad. Apenas duró un minuto, unas acometidas bruscas, algo de dolor y un bufido ronco de Aurelio, seguido de un derrame húmedo y viscoso que la asustó y la hizo sentir humillada. Luego, otra vez meses de sequía, de sinsabor, hasta que una noche misteriosa Aurelio volvía a poder y

superaba todas sus taras psicológicas y físicas para penetrar a su mujer durante otro penoso minuto. Ramira no estaba satisfecha. Sentía que su matrimonio no era real, que no estaba consumado. También intuía que así sería muy difícil quedarse embarazada.

Primero empezó a fumar. Era una costumbre que en la adolescencia le hubiera dado asco, pero que ahora la ayudaba a sobrellevar mejor los nervios. Luego, como por desafiar las injusticias de su casa, se recreaba en las miradas lascivas de los hombres que descargaban la fruta en los laterales del mercado. Tenía todo ciertos tintes bíblicos, de profanación de templo. Y ella no era para nada una mujer fea. Esa pequeña vanidad se apoderó un poco de su mente. De ahí que, bueno, un día pasara a la acción y su camino se cruzase con el de Julio, pecador consumado. Había vivido en un ambiente muy religioso siempre: cuando a un cuerpo se lo somete a mucha presión, por algún lado acaba estallando. Y luego, claro, viene la culpa. Y el instinto de supervivencia.

—No me puedes chantajear así. Qué barato —suspiró Julio, murmurando, con los ojos idos, incrédulo—. Qué barato...

—Tienes que hacerte responsable de tus actos. ¡Y más si me quedo sola! —esto de quedarse sola lo repetía mucho, le preocupaba mucho, mucho más que su pasajero estado económico, aunque lo segundo fuera real y lo primero nada más que una incertidumbre.

—Estamos en el puto siglo XXI... ¿No puedes valerte por ti misma? ¡Ya me hice responsable de mis actos en su día! He comprado este puto piso para que viváis vosotros. No os cobro ni un euro de alquiler.

—No es suficiente.

—Me da igual que no sea suficiente. Es lo que acordamos entonces. Dios... —el cuerpo le pedía llorar, se aguantaba, pero la humedad le iba a desbordar, era una pesadilla—. En qué momento... En qué puto momento. Contigo... —dijo, mirando a Ramira, y le brotó el principio del llanto—. ¿Cómo me pude equivocar así? Qué asco. ¡Qué asco!

A Ramira le tembló el labio. Por mucho que hubiera decidido adoptar determinada actitud, una humillación así —una humillación que llevaba larvándose tanto tiempo, desde el momento mismo de la concepción y el posterior acuerdo a oscuras, presionada, carcomida de culpa, un acuerdo endeble, vergonzante, de los que en teoría benefician a ambas partes y en la

realidad son puro mercantilismo, pura inhumanidad— no podía esquivarse. Se levantó, se puso a escasos centímetros de Julio y le escupió en la cara.

El niño no callaba. El escupitajo quedó colgando en la cara de Julio, que en vez de limpiarlo dejó que cayese por su propio peso, resbalando mejilla abajo.

—Si me estás provocando para que te suelte una hostia no vas a tener el placer.

El escándalo podría alarmar a los vecinos en cualquier momento. En ese edificio no eran infrecuentes las peleas. Apenas unos meses antes, la policía había entrado a llevarse a un señor mayor que zurraba a su señora. Le había abierto la cabeza con una sartén. Ramira rompió a llorar de nuevo, uniéndose al bebé. Julio pareció reaccionar. Jamás hubiera tocado a una mujer. Ramira se sentó, tapándose el rostro con el brazo libre. Sintió la mano de Julio en el muslo, y luego su peso desplomarse sobre el sofá.

—Me he excedido —dijo él frotándole la pierna con nerviosismo—. Perdón.

—No te preocupes.

—Perdón —musitó Julio de nuevo.

El bebé se calló finalmente, quizás sorprendido por la cantidad de llantos que había tenido a su alrededor. Empezó a oler un poco a caca.

—Voy... Voy —intentó decir Ramira, todavía atragantada de lágrimas y moqueo—. Voy... Tengo que cambiar al niño.

Desde el cuarto de baño oyó la voz de Julio.

—Esta semana os traerán una nevera nueva —dijo—. De lo otro, tengo que pensar.

Se fue cerrando la puerta con pesadumbre, y se oyeron sus pasos lentos mientras bajaba las escaleras.

XXIII

Esos días, los últimos hasta la definitiva reunión con Inma Reguilón, transcurrieron de maneras muy diferentes.

Ignacio estaba genial; se levantaba todas las mañanas con una energía inédita, le daba un beso a su mamá, bromeaba con su padre. En el trabajo realizaba las tareas con una eficiencia única: la propia Remedios, su jefa, acabó sin funciones que encomendarle.

—Este chico va como una moto.

Hasta a Braulio encontraba simpático y digno de conocer su cercanísimo éxito.

—Estoy a un tris de rozar la gloria.

El otro, cenizo como siempre, no lo quería creer.

—El cuento de la lechera yo ya me lo sé.

Y aunque a Ignacio eso le crease momentos de duda —no se puede borrar de un plumazo una personalidad que lleva años fraguándose—, enseguida se reponía.

—Ya verás qué gracia te va a hacer cuando coloques mis siguientes libros en el estante.

A Uxía le lanzaba piropos amables, inofensivos: los que sueltan los hombres que están encandilados de otra, henchidos de belleza. Ella los recibía con cierta candidez. Por la calle, en el metro, tras el asiento de un autobús: en todas partes veía Ignacio un motivo para estar feliz. Sentía que la gente lo miraba. Presentían igualmente lo que iba a suceder. Era un reconocimiento prematuro, pero cierto. Colmado de buenas intenciones, había lavado sus perpetuas Converse blancas: ahora lucían blancas de verdad. Tomaba por primera vez las riendas de su vida adulta.

Tenía también pensado algún detalle de sus vacaciones. En agosto se iría a Mazarrón, un pueblo de Murcia, donde un amigo suyo —esos amigos a los que apenas había atendido aquellos meses, so pretexto de problemas

profesionales y personales, le habían dejado su espacio, al final, todos conocían su forma de ser, y aunque disfrutaban de su compañía, no le molestaban cuando se sumía en esos agujeros de topo por los que cada equis tiempo le llevaba su mente— había alquilado una casita de playa. Luego, unos días en Prádena, el pueblo de la provincia de Segovia de donde eran originarios sus abuelos maternos: ahí haría vida familiar y relajada. No había mar, pero sí fresco. Por último, quién sabe, quizás de alguna manera podría sumarse a un plan de Claudia Lanza; él no tenía el dinero ni los recursos para esa clase de veraneo, pero sentía que precisamente por ese «exotismo» sería candidato a una invitación. Tenían que seguir preparando el personaje, quedaban muchas conversaciones pendientes. Así estaba.

Claudia asistía concentrada a las clases de Gio Fosca, ansiosa a partes iguales por aprender, la reunión y las vacaciones. El profesor, en un arranque de amor propio, había decidido cortar durante una semana las «chuminadas a cámara» y les hacía trabajar un texto de Lope de Vega, *Lo que ha de ser*. Claudia interpretaba a Casandra, y fue sin duda la más notable, puede que por su mayor conocimiento de lo clásico —se comparaba con el resto de alumnos que, siendo honestos, eran *tabula rasa*—:

*No pudo ser más airada,
si bien pues que tengo vida,
no quiero en todo culparla.*

Luego, después de la lección, acudía al profesor para que la ayudase. Gio fijaba mucho su atención en «desentrañar al personaje».

—¿Quién es ella? ¿Qué quiere? ¿Qué sabes, qué intuyes, qué ves? —decía, con su acento imposible.

Claudia había empezado a comprender el genio de su maestro; en esas clases a solas terminó de verlo en su totalidad.

—Siente como ella. Siente.

Y Claudia en todo comenzaba a sentirse como esa protagonista femenina, todavía sin nombre (aunque ella en su cabeza ya la llamaba Carlota). La única diferencia, tal vez, era respecto al protagonista masculino. Si Carlota mostraba en ocasiones desdén, o falta de interés, ella no podía evitar sentirse cada vez más atraída, más obnubilada por esa mezcla de pureza,

timidez y aullidos a la luna. Por las noches, en su casa, perdía el hilo y se iba por las ramas. Decía Casandra:

*Dónde va
mi pensamiento sin mí,
mirando el mar desde aquí
el pensamiento entretengo.*

Había hablado con Julio un par de veces, pero él se mostraba lacónico, ausente. No quiso presionarlo: supuso que estaría preparando con ahínco la reunión. La verdad es que, por el motivo que fuera, no le dio mucha importancia.

Julio se pasó varios días buscando frigoríficos en internet. Estaba obsesionado con la idea de que no podía ceder, pero tampoco quedarse corto; tenía que ser de gama media, aceptable, sólido, pero sin pasarse. Acabó comprando un Balay de acero mate, y dio la dirección del Callejón del Mellizo para que lo enviaran allí. De alguna forma, esta pasajera obcecación con el electrodoméstico le había permitido olvidarse un poco de lo otro. Le volvió en cuanto acabó. Quiso llamar a un abogado amigo para asegurarse de que todo estaba bien. Le contó la historia.

—¿Cómo no me has dicho esto antes? —preguntó él.

—Lo arreglé directamente yo con ella —respondió Julio, asustado—. Compré un piso para que vivieran en él sin cobrarles alquiler. Ella se inventó que lo había heredado de una tía o algo así. Con eso quedaba saldada mi deuda, la de un hijo que yo no quise tener. Hasta lo he ayudado a él con cosas de libros, le he presentado a gente...

El silencio del abogado fue un insulto a la inteligencia de su amigo. Se recompuso porque estaba obligado a ser profesional.

—Vamos a ver... —dijo Ernesto Lacunza, adoptando un tono paternalista—. ¿Ese hijo es tuyo cien por cien?

—Sí. Estoy seguro. Y te recalco que no lo quise tener.

—Eso da igual. En este caso la ley protege a la madre y al hijo siempre. ¿Y cómo sabes que es tuyo? ¿Hay alguna prueba de paternidad? ¿Ella no está casada?

—Está casada y no hay prueba de paternidad.

—¿Entonces qué más da que tú mantuvieras relaciones sexuales con ella una o dos veces! Es seguro de su marido. Por pura probabilidad.

—No. No mantiene relaciones sexuales con él. Su marido tiene problemas... Problemas de salud, fisiológicos, que le impiden mantener relaciones sexuales.

—¿Pero si él es impotente entonces no imaginará que el hijo es de otro?

—Yo qué sé, Ernesto. Algo habrán hecho o intentado. No conozco con tanto detalle las intimidades de su matrimonio.

A Julio se le hacía raro decir relaciones sexuales en vez de follar y problemas fisiológicos en vez de decir que a Aurelio no se le empalmaba —por otro lado, el menor de sus problemas ahora mismo—. Se consideraba matrimonio no consumado, según la Iglesia. Por eso, entendía, pasó lo que pasó. ¿Querría ella ser madre a toda costa? Casanova sedujo a una monja, y lo estimó como su mayor logro. Este rayo de humor se le cruzó por la cabeza en medio de una tormenta que estaba ya desatada.

—¿No tomaste precauciones? —preguntó el abogado, después de otros segundos de silencio.

—No. Ella es muy religiosa y no quería. Y a mí ya me conoces... Pero centrémonos en lo importante. El niño ya está hecho. Está vivo.

—¿Y cómo no la convenciste para que abortase?

—Te he dicho que es muy religiosa.

—Y te pide más dinero... —dijo, dejándolo caer con pocos visos de esperanza.

—Sí. Pero ya tiene el piso que fue lo que acordamos. ¿Con eso no basta?

—Me temo que no.

Julio fantaseó con la idea de que el hijo fuera verdaderamente de Aurelio y no suyo, de que sus errores tuvieran —como habían tenido siempre— una lucecita verde al fondo con la palabra «EXIT». Luego el abogado interrumpió su discurrir interno.

—Voy a hablar a bote pronto, tendría que estudiarlo más a fondo —cogió aire—. La obligación de alimentos al hijo no matrimonial comienza a partir de la fecha de la demanda de declaración de filiación —dijo Ernesto Lacunza, con su hablar muy técnico—. Esto significa que en el momento en que ella pida que se reconozca como hijo tuyo vas a tener que pasarle una pensión. Además, tu acuerdo con ella es nulo: no se puede transigir sobre el estado civil de las personas, ni sobre las cuestiones matrimoniales, ni sobre

alimentos futuros. Artículo 1814 del Código Civil. El artículo 39 de la Constitución también se manifiesta al respecto: los poderes públicos aseguran la protección social, económica y jurídica de la familia. Los poderes públicos aseguran, asimismo, la protección integral de los hijos, iguales estos ante la ley con independencia de su filiación, y de las madres, cualquiera que sea su estado civil. Y el 751 de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

Julio solo oía palabras como quien oye gotas de lluvia una detrás de otra. Un rumor que no significa nada.

—Básicamente, tienes dos opciones —siguió Ernesto Lacunza, al ver que su amigo no respondía—. O ceder a sus amenazas y pasarte la vida entera pendiente del chantaje o hacer las pruebas y, si sale el resultado que presupones, reconocer al hijo.

Julio no quería ser padre. No quería reconocer a Arturo —Arturo, como Rimbaud, seguro que se llamaba así por culpa de Aurelio—. Era imposible. Era una pesadilla.

—Yo te recomiendo que pidas tú la prueba de paternidad —dijo el abogado, como si pudiera oír los pensamientos del otro—. Y si es hijo tuyo, que lo afrontes. Pero para eso primero la prueba.

—Lo pensaré —contestó Julio, sin fuerza.

—De todas formas, ven a verme a mi despacho. Es un tema serio y tenemos que hablarlo con profundidad.

Se despidieron y Julio, tan atenazado como estaba, tardó en colgar. Pudo escuchar, al otro lado del teléfono, como el abogado gritaba a sus compañeros:

—¡Joder, vaya puta movida!

Como toda persona en estado de pánico, Julio se puso a buscar en Google. Acabó encontrando un comunicado de Cristiano Ronaldo respecto a su primer hijo:

It is with great joy and emotion that I inform I have recently become father to a baby boy. As agreed with the baby's mother, who prefers to have her identity kept confidential, my son will be under my exclusive guardianship. No further information will be provided on this subject and I request everyone to fully respect my right to privacy (and that of the child) at least on issues as personal as these are.[\[1\]](#)

Ella renunciaba a sus derechos presumiblemente a cambio de una cuantiosa indemnización. Esto, aunque fuera su caso a la inversa, le dio alguna esperanza.

OceanofPDF.com

Tercera parte

OceanofPDF.com

XXIV

Tras varias insistentes llamadas y mensajes, Ignacio solo recibió de Julio la siguiente contestación:

Hola, Ignacio. La reunión con Inma se pospone a la vuelta de verano. Están hasta arriba de proyectos y vienen las vacaciones.

Esto lo desanimó profundamente. Empezó a temer que jamás hubiera película. Se desesperó: la única diferencia es que ahora podía compartir sus agobios con Claudia Lanza, con la que cada vez mantenía un contacto más estrecho. Ella lo templaba. Es normal, le decía. Las cosas de palacio van despacio. No te preocupes y disfruta de agosto. Tuvo que emplear todas sus energías en no caer en la frustración, pero no pudo evitar una segunda consecuencia: empezó a llenarse de un verdadero odio a Julio Gasset. Sentía que jugaba con sus ilusiones como un niño titiritero.

Se fue a Mazarrón, Murcia. Su panda de amigos lo recibió sin reproches, pero con cierta tibieza. Había estado ausente un tiempo. No conocía una serie de bromas internas, nuevos códigos de complicidad que se habían ido fraguando en los meses pasados. Aun así, cuando contó su historia, todos parecieron comprenderlo y hasta lo felicitaron. La mayoría llevaba vidas más o menos anodinas, como la suya hasta hacía bien poco, y un desvío así —con lo que tenía de sorpresa, de excitante— era sin duda toda una noticia en el grupo.

Los amigos eran los siguientes: Neto, un chico alto, delgado, con dermatitis atópica, que trabajaba en una radio autonómica y enganchaba a perpetuidad contratos de becario; Millán, salado, elocuente, disperso, camarero en un local de *pokes* —que tan de moda se habían puesto en los últimos años—, bastante ligón, no especialmente guapo; Ordóñez, sin duda el más aplicado del grupo, el más serio también, curraba en el Banco

Santander y el año pasado ya había pedido una hipoteca para comprarse un piso de nueva construcción en el barrio de Las Tablas; Segurilla, reservado, intelectual, tímido, arquitecto técnico en el Ayuntamiento de Madrid; y, por último, Ignacio, al que todos conocían como Benavides. Esta costumbre de llamarse por el apellido es muy común en los colegios de Madrid, donde lo habitual es encontrar varias clases por curso.

Los cinco estaban solteros menos Ordóñez, que llevaba desde bachillerato con la misma novia (Marta Verdejo, conocida como Verdi) y que ya tenía planes serios para casarse y formar una familia.

—Pero es que a mí me gusta la estabilidad —respondía a sus amigos, cuando se metían con él y lo llamaban abuelo.

La casa era un chalecillo que Neto había encontrado en Airbnb. Tenía un precio irrisorio, y pronto comprendieron por qué. Aunque la construcción exterior era más o menos digna, todo lo que había dentro (desde los muebles a la cubertería) estaba hecho polvo, sucio, como si nadie se hubiera preocupado de pasar una aspiradora en una docena de años. Las camas crujían y tenían bultos, los sofás se hundían, los baños mostraban manchas prehistóricas de materia humana; en una esquina del salón, un rodapié estaba completamente desprendido hacia fuera, y les ponía una zancadilla continua si se descuidaban. Contaba, eso sí, con piscina, pero había que tener cuidado de no pisar el fondo porque se desprendían las baldositas y te podías cortar —eso le pasó a Segurilla según se zambulló—. A pesar de todo, los amigos se encontraban a gusto.

—¡Vaya ganga! —dijo Millán, eufórico.

Fueron a hacer la compra al supermercado Día. Aunque ya no eran adolescentes, su elección fue bastante infantil: un palé de cervezas Estrella de Levante, botellas de ginebra y whisky (ginebra Barmons, 4,79 euros; whisky Burned Barrel, 5,49 euros), mezcla (tónica, cola y limón), y luego ya, si eso, la comida: sal, azúcar, aceite, arroz, carne, leche, huevos, pasta, latas de atún, cereales, yogures y pan. Segurilla, que era celiaco, tuvo que comprar aparte su pan y sus cosas, que cuando dio a probar a los demás, resultó una masa terrosa intragable.

—En Madrid hay tiendas y marcas mejores. Esta ya sé que es una mierda —se defendió.

Cuando el sol caía, empezaba un ritual que siempre genera cierta fascinación para el género opuesto. Si los hombres fantasean con la

intimidad de las mujeres —la elección de los vestidos, el comentario de expectativas, la depilación esperanzada de según qué zonas—, sería justo imaginar lo correspondiente. La realidad es que los amigos de Mazarrón se paseaban en calzoncillos, se duchaban, se cepillaban los dientes, se afeitaban —no todos—, hablaban de tetas, se hacían bromas y pedían prestado algún perfume baratillo que los dejaba oliendo igual y equivocadamente seductores. Nada especial. Después bajaban a los bares y discotecas del centro. Siempre el mismo rito.

Salieron todas las noches, como posesos. Incluso Ordóñez siguió el ritmo como pudo. Fue una intensidad total, para el hígado y el coco, pero con diferentes resultados. Algunos resultaban más pacatos, poco afortunados; Millán, sin embargo, remataba como un nueve de época: todas al primer toque, con los ojos idos, pero fijados en un único objetivo. Siempre acababa llevando una chica a su habitación, que compartía con Ignacio, lo que significó que Ignacio durmió en el sofá hundido del salón la totalidad de su estancia en la casa. Le molestaba, pero no lo hizo patente: hay un acuerdo tácito entre los colegas por el cual, si alguno se alza victorioso, los demás tienen que facilitarle el triunfo. Una de esas chicas se quedó a pasar un par de días. Cuando el sol estaba en lo alto, Millán y ella fumaban canutos de costo y se tumbaban en el suelo, planchados y felices.

En esas aventuras nocturnas a Ignacio le entraba una especie de melancolía. Quería estar en otro lado. Las conversaciones con Claudia Lanza por el móvil cada vez eran más frecuentes, más ininterrumpidas; por lo general, habían abandonado ya lo profesional, y en caso de volver a ello era en forma de elogio a su libro o a su genio creador. Por muy descabellado que pudiera parecer, Ignacio sentía que ahí pasaba algo; no importaban las múltiples barreras (el odioso Julio, la pasta, el hecho de que Claudia fuera una diosa inalcanzable, una *Venus in furs*) ni la distancia, el caso es que percibía ese vértigo, esa ansiedad, y aunque arreciaran muchos momentos de duda (la película no iba a salir, ese tipo de mujeres estaban vedadas para él) llevaba consigo una resolución que no había experimentado jamás.

Cuando hablaba con alguna chica en las discotecas, le parecía que estaba haciendo el ridículo, que merecía algo mejor. Por eso fue el único de los cinco —exceptuando a Ordóñez, claro— que no glorificó la casa con visitas ajenas. Y no le importó. Ese ambiente bastorro y banal, el salir a pillar, no

le gustaba. No le divertía. Recordó por qué había dejado de llevarse con ese grupo de amigos. Y también por qué no tenía que seguir mezclándose así. Él era escritor. Era un artista. Aspiraba a cosas más altas. Aspiraba a una película, un segundo libro, un galardón. Aspiraba sobre todo al corazón de Claudia Lanza.

OceanofPDF.com

XXV

En Prádena, Segovia, encontró más consuelo, o por lo menos más recogimiento. Después del frenesí madrileño y las noches en Murcia, una pequeña población castellana, con su roble y su cencerro de vaca, con sus padres y su abuela, parecía un oasis. Es curioso el efecto deformador de la perspectiva. Para los locales, el pueblo estaba animado. Se veía gente por la calle: los señores tomaban el cortado con hielo o la cervecita en la terraza del café-restaurant Las Tres BBB jugando al dominó; los niños de fuera lanzaban pelotas de tenis a sus labradores; las ancianas, en esa estampa tan típicamente española, sacaban las sillitas plegables a la plaza y parloteaban durante horas, o se quedaban en silencio viendo la vida pasar. La abuela de Ignacio, quizás por ser más solitaria, no participaba mucho de ello.

Manuela Cantalejo era una mujer de otro tiempo, pero muy enamorada de su nieto; no escondía que tenía cierta preferencia por él. Desde su nacimiento se había fraguado esa complicidad. Puede que el talante un poco reservado de ambos, junto con algún rasgo físico (la forma de andar, por ejemplo, con los pies levemente abiertos, lo que conocían como «pies Cantalejo») ayudase a la cercanía, a ese sentir —a pesar de generaciones intermedias— de sangre de su sangre. El caso es que se alegró mucho de verlo.

Varias mañanas Ignacio la acompañó a misa a la ermita de San Roque. Aunque fuera ateo —ateo como estado natural, arreligioso quizás, no por renuncia si no por ausencia de un hecho espiritual— acudía con gusto: entre ancianos sentía la superioridad de la juventud, la atención que le prestaban; quería a su abuela y la quietud de la liturgia era buena para abstraerse y soñar con un futuro mejor. Al final, el cristianismo e Ignacio tenían ese punto en común: la necesidad de una nueva vida que justifique las penurias de esta.

Después de la misa andaba por ahí. En los caminos que salían del pueblo había zarzamoras, con los frutos todavía un poco verdes para comer. Aun así, arrancaba alguna mora que ya parecía más entera y la llevaba a su boca, y ese sabor ácido y feliz lo devolvía a los años de la primera adolescencia. Usaba la misma bicicleta de entonces, pero más vieja. También había en el camino moscas, baches, bostas de caballo o vaca, polvo y algún otro punto bruto, pero esto no importaba.

Un día fueron a Pedraza, un pueblo precioso y medieval. La carretera seguía siempre la sombra de la sierra. Al otro lado estaba Madrid. Metafóricamente, pensaba Ignacio, este sistema montañoso hace de barrera entre las tensiones de un punto y otro. Comieron en el restaurante El Soportal, lugar de madera y horno de leña. A pesar del calor, la abuela Manuela insistió en que pidieran cochinillo, por ser el plato típico de la zona.

—Hace tiempo que no venís, así que os tengo que tratar como turistas —les dijo, y acabaron dando el paseo con unos sudores tremendos.

Por la noche sin embargo refrescaba. El cielo se veía con una nitidez total, todas las estrellas dispuestas como pequeñas manchitas de pintura blanca. Se oían los grillos y el crujir de las pisadas propias. Ignacio daba grandes paseos nocturnos. Pensaba en sus problemas, sus proyectos, sus ataques de ansiedad, pero de una forma diferente; siendo honestos, bajo el manto inmenso del oscuro, algo de sus dramas le parecía relativo, más ligero que de costumbre. Por el contrario, los grandes sentimientos —el amor, por encima de todos ellos, pero también el odio— se le inflaban en el pecho, y de pronto se sorprendía mandándole a Claudia Lanza una foto de las calles desiertas del pueblo iluminadas por la luna. «En el pueblo de mi abuela», le decía. Conocía bien a su público: ella respondía rápidamente, sin disimular su entusiasmo.

Un día, tras una sucesión de mensajes cariñosos con Claudia, le confesó a su abuela que estaba enamorado.

—El amor es tema de la juventud. Luego importan otras cosas —había respondido ella.

Estaban en el camino a la misa, agarrados del brazo (la abuela Manuela, aunque sana como un roble, se cansaba al andar). Ignacio hizo por ralentizar todavía más el paso, comprando tiempo para confesar también sus dudas.

—Ella está en Galicia.

—¡Uy! En Galicia hay brujas.

—Y sirenas —respondió Ignacio, haciendo gala de ingenio.

—Pues entonces no esperes a que las cosas te vengan, hijo. No puedes pretender la lana sin la oveja.

Aunque en forma de refrán, era la respuesta esperada. Ignacio se pasó la misa en un estado de excitación tal que hasta comulgó.

Su padre era muy amante de los planes de naturaleza y lo llevó a hacer piragüismo a las Hoces del río Duratón. Los dos iban en una canoa, pertrechados con su casco y su chaleco salvavidas. Un monitor de brazos enormes dirigía al grupo. Al pasar por una zona de remolinos, Ignacio y su padre —probablemente por el excesivo peso de este, que la ligera embarcación apenas podía contener— volcaron, y vivieron unos segundos de angustia inofensiva. Pedro Benavides exhaló al salir a la superficie. Luego exclamó:

—¡Qué fría, joder!

Subirlo de nuevo a la canoa fue una tarea entre titánica y graciosa.

La madre y la abuela también tenían plan por su cuenta, en el interior de la casa. Mientras la abuela hacía ganchillo, la madre se peleaba con los libros obligatorios de Ética I, especialmente la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, de Kant. Había querido adelantar antes de apuntarse formalmente a Filosofía, y el experimento quizás estuviera saliendo un poco rana. Aun así, con perseverancia, paso a paso iba domando el tratado kantiano, pintándolo con subrayadores amarillos, azules y verdes. También ayudaba a su madre en la cocina.

—Cristina, pícame las cebollas, que yo me corto un dedo —decía la abuela de Ignacio. Y la madre de Ignacio picaba las cebollas.

—Cristina, pon la mesa —decía la abuela de Ignacio. Y la madre de Ignacio ponía la mesa.

No les dejaba a los chicos ni tocar una sartén, aunque ellos protestaran con corrección.

—Ya sé que estoy chapada a la antigua —decía—. Pero soy mayor para cambiar.

Después, en la comida, hablaban de política o de las enfermedades que tanto se cebaban con las amigas de la abuela.

—No se puede permitir. Ignacio, ¿a ti te parece normal que nos sigan robando los de siempre?

Ignacio negaba con la cabeza, haciéndole ver que no le parecía normal: estaba de acuerdo con ella y además sentía la inclinación de agradarla en todo lo que pudiera. Su abuela, una mujer menuda, se llevaba bien con los años; por desgracia, estaba en una edad en la que ni siquiera eso basta, siempre tristemente pendiente de un infortunio que pudiera quebrar esa aparente salud de hierro. En cualquier caso, ella lo tenía claro.

—Mis maletas están hechas —decía—. Cuando el Señor quiera llamarme, ahí estaré.

Durante esos días, a Ignacio le dio mucha pena su reciente silencio, no haberla visitado en los dos últimos meses. Cuando se tiene constancia del final, cualquier tiempo es poco.

Después de una misa, estuvieron charlando con Eugenio, el cura, un colombiano bajito, moreno y sonriente. Cuando se despidieron, la abuela habló.

—Ellos son los que llevan el peso de la fe sobre los hombros —dijo, refiriéndose a los latinoamericanos—. En España ya no hay vocaciones. ¿Sabes cuántos curas salieron del seminario el año pasado?

Ignacio no se atrevió a dar una cifra, así que esperó.

—Muy pocos —aseveró la abuela—. Si no fuera por este chico extranjero yo no podría oír misa. Tendría que ir a Segovia. Y ya estoy muy mayor. Él dice misa, se sube al cochecito —tenía un Seat antiquísimo— y va al pueblo de al lado, y dice otra, y así muchas veces en el día.

Ignacio pensó con total sinceridad en la labor heroica de Eugenio y se le humedecieron los ojos. Un chico joven que cruza un océano para instalarse en un pueblo de la provincia de Segovia, que renuncia a formar una familia, al amor de una mujer, a cualquier otra profesión, y que entrega su vida para, por encima de todo, acompañar los últimos años de tantas otras abuelas como la suya que creen ciegamente en la esperanza de una vida eterna. Aunque Dios no existiera, este chico bien merecería el cielo.

Uno de los últimos días, la abuela vio a Ignacio muy excitado con el móvil, sonriente. Hizo un aparte con él.

—Hijo —le dijo, cogiéndole la mano—. No sabes lo que te agradezco que hayas pasado estos días de tus vacaciones conmigo. Yo no sé cuántos veranos más podremos pasar juntos —esto lo dijo sin el menor amago de

dramatismo, con sinceridad y una tranquila asunción de su destino—. Ahora mismo tienes otras cosas en la cabeza. Y es normal, es la edad.

Esa noche, Ignacio hizo gala de su carácter impulsivo y anunció que se iba.

XXVI

El autobús de Ignacio salía de Segovia a las 7:13 de la mañana, desde la plaza de toros, así que su madre lo tuvo que acercar de Prádena a la capital. Se ofreció ella, a pesar de las horas intempestivas. Quería aprovechar los últimos momentos con su hijo. Le embargaba cierta angustia: no podía evitar pensar en otros hechos similares del pasado, y las consecuencias que habían tenido. Mientras tanto, el sol empezaba a clarear sobre la sierra y en los campos reinaba un silencio casi místico. Los cuarenta y cinco kilómetros de trayecto por la N-110 fueron silenciosos. Ignacio no había dormido nada.

La plaza era una construcción modesta, avejentada. Tenía colgados unos carteles con el nombre «Coliseum», probablemente con la intención de rebañar la fama del acueducto. La madrugada todavía era fresca. Ignacio se despidió de su madre y cargó su maleta en la panza del autobús. En los minutos que restaron hasta el arranque, intentó en vano tragarse un sobao que guardaba en el bolsillo: no tenía ni un poquito de agua con el que empujar, así que el bollo se le deshacía en una masa pastosa que no había quien deslizará por la garganta.

El autobús iba medio vacío, e Ignacio encontró la calma suficiente para dormitar durante la primera parte del trayecto. Soñó con aires acondicionados y frío. Despertó al escuchar a ciertos pasajeros bajar y a otros subirse. Por suerte nadie se sentó a su lado. La mañana ya era más mañana y los paisajes de Castilla (amarillos, naranjas, ocre) empezaron a sucederse al otro lado de la ventanilla.

Más consciente, Ignacio dudaba de cómo anunciar su llegada. Pensaba en generar una impresión teatral, mandar una foto a Claudia Lanza en la que se viera algún lugar típico de Sanxenxo con el título «Adivina dónde estoy». Luego eso le parecía demasiado obvio, demasiado evidente. Quizás lo mejor fuera fingir la invitación de un amigo, contarle como que iba a ir, no

que ya estuviera yendo o allí directamente, y luego presentarlo como que se habían acelerado mucho las cosas. Lo malo de la primera opción era la excusa. ¿Por qué iba él a Sanxenxo? La más sencilla (la verdad) le resultaba de una violencia incalculable. Finalmente optó por un cruce: inventarse un amigo, pero mandar la foto desde Sanxenxo. Tenía su punto. Al falso amigo ya lo gestionaría convenientemente.

El campo pardo fue sucediéndose hasta llegar a Ponferrada, donde pararon media hora por descanso del conductor. Desde la lejanía se había ido adivinando la pequeña ciudad, encajada entre montes, con un inexplicable y amorfo rascacielos cobrizo sobresaliendo de entre los edificios. La estación de autobuses era viejísima, como de un capítulo de *Cuéntame*. El cuarto de baño olía a podredumbre y cañería. Salió a estirar las piernas. Cruzó una calle (la avenida de Asturias) y se sentó en el banco de una plaza gris, sin apenas vegetación, rodeada por una vía para bicis. El sol ya calentaba. Unos niños jugaban al fútbol en pantalones cortos: el más chiquitín de todos se cayó y se raspó las rodillas, pero aguantó sin soltar ni una lágrima. El partido continuó. Daba Ponferrada la impresión de ser puro cemento y, en el horno de agosto, las calles y el asfalto se volvían todavía más agrestes. Ignacio se comió el otro trozo de sobao y esperó pacientemente hasta que el autobús se puso de nuevo en marcha.

Una vez fue acercándose al verde gallego entró en un sueño más profundo. Despertó dejando atrás los cañones del Sil. Parecía un mundo nuevo. El día era espléndido, los árboles poblaban los montes y se veían ríos cada poco tiempo. Tenía en la mano un ejemplar de *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé, pero no lo abrió. Se habría mareado. En la estación de Orense apenas bajó ni subió nadie, igual que en Ponferrada. Eran ciudades olvidadas.

Las incomodidades del viaje le hicieron pensar en Julio Gasset, en su piscina y su ir y venir en taxis o Ubers donde se podían posponer los planes y echar el rato pensando en los brazos dulces de una mujer guapa.

El autobús siguió un rato el cauce del Miño y luego cruzó un paisaje de pendientes suaves hasta llegar a Vigo. Eran ya las cuatro de la tarde, e Ignacio se moría de hambre. Esta vez subió mucha gente en la estación. La ciudad era empinada y no demasiado bonita. A su lado se sentó una chica joven. Tenía un rostro angelical, en contraste con las caras anodinas del resto de pasajeros. Ignacio, que ante la cercanía de su destino se sentía más

animado, aprovechó los rugidos de su tripa para sacar tema de conversación.

—Se me nota que tengo hambre, ¿eh? —dijo, sonriendo—. Vengo desde Segovia.

La chica de rostro angelical era un poco seria de primeras. Tenía los ojos clarísimos, el pelo levemente ondulado —le hacía un tirabuzón precioso cerca de la raya— y las manos pequeñas y cuidadas. Ante la simpatía de Ignacio, contestó.

—Yo voy a casa de una amiga en Coruña, pero no había vuelo directo hoy y me lo he tenido que coger a Vigo. Estaré unos días y luego iré a Canarias.

—¿Eres canaria? No tienes acento.

—No, no. Qué va. Vivo en Madrid.

El trayecto de Vigo a Pontevedra apenas duraba media hora, así que no dio tiempo a saber mucho más de ella.

—¿Y qué estudias?

—No estudio. Trabajo. Soy médico. Aprobé el MIR en mayo.

Ignacio se fijó en que en su móvil había dejado pausada una canción de Los Panchos. Le pareció curiosísimo.

—¿Y tú qué haces? —preguntó ella, por cortesía.

—¿Yo? Yo... Soy artista.

Ella arqueó las cejas y se tiró el resto del corto trayecto mirando hacia otro lado y escuchando, esta vez, un disco de los Strokes. Por lo que fuera, no le había hecho mucha gracia la respuesta. Cuando Ignacio bajó en Pontevedra y cogió la maleta, ocupó su sitio, pegado a la ventanilla. Ignacio la miró una última vez. El bus se iba. Le pareció que ella también estaba yendo al encuentro de su destino, fuera este cual fuera.

En la estación de Pontevedra tuvo que esperar algo más de una hora hasta que llegase, por fin, el último autobús que lo dejaría en Sanxenxo. De nuevo notó cómo afloraban los nervios. Para aplacar el hambre, comió algo en la cafetería. Entre Sartenes, se llamaba. Pidió una sartén con huevos y patatas y chorizo gallego. Enseguida se arrepintió por el aliento. También una Estrella Galicia, que bebió casi del tirón. Luego otra más, que llegó a la vez que el plato. La soledad de la comida individual, en otras épocas sobrellevada con periódicos y largas miradas al techo, la pasó

desmenuzando el contenido infinito de su teléfono móvil. Ese día no había hablado con Claudia.

Pagó, compró un paquete de chicles de menta y se subió con la maleta al bus final. Puso pie en Sanxenxo a las 18:30, doce horas después de que su madre encendiese el motor del coche en Prádena. Se sentía demolido. Arrastró maleta y cuerpo hasta llegar al hotel.

XXVII

En el hotel le sucedió una cosa curiosa. Era un edificio a las afueras, casi en el campo, bajo, antiguo. Tenía dos estrellas. Se llamaba Son do Mar. A la entrada no vio a nadie, así que llamó al timbre sobre el mostrador, un objeto de otra era, como el concepto de *bellboy*. Tras un pasillo se veía el comedor, decorado con algunas vasijas de cerámica de Sargadelos que colgaban de la pared. También un gran cartel un poco roído, de esos del Patronato Nacional de Turismo. «Visite Galicia», se leía.

Apareció un niño pequeño en pantalones cortos que le habló con un fuerte acento gallego.

—¡Buenas tardes!

—Buenas tardes.

—Si quieres, deja las cosas aquí y yo aviso a mi padre. ¡O date una vuelta!

El niño, muy espabilado, salió corriendo a buscar a su padre. Ignacio, desubicado por la falta de sueño, hizo caso de su consejo y salió para dar una vuelta al edificio. En la parte de atrás vio la piscina. Un hombre recogía las hojas y algún bicho del agua completamente desnudo. Parecía un mono prehistórico, tan peludo que apenas se distinguía nada más que pelo.

—*¡Cajo na cona!*

El hombre se tapó con una toalla e Ignacio miró para otro lado. Volvió hacia la recepción, aguantándose la risa. Justo oyó al niño.

—Papá, papá, vino un señor al hotel.

—Ya vi, ya.

Poco después apareció el hombre en recepción, algo azorado, vestido con vaqueros y camiseta azul. Llevaba una perilla de candado y gafas setenteras, de esas de montura gorda y patillazas. Como si quisiera ocultar su cara.

—Muy bien —dijo, al revisar todo—. La habitación 112. Subiendo las escaleras, a la derecha.

Por el silencio, daba la impresión de que Ignacio era el único huésped del día.

La habitación era modesta, por no decir directamente cutre, pero nada que no cupiera esperar. Desde la ventana se veían vides de uva blanca. Ignacio deshizo su maleta, se duchó y se cambió la ropa, que ya venía arrugada y sudada del trayecto. Salió a dar un paseo con destino al centro del pueblo. Era su primera vez en Sanxenxo.

Le sorprendió la animación del sitio. También el asfaltado. Alguien había decidido pintar de rojo y lunares blancos ciertas zonas peatonales, creando la apariencia de un gigantesco vestido de flamenca. Pero volvamos a la animación. Por todas partes se veían terrazas, restaurantes, bares. La playa ya estaba desierta —empezaba a anochecer—, y la gente se volcaba en masa sobre las calles.

Era un lugar bastante pijo, pero sin la afectación de los veraneos del sur. Los padres llevaban sus camisas de Ralph Lauren y el jersey convenientemente anudado a los hombros; las madres lucían un moreno respetable y jovial; los hijos, a partir de la adolescencia, dejaban a un lado la ortodoxia familiar y calzaban zapatillas llamativas, sudaderas anchas, vaqueros rotos y ajustados: no era más que una segunda ortodoxia, porque todos iban bastante uniformes. Quizás donde se veía un estilo más depurado era en la franja de edad de Ignacio. Ni rastro de Claudia, claro.

Estuvo pensando en cómo enviar la foto y probó doscientos encuadres distintos. Al final, se decidió por una en la que apenas se le veía un tercio de la cara. De fondo, la playa de Sanxenxo, Silgar, con la estatua sobre la roca que la hacía reconocible. «Adivina dónde estoy. Visitando a un amigo». Claudia no tardó en responder, con un mensaje lleno de mayúsculas y exclamaciones. Quedaron en verse ese mismo día. Estaba invitada a una fiesta en una casa, invitación que extendió a Ignacio y a su «amigo».

Regresó al hotel porque le entraba cierto sueño, ese sueño nervioso de las grandes ocasiones, que nos afloja el vientre, casi imposible de dominar. En la recepción saludó al encargado, que, vestido, le hizo un gesto reservado de cabeza al pasar. Entró en la humilde habitación y bajó las persianas. Con

mucho cuidado se quitó la ropa recién puesta. Luego se la pondría de nuevo.

A pesar de la inquietud, lo consiguió. Primero cerró los ojos. Luego fue empleando el método que su madre le había enseñado de pequeño, cuando le entraba un vértigo de lagartija nada más apagar la luz. El proceso era el siguiente: había que concentrarse en cada parte del cuerpo, notar cómo se relajaban los músculos, dejar que, por su propio peso, se hundieran en la cama mullida. Comenzaba con los pies, subía por las piernas, después la tripa, el pecho, los hombros y, por último, la cara. Acogida en la almohada, era como disolverla en una nube.

Soñó con Carlota Ron. Aunque apenas durmiese cuarenta y cinco minutos, los sintió como una eternidad. Era verano, pero era un verano ambiguo, abstracto, como una postal de cocos y playa. Carlota llevaba en la mano un bocadillo envuelto en papel de plata. Ignacio miraba ese bocadillo con muchísima concentración, porque ella avanzaba hacia él en bikini. No quería mirarle los pechos para no faltarle al respeto. Después ella se sentaba cerca, pero no exactamente a su lado. Desenvolvía el papel de plata y empezaba a comerse el bocadillo. Era de jamón. De vez en cuando, Carlota le dirigía miradas furtivas, haciéndole ver que sabía que estaba siendo observada, pero que le daba igual; disfrutaba de cada mordisco, acucillada frente al mar, en una postura característica que ya adoptaba en la universidad. Llevaba una cinta para sujetarse el pelo y unos pendientes de aro muy pequeños. Ignacio sentía el impulso de acercarse a ella y decirle algo, pero se reprimía. Cuando ya vio que estaba a punto de terminarse el bocadillo se levantó. Había reunido muchísimo valor. Ella le sonrió. Llevaba un noventa por ciento de bocadillo esperando a que diese el paso. Le hizo un gesto con la mano, que parecía una señal de invitación. Se sentaron juntos. Ignacio podía recordar su olor; no era a mar ni a salitre, sino una fragancia concreta, algo que venía de la memoria más íntima. Acercaron las cabezas, juntándolas como en la portada de *Ciudad de Dios*. Le embargaba la emoción, pero apenas podía moverse después del primer acercamiento. Se sentía como esos recién nacidos que miran el mundo con ojos de susto. Ella le acarició la cara. Después agarró un puñado de arena y se lo metió en la boca. Ignacio se atragantó. Sacó otra sensación de un baúl perdido del cerebro: el sabor a tierra, a polvo, una mañana en Infantil en la que se había comido una manzana que, previamente, había descansado

sobre el suelo del recreo. Intentaba tragar, pero por la textura crujiente de la arena era imposible, le dolían los dientes. Carlota le tapaba la boca con la mano para ayudarlo. No dejaba de sonreír.

Después de un sueño tan turbulento, se encontró desanimado. Aun así, no quiso ceder. Se dio un agua en la cara y en el cuello —se había duchado hace nada—, se lavó los dientes para quitarse el sabor a tierra y se vistió. Saliendo del hotel se repetía a sí mismo: «Vamos, Ignacio. ¡Vamos! Es tu momento. ¡Vamos!».

XXVIII

Vemos un fantasma. Bueno, dos. Uno ausente y el otro, casi. Del primero ya hablaremos luego. El segundo es un cuerpo escaso, herido de cables. Las vías le alimentan la vida, que se escapa por la boca, o por el vientre (ese núcleo de órganos endebles, de mala digestión, de vísceras abiertas, perpetuamente expuesto a los golpes sin una mínima coraza de hueso). Los médicos le recorren, le tientan el pulso yerto; se le escanea, se le estudia; la medicina, indecisa, solicita en radiología más diagnósticos por imagen, y las pantallas no arrojan más que incógnitas sobre la salud del enfermo, a quien no se le descubre nada. Se apaga entre la duda. Solo una cosa es segura: este hombre se está muriendo.

En la cara, especialmente en los momentos de inconsciencia, se le frunce el ceño en un gesto de dolor. El arte abstracto, el arte monstruoso del siglo xx, la representación del mal; todo ello podría resumirse en la cara contraída de un hombre sufriente. Es un cuadro horrible. Parecería, por su desvalimiento, que este enfermo es san Sebastián, el mártir asaeteado, atravesado como está de cables, pero para ser mártir hace falta morir por una causa, y el enfermo solo tiene un cuerpo en rebeldía contra la propia vida. No se sacrifica, va muriendo porque el destino de la existencia es trágico, pero el suyo mucho más. Acaba antes.

No hay un duelo silencioso. Tampoco el funeral anticipado de estas muertes a destiempo, donde los familiares y las amistades vagan por salitas de espera de hospital, temerosos de que la última vez de verdad sea la última. Solo una figura que tiembla. Es una mujer, que lleva amarrado un hijo. Apenas habla. Tiene una nube en los ojos. Son cataratas de pena, asumidas sin protestar, sin mediar palabra. Providencia divina. Las noches se suceden: al bebé le han traído una cunita y ahí se desarrolla la corta infancia. Su llanto, esa lágrima que reclama aire, que exige con furia la carne y el sustento, es lo único que queda vivo en esa habitación.

La habitación tiene una ventana pequeña que da a un patio interior. Nadie les ha traído flores: las flores son una excusa que se remoja en agua para aliviar el aroma de la muerte, pero no dejan de ser tallos muertos.

La vida de hospital es un chirrido de tiza, los viejos consumidos, la comida sin sal, la infiltración de una articulación dañada, una herida en el tiempo. ¿Cómo se puede vivir en ella? ¿Cómo puede un joven licenciado en Medicina instalar su rutina en la muerte? Tan lleno de luz, tan hermoso, tan inteligente. La cotidianeidad lo borra todo. El médico es un panadero que va amasando enfermos.

Pensar que en esa cámara de término, a tan solo unos metros, algunos médicos se enrollan, se desvisten en las guardias, se buscan y se palpan con la urgencia de quien puede ser llamado a Urgencias, es demoledor. Pero la vida triunfa sobre la muerte. Es necesario. Es bueno. Hay que dejar ir. Lo arrolla todo a su paso porque tiene que respirar del presente, no puede tumbarse en un diván y plegarse a lo que acaba.

Es un aprendizaje duro: no debemos morirnos en la muerte de los otros. Siempre tenemos tentación de recrearnos en una felicidad pasada, pero la felicidad es algo que solo existe *a posteriori*, es un recuerdo, un viaje en el tiempo del que únicamente podemos decir «sí, yo fui feliz, yo estuve aquí». Incluso en ese momento pudimos ser felices porque teníamos en el pecho la memoria de otra felicidad antigua.

El cielo oscuro de la nostalgia, de la pérdida del otro, conviene aceptarlo cuanto antes, dejar que haga su muesca, sufrirla, morder el bastón de cuero de las amputaciones y luego permitir que el miembro se regenere por su propia naturaleza hasta recuperar completa nuestra individualidad.

Mientras tanto, en la última vuelta del camino, el paladeo forzoso del adiós. Hay que preparar dos muertes: la suya y la suya en los demás. Qué difícil es irse si no es de golpe. La despedida se posterga, pero el final ya viene escrito. Unos se avinagran, se escuecen entre terribles dolores y un miedo horrible y patético, el pavor arrugado del viejo, espanto final ante la muerte. Otros se apagan como una lamparita sin fuel, son gentiles con las enfermeras en la revisión, se disculpan por la cantidad de molestias que están ocasionando. Ambas actitudes son completamente irreprochables. La dignidad en esas circunstancias se debe celebrar, pero nunca exigir.

La muerte es dulce, pero su antesala, cruel, dice Camilo José Cela.

Otra vez lo comprobamos. Ninguna derrota es elegante. La vida es el verdadero milagro, de ahí su insumisión. Los órganos de este enfermo convulsionan, se contaminan unos a otros desesperados por vivir, sin saber que ellos son su propio veneno, que llevan la muerte escrita en el más íntimo código. Un reloj marca la hora. Quizás es mejor que acabe así, sin engendrar, sin prolongar esa estirpe de miseria, esa herencia maldita. Que deje la tierra, que se extinga y que su sufrimiento sea un testimonio, y nada más.

Al pitido de la máquina acude un enfermero de pelo negro y barba recortada. Rápidamente comprende y llama por el busca. Es urgente.

En esta habitación de hospital Aurelio Gervás se está muriendo y nadie tiene ganas de vivir después, solo el hijo que llora agarrado al tiempo, obligando a su madre a despertar, él, que no es más que un cuerpo enfermizo, una piel enrojecida de eritemas, una boca en la que ni los dientes han nacido, dos filas de encías amoratadas que braman con desesperación por una bocanada más de aire, el soplo de otro día.

El primer fantasma, el verdadero padre del niño, habrá huido a alguna parte. Sí, la vida tiene que vivir, separarse de la muerte. Pero eso no significa que la ignore.

XXIX

Volvió a tener Ignacio la sensación de nebulosa, de sueño. Era un estado de ánimo similar al que lo había acompañado en otro viaje infausto. Bajo esta forma, los acontecimientos se suceden a la fuerza, como una película, sin que podamos intervenir en ellos. Hecho un manojo de nervios, con la cabeza caliente de vergüenza y timidez, Ignacio llegó al lugar.

Claudia Lanza lo saludó, efusiva como siempre, posando su brazo delgado sobre el hombro de Ignacio al darle dos besos. Llevaba un atuendo informal: parecía haberse quitado alguna capa de complicaciones. Los demás invitados tenían un aire similar. Había algunas caras repetidas de la fiesta en Madrid a la que fue con Julio Gasset. Por lo visto, los círculos no eran tan amplios.

—¿Y tu amigo?

—Mi amigo se ha puesto enfermo. Me ha dicho que hoy se queda en casa, que por lo visto ayer...

Claudia se rio.

—Oye, ¿lo conozco? ¿Cómo se llama?

—Álvaro.

Ignacio miró nervioso alrededor, como si estuviera acorralado. Santiago Isla, que estaba entre los repetidores, se unió a la conversación.

—¿Álvaro Egea?

—Sí —respondió Ignacio sin pensar.

—Joder, y tanto. Ayer estuve con él. Buen tipo. No sabía que os conocíais.

Claudia dejó pasar el tema y siguió conversando amablemente con Ignacio, que suspiró. Aun así, pronto se trabó por los nervios y no dejó que fluyeran de manera natural las palabras. Además, todo el mundo reclamaba a Claudia. Su atención, que Ignacio creía en propiedad, se dirigía en todas direcciones; el mismo encantamiento con el que ella escuchaba sus historias

lo prodigaba con esta u otra amiga, con aquel, con el de al lado. Tenía la extraña virtud de hacer sentir especial a todo el que hablaba con ella.

Este poder es peligroso: aun usado de manera inconsciente —porque las cosas que nacen de la personalidad son inconscientes, un reflejo automático del carácter— puede provocar la desgracia del otro, que siempre va a buscar una explicación lógica, un plan ulterior, una trama del mundo contra él; pero no, no hay más que naturaleza. Cada día de la vida va forjando de manera sutil la personalidad, que luego se presenta como un todo.

El granito gallego, la cercanía del mar, la humedad y las brisas frías desubicaron a Ignacio. No había venido correctamente vestido: el vello de los brazos se le erizaba debajo de la camisa fina y los pantalones veraniegos. El frescor del césped se colaba por sus zapatillas deportivas, sin calcetín. Pronto se sintió desplazado. El malestar le hizo pasarse con las copas, poniéndolo en peligro de correr una suerte similar a la de su falso amigo. Por lo menos, el ir y venir a por los hielos y el alcohol le hacía aparentar cierta ocupación, era un vacío enorme de tiempo que había que ocupar como fuera. Los tímidos —o aquellos, en general, con escasas habilidades sociales— sufren de repente abismos en las fiestas, agujeros negros imposibles de saciar entre una conversación y otra. Al final, te arrimas a cualquiera venciendo tu propia resistencia.

Ignacio se acercó de nuevo a Santiago Isla, que rellenaba su copa en solitario.

—Isla —dijo, con una afabilidad que sonó falsa—. ¿Qué tal va ese libro tuyo?

—Acabando ya —respondió el otro, sin levantar la mirada.

—¿Ya? ¿En tan poco tiempo?

—Escribo rápido —dijo, mientras removía el interior del vaso con el dedo anular. Luego se lo chupó. Por supuesto no se interesó por los proyectos de Ignacio.

Isla dio un trago tras secarse el dedo y estudió a Ignacio de arriba abajo. Después dibujó una sonrisilla.

—¿Álvaro Egea? Por favor. Es lo primero que se me ha ocurrido y has dicho que sí sin pestañear.

Ignacio se asustó.

—No te preocupes —siguió Isla, dándole una palmadita autosuficiente en el pecho—. Me la pela. Me gustan las historias. Con Claudia, ¿qué?

—¿Con Claudia qué?

—Nada, nada —dijo Isla, desistiendo, divertido—. Tranquilo. Lo entiendo. Yo también he hecho alguna pirueta de estas. Pero ten cuidado con eso, ¿eh? A cada cosa, su justo peso.

Ignacio siguió callado. La ligereza con la que esta gente hablaba, la naturalidad con la que se regalaban cariños, siempre lo descolocaba. Isla lo obsequió con un último consejo.

—¡Un poco de sentido del humor! Que sin humor todo es muy feo. Un hombre que ríe nunca será peligroso, decía Laurence Sterne.

Era un pedante y un pijo.

Después se fue porque sonaba *su tema*, una canción africana en un idioma desconocido. Ignacio tuvo algunas conversaciones banales más. Bailó un momento con Claudia, pero la patosa descoordinación de sus pies enseguida la disuadió.

—¡Qué alegría que estés aquí! —dijo ella—. ¿Hasta cuando te quedas?

—No lo sé todavía. Hasta que me deje mi amigo.

—Genial. ¡Ya hablaremos! Sigo entusiasmada preparando el libro.

Después se fue a bailar con otro grupito igual de entusiasmada.

La casa era grande, un poco solitaria al estar apartada del grueso de la ciudad. Si no fuera por la música que salía de un altavoz Marshall, no se escucharía más que rumor de campo y algún lejano motor de carretera secundaria.

Pasó un tiempo indeterminado, que a Ignacio se le hicieron horas, pero que probablemente no fuera tanto. Al fin, harto de vencerse, se despidió. Todos le dijeron adiós con amabilidad y a los pocos pasos se encontró en la quietud del campo gallego. Le esperaban cuarenta minutos de paseo solitario hasta su hotel.

En el camino, una serie de remordimientos le asaltaron. No se podía ir al encuentro del destino con semejante espíritu de pánfilo. Las oportunidades hay que agarrarlas por el cuello. Sintió desvanecerse el ánimo del último mes, ese que le impulsaba a ser genial, confiado, magnánimo. Su cerebro era un rompecabezas. Maldijo de nuevo a Julio Gasset. Recordó un pasaje de *Darse cuenta* y fervientemente deseó que su porvenir no fuera el mismo que él había escrito, por mucho que a veces el inconsciente intuya el futuro que viene:

La duda lo consume todo. En el abismo de la duda me voy perdiendo. Es un mensajero de otra parte. Un ave carroñera. Si la duda me picotea el cuerpo es porque ya estoy muerto. La duda vive en mí porque ya conoce algo que yo todavía desconozco. La duda me consume. No. Mejor. La duda ya me ha consumido.

OceanofPDF.com

XXX

El día siguiente salió malo, amenazante de lluvia. Los veraneantes lo aceptaron sin pucheros: en el norte, aunque haga mejor tiempo del que se presupone en los estereotipos, pasan estas cosas. Las familias se cierran un poco sobre sí mismas y van a comer por ahí, piden vino blanco, zamburiñas, nécoras, o quizás tortilla, carne asada y pimientos de Padrón. La acidez blanca del pescado y la vid dan un aire lisérgico a la resaca de los jóvenes; los huevos y la vaca, un légamo denso.

Ignacio, más solo que la una, se quedó mirando el paisaje gris desde la ventana de su habitación de hotel. Claudia no podía quedar ese día. Era lógico. No se puede pretender llegar a un mundo extraño y convertirse en su eje nada más pisarlo. Pero esto no lo pensaba Ignacio. Solo sentía frustración. Y odio. Un odio cerril a Julio Gasset. Le había vuelto a escribir una vez más (por ahora sin respuesta), siempre con buenas maneras, intentando escoger palabras que, de una forma muy sutil, mostraran su absoluto descontento. Sabía que, si perdía la educación un solo instante, regalaba un escudo al otro. Y eso le frustraba todavía más. ¿Es justo que nos zarandeen por la espalda y luego, si protestamos por la ofensa con la misma vehemencia, se nos acuse de violar los códigos de conducta? Se acordó de una cosa que decía su abuela: «Estos son unos maltratadores; te dan un tortazo con la mano abierta y si te quejas encima te insultan».

No había tenido la voluntad suficiente para programar el despertador, así que tuvo que esperar a la hora de la comida. Cuando por fin llegó, bajó. Estaba solo. Se confirmaba la ausencia de otros huéspedes. Se sentó en una de las mesas y al poco apareció el niño.

—¡Hola! ¿Comerás aquí?

—Sí.

—Voy avisar a mi padre.

El fuerte acento gallego, las expresiones y su diligencia a la hora de trabajar lo hacían parecer mucho mayor de lo que realmente era. A lo sumo llegaría a los once años. Llevaba una camiseta oscura en la que se leía «R, pura fibra». Tenía el pelo negro, corto, su tono de piel era claro, la nariz regordecha, la boca muy grande, con las paletas ya definitivas destacando por encima de los otros dientes. Fue volando a la cocina. Regresó enseguida.

—De primero hay empanada de atún y pimiento, y de segundo raxo con patatas. También dice mi padre que te podemos hacer una ensalada si no quieres empanada.

Ignacio asomó la cabeza y vio al padre a través de un pequeño cristal que daba a la cocina, vestido con un delantal.

—La empanada y el raxo están bien.

—¿De beber qué te pongo?

—Agua.

—¿Vino no quieres?

—No. Agua está bien. Gracias.

En el comedor habría unas veinte mesas, todas vacías, claro. Por su amplitud, las palabras del niño rebotaban en el techo y se quedaban ahí colgando un rato. Todo tenía un aire antiguo, a decadencia. El niño apareció de nuevo, muy veloz, con el mantel de papel, los cubiertos y el pan. Iba tan rápido que parecía que se iba a caer.

—Aquí tienes. Ahora voy por el agua. Oíste, se me olvidó decirte: el menú son doce euros y cincuenta céntimos. De postre hay queso de Arzúa. O café.

—Genial, gracias. No querré postre. Si acaso, el café.

De nuevo se fue y de nuevo volvió con la botella de agua Cabreiroá y un vaso con los bordes desgastados.

—Si quieres algo pégame un grito. Estoy en la cocina con mi padre.

Ignacio, a pesar del hambre, comió un trozo de pan con lentitud. Se quedó así un rato corto, pensativo, hasta que apareció el niño con varias generosas porciones de empanada. Estaba muy buena. Tampoco comió mucha.

No había bajado el móvil: después del mensaje a Julio y la negativa de Claudia había entrado en un momentáneo ataque de ira, lo había lanzado

contra la cama y, tras el rebote, no había sido capaz de encontrarlo. Así que se quedó comiendo empanadas, pero sobre todo comiendo pared.

Llegó veloz el niño derrapante con un platazo de raxo con patatas y se lo dejó en la mesa con cierto estrépito.

—¡Es que pesa!

Ignacio empezó con parsimonia, soplando los primeros trozos. También estaba muy bueno. Esta vez, se forzó a comer un poco más. El niño fue a recoger su plato.

—Me dice mi padre que si quieres tomar el café con nosotros, que antes no te dijo nada porque estaba cocinando.

Ignacio dudó, pero al final acompañó al niño. Atravesaron la cocina y accedieron por una pequeña puerta de madera a una sala contigua. Era un salón. Pertenecía a la zona privada del hotel, la que usaban ellos como vivienda. En el centro había una mesa grande, muy vieja, de color oscuro. Varias sillas también viejas con el asiento de mimbre deshilachado. La luz entraba por un único gran ventanón. Afuera, un paisaje verde y gris. Las paredes estaban desnudas, a excepción de un par de fotografías antiguas de familia, y lucían un color triste. Ningún elemento más salvo una cómoda al fondo de la estancia. Sobre ella se apoyaba un bol de fruta, con un lánguido racimo de uvas y tres o cuatro higos.

El padre estaba terminando de comer el raxo. Lo saludó con un movimiento de cabeza. Después se levantó sin mediar palabra: volvió con tres tacitas de cerámica de Sargadelos y una pota de café caliente. Sirvió una taza a Ignacio, otra a su hijo y otra para él.

—¿Quieres leche?

—No, así está bien.

—Tienes azúcar en el primer cajón de la cómoda.

—Gracias.

Se sentaron los tres en silencio. El niño dio sorbitos cortos al café. Ignacio quiso hacer lo propio, pero estaba tan caliente que se quemó el paladar.

—Mira, llueve —dijo el niño.

Era verdad. Las gotas habían empezado a golpear el cristal del ventanón. Cada vez con más fuerza.

—*Nunca choveu que non escampara* —musitó el padre, y bebió también a sorbitos de su café. Ya sin delantal, llevaba una camiseta de entrenamiento

del Deportivo de La Coruña y unos pantalones de chándal oscuros. También tenía un marcado acento gallego, pero el suyo era más grave, en contraste con el tono cantarín del de su hijo.

En el fondo de las tazas quedó el último poso sin que ninguno de los tres hablase más. Finalmente, Ignacio rompió el silencio.

—¿Cómo es que trabajas aquí? —le preguntó al niño.

—Ayudo a mi padre en vacaciones. Hasta septiembre —lo pronunció eliminando la *pe*, como si estuviera escrito *setiembre*— no vuelvo al instituto.

—¿Y te gusta?

El niño se encogió de hombros. El padre le sonrió de manera casi imperceptible, con orgullo. Bajo el vello facial y las grandes gafas tenía un tono de piel similar al hijo, entre pálido y rosado.

—¿Quieres otro? —dijo el padre, sosteniendo la pota de café.

—No. Muchas gracias.

Llevó la pota a la cocina y se volvió a sentar. Tenía un gesto resignado.

—El año pasado fue una mierda —dijo, soltando un suspiro, y dejó la frase así, en el aire.

Por la tarde, Ignacio decidió salir. La lluvia ya no era tal, simplemente un manto de humedad que quedaba suspendido en el ambiente, un rocío sin sentido de bajada. Bordeó la carretera que conectaba el hotel con Sanxenxo y se adentró por un camino más estrecho. A los lados, pequeñas fincas colindantes y casas desperdigadas que conformaban un único pueblo, una dispersión urbana que no se sabía dónde empezaba o acababa.

XXXI

Siguieron otros días de lluvia, de jornada densa, vacía. Todo el hipotético plan se paralizó. Ignacio se mordía las uñas, medía muchísimo sus gastos. Hacía las comidas en el hotel Son do Mar en compañía del padre y el hijo. El carácter reservado del padre, un hombre en una indefinida lucha interna, apagaba el ambiente. El niño correteaba por aquí y por allá, inasequible a la tristeza. Cuando no había nada que hacer, ponía la tele y veía los dibujos animados de *Xabarín Club* en la TVG. Alguna vez, Ignacio lo acompañaba, de puro aburrimiento. Cada paso del calendario le pegaba un mordisquito. Pronto, si seguía así, se quedaría sin dinero.

En las diminutas fincas que rodeaban el hotel apenas se apreciaba actividad. Ignacio intentaba dar algún paseo furtivo por airearse un poco. Volvía sintiéndose todavía más aislado. Las casitas tenían algún coche, quizás una modesta plantación de algo. El marco del cielo era plumizo; la calma verde que tanto le había agradado, ahora resultaba una agonía lenta, un cerrojo de inquietudes y tierra mojada.

Se ha escrito mucho que el paisaje de Galicia es melancólico. No por ello deja de ser menos melancólico.

Harto de verse solo y esperar, Ignacio le tiró un órdago a Claudia Lanza. Se sorprendió con la respuesta: «Yo también quiero hablar contigo». Le citó en un lugar espectacular: un bar situado en lo alto de un risco desde el que se divisaba la ría, el horizonte inmenso del mar y la brutalidad de los elementos meteorológicos, con las nubes —que por fin daban un descanso— apartándose del cielo para dejar pasar un sol de atardecer. Ignacio tuvo problemas para llegar: no conocía bien la zona. Claudia fue en coche. Se sentaron al aire libre pegados a un pequeño muro. Debajo de él, una caída formidable hasta el agua. El mobiliario era desenfadado: las sillas como pequeños bancos rurales y la mesa, dos palés uno encima del otro, pintados de color azul. Pidieron una cerveza y una copa de albariño.

Claudia parecía un recuerdo. El viento le removía el pelo negro, le entrecerraba los ojos; a su espalda, el paisaje monumental. Estaba más seria quizás, mirando fijamente a Ignacio, como si posase para el objetivo de una cámara antigua. Si se hubiese podido capturar ese momento, si se hubiese podido grabar para siempre cómo quedan estas cosas en la memoria, Ignacio habría tenido una impresión eterna de su vida, del anhelo, la estampa de una virgen a la que pedir y llorar y emplear de faro.

—Menos mal que ya para de llover —dijo ella, iniciando la conversación—. Un día no me importa, pero ya me estaba cansando.

Ignacio asintió.

—Perdona, pero he estado un poco liada. ¿Tú qué has hecho estos días?

—He estado a mis cosas también —respondió Ignacio.

—¿Y Álvaro está mejor?

—Sí, sí —mintió—. Aunque el pobre se ha tirado medio enfermo toda mi visita. Mañana me voy.

—Qué pena... —dijo ella, arrullándose como un gatito.

Las rachas de viento entrecortaban la conversación. En esta ocasión, Ignacio había sido previsor: llevaba una gran sudadera roja sobre la camiseta.

—¿Y te lo has pasado bien, al menos?

—Sí. No conocía la zona y me ha gustado mucho. Y tus amigos son muy simpáticos.

—A ellos les caíste guay.

Se notaba que los dos querían decirse algo pero ninguno daba el paso. Comentaron algunos hechos de la fiesta, recurrieron a generalidades, temas banales. Claudia parecía un poco triste por primera vez. Ignacio intervino, descargando el peso en la otra.

—¿Y qué me querías contar?

Ella se puso nerviosa, también por primera vez (al menos delante de Ignacio).

—Estoy preocupada con Julio. Te lo cuento porque a ti te afecta también. Por la película.

Fue oír su nombre e Ignacio sintió como un veneno en el pecho. Lo último que quería era que le trataran de amigo consejero, sin derecho nunca a intervenir en cualquier otro papel más sugerente.

—¿Qué le pasa?

Claudia le explicó que llevaba unas semanas desaparecido, que apenas le contestaba a nada, que no sabía dónde estaba a ciencia cierta, que ya antes de eso había tenido actitudes raras, impropias de su carácter. También le dijo que estaba empezando a plantearse cosas, sin especificar cuáles. A Ignacio se le aceleró el pulso.

—Yo no sé en qué anda metido —siguió ella, hablando con franqueza—, pero miedo me da. Y yo no puedo andar con alguien que de repente hace esto. ¿Tú sabes algo?

Ignacio se sorprendió de lo rápido que pasaba de la alegría festiva a la seriedad. ¿Tanto había cambiado todo en unos días? ¿Era él el único que adivinaba ciertos rasgos de la personalidad de Julio? Se dio cuenta de que Claudia Lanza era un poco veleidosa. Adoptó un tono oscuro, acorde con la conversación.

—Yo nada. Le escribí hace poco y sin respuesta, igual que tú.

—Es que es rarísimo. Rarísimo, ¿sabes? ¿Por qué desaparece así? ¿Y qué hay de las cosas que están en marcha?

—Es curioso. Hace nada me dijiste que tuviera paciencia con estos temas. Perdón —corrigió, al ver la expresión de su rostro—. No me malinterpretes. Simplemente me estaba acordando.

El mar era un derrame de cielo, azul, gris y naranja. Claudia tenía reflejada la paleta en los pómulos y en los ojos amargos.

—Me daría mucha pena —dijo ella, midiéndose para después ceder a sus sentimientos—. Me daría mucha pena que, si esto se prolonga, se complique la película. Y no solo es la película. También hay otro tema que, bueno, ya es cosa mía y tengo que pensar.

El resto de clientes comentaba sus cosas, no les prestaba atención más allá de esa mirada furtiva que dedicamos a las conversaciones en las que de verdad está ocurriendo algo, en las que se deciden cosas, pero que por pudor dejamos que continúen su propio rumbo, sin incomodarlas con nuestro vistazo impertinente. Mientras tanto, Ignacio sentía cómo se desmoronaba una torre y a la vez se alzaba otra. El proyecto que daba sentido reciente a su vida se estaba volando como un naipe al viento, aunque esto él ya lo intuía de alguna forma, era un pensamiento negro que le rondaba de vez en cuando, en los momentos turbios; por otro lado, algo igual de grande se alzaba en el horizonte. La posibilidad de Claudia Lanza. De nuevo le invadieron sentimientos de odio hacia Julio, pero a la vez se le

iluminó la frente con una intención de diente largo: la venganza. En lugar de relativizar la gravedad de los hechos —lo que se espera de un buen amigo—, empujó en la misma dirección que las dudas de ella.

—No te voy a mentir. Yo nunca he confiado en él del todo.

—No sé... Estoy muy confusa.

A partir de aquí Ignacio ejecutó un plan improvisado, que en este caso no era otro que la absoluta honestidad. Quizás venganza fuera una palabra demasiado fuerte. Era justicia lo que le brotaba de dentro.

—Julio a veces promete todo. Te llena la cabeza de pájaros, de ilusiones, y luego se esfuma. Las palabras que ha dicho es como si jamás hubieran salido de su boca. Tú te quedas colgando de las buenas intenciones, de la esperanza en un futuro nuevo, de que todo lo que se cuenta es cierto. Luego resulta que no es así. Pero él sigue alimentando la duda. Suelta el comentario justo, te frena antes de que estalles, y así mantiene viva la llama de su promesa. Lo que realmente acaba alimentando es la llama de la frustración. Y del odio.

Claudia Lanza le miró, sorprendida y conmovida.

—Conmigo sí que ha cumplido promesas... —dijo.

—Conmigo no —interrumpió Ignacio, un poco brusco, y siguió—. Yo nunca he entendido lo que le pasa por la cabeza. Es como si, según le salen las palabras, él mismo se fuera convenciendo de lo que dice, animándose a continuar; luego, cuando termina el hechizo de su discurso, para él también acaba. Se desanima, le coge pereza a los proyectos que acaba de lanzar al aire y se abstrae con otra cosa. De vez en cuando, le vuelve la conversación pasada, las promesas, y se calienta él solo, y nos dispara de nuevo a los implicados y nos vuelve a herir con la misma ligereza con la que nos ha herido antes.

—¿Crees esto que me estás diciendo?

—Completamente. Julio es un niño pequeño, y los niños pequeños viven de la potencia, de la expectación: de los regalos les gusta la ilusión del regalo; luego, cuando lo abren, enseguida se cansan, y se entretienen más con las burbujas que otra cosa. Qué digo pequeño, es un niño maleducado. Solo piensa en el siguiente regalo. Este niño, simplemente, se acuerda de vez en cuando de los regalos que ya tiene y juega con ellos algunos días, la cabeza puesta en el que llegará después.

Esta vez Claudia no dijo nada. Aunque no en un grado tan extremo como el de Ignacio, ella también entendía que lo que le estaba describiendo era bastante cierto.

—Y si a ti no te ha mentido —siguió Ignacio— es porque todavía sigue hechizado contigo. O no. —Aguantó el tiempo, dejando caer luego la losa—. Porque quizás en estas semanas ya has pasado al otro lado. Por imposible que a mí me pueda parecer.

Claudia pensó antes de hablar, pero solo le salieron murmullos entrecortados, apagados por el viento.

—Son cosas... No entiendo... —susurró, y agarró la mano de Ignacio.

Los dedos de Claudia, la poesía fina y larga de su mano, el contacto leve pero seguro. Su moral minada. Es de esos momentos de cabeza caliente, largo tiempo soñados, un impulso que no podemos reprimir, la valentía de las palabras dichas previamente, el camino allanado, por fin una ventana abierta por la que corre el aire...

Ignacio se levantó, fue a besarla y, por el metro de distancia entre los dos, Claudia le apartó el beso mucho antes de que sus bocas pudieran siquiera estar a la misma altura.

XXXII

Madrid, finales de agosto. Sale la siguiente noticia en la prensa: «Soromedia y Netflix anuncian el acuerdo más ambicioso de la historia del audiovisual español». El subtítulo dice lo siguiente: «La compañía americana encarga la producción de una serie histórica basada en los *Episodios nacionales*, de Galdós». El cuerpo del artículo, esto:

Llevábamos meses de rumores y por fin se confirma la noticia. Hoy, en el salón de actos de la RAE, Jorge Pérez-Dulce (presidente de Netflix España) e Inma Reguilón (presidenta y socia fundadora de Soromedia) se han dado la mano en una rueda de prensa que, a modo similar a las de los fichajes futbolísticos, ha incluido la firma de contrato *in situ*. En su interior, una inyección de dinero y optimismo para una industria que, tras la crisis del coronavirus, veía cernirse sobre sí las viejas nubes negras de los primeros dos mil diez.

En la rueda de prensa se han despejado varias de las incógnitas que rodeaban al proyecto. Constará de un total de seis temporadas. Dada la magnitud de la obra galdosiana (cuarenta y seis libros publicados entre 1872 y 1912), se requerirá la total dedicación de un inmenso equipo de profesionales, y en ese sentido se ha manifestado Inma Reguilón:

«No realizaremos ninguna otra producción hasta la conclusión de la grabación y lanzamiento de estas seis temporadas. Es una responsabilidad muy grande, pero también una ilusión inmensa. Estos años, además de una serie de alto nivel e interés —tanto comercial como documental—, estaremos haciendo historia del cine español».

Por su parte, Pérez-Dulce ha insistido en estos *Episodios nacionales* como la consolidación de una estrategia que la compañía viene aplicando desde sus inicios. «Netflix ha apostado siempre por el entretenimiento de calidad. No es la primera vez que nos enfrentamos a un reto similar: con *The Crown* narramos el reinado de Isabel II de Inglaterra. Esta vez, será el turno de la España del siglo XIX».

A la pregunta de si esto significaba un reconocimiento a las posibilidades del audiovisual español, Pérez-Dulce ha sido claro: «El audiovisual español goza de una salud de hierro y está demostrando cada vez más su talante internacional, su capacidad de exportación. Desde Netflix consideramos España como uno de nuestros más importantes *hubs* de creación de contenidos».

Durante la rueda de prensa se desvelaron algunos otros detalles sobre el proyecto, si bien predominó el secretismo. Gran parte del rodaje de la primera temporada, que ya está en una fase avanzada de la preproducción, tendrá lugar en España, aunque también se emplearán localizaciones en Marruecos, Portugal y Francia.

Las redes no han sido ajenas a la expectación generada por esta noticia. Nada más finalizar el acto empezaron a circular rumores sobre el posible *cast* de la primera temporada, que va de

Trafalgar a *La batalla de los Arapiles*. Para el papel de Gabriel de Araceli, dos eran los nombres que más se repetían: Óscar Casas y Patrick Criado. Curiosamente, ambos coincidieron hace varios años en otra serie de época (*Águila Roja*). Para Inés de Araceli, Nicole Wallace (*SKAM España*) es la principal candidata, siempre según el mentidero digital, claro. Otras posibilidades han salido a colación, aunque sin personaje asignado: tal es el caso de Michelle Jenner (que ya deslumbró en su interpretación de Isabel la Católica) u Óscar Jaenada, un habitual en las grandes producciones históricas relacionadas con nuestro país.

Como ejemplo de la implicación de las instituciones públicas para favorecer este proyecto, Reguilón ha destacado la colaboración de la Armada Española y el Museo Naval de Madrid, que han puesto a su disposición su inmenso fondo documental para poder recrear, con total exactitud, los navíos que participaron en la batalla de Trafalgar.

¿Escucharemos cañonazos en los próximos meses frente a la bahía de Cádiz? Probablemente, pero no será hasta finales del año que viene cuando podamos disfrutar de la primera temporada de una serie que, a todas luces, ha nacido con vocación de grandeza. Veremos si el resultado está a la altura de tan altas expectativas.

Hubo un gran revuelo con el tema esos días: fue imposible no enterarse, de una forma o de otra, de la espléndida noticia. Al rebufo de la rueda de prensa se publicaron varias entrevistas con voces destacadas del sector. La de Gio Fosca llevó el siguiente titular: «Es una oportunidad deseada y merecida». Se rumoreaba que la preparación de alguno de los papeles protagonistas podía recaer sobre él, que tan buena mano tenía.

Mientras tanto, el resto de las vidas retornaban a su cauce. Al estar acabándose el verano, había en Madrid esa sensación de vuelta de todo. Las noches ya eran un poquito más frescas. Se podía dormir sin agonías. Las pieles llegaban morenas de la costa, pero insinuando que pronto, durante el próximo mes, irían recuperando su tono, volviendo a la blancura original. La alegría dorada del verano dejaría paso a la nívea palidez.

Esos días, el calor y la humedad de los meses mediterráneos chocaban con una corriente de aire frío, y se formaba una gran tormenta que, aunque con menor intensidad, descargaba su lluvia sobre Madrid, poniéndolo todo perdido de agua y barro durante unas horas distópicas. Era el primer aviso de que la estación se recogía.

Las aceras volvían a mostrar su paisaje cotidiano: a las ocho y media de la mañana rebosaban de actividad, el ir y venir de la gente a sus puestos de trabajo, los niños al cole, el tráfico lento, el metro denso y húmedo de vida humana y café solo. Cada cual se reencontraba con la historia. Las caras largas, qué tal estás, los *e-mails* llevados por carteros invisibles al fondo del ordenador. Solo faltaban los universitarios. Pronto, con su llegada, el último

mimbre de la ciudad volvería a su sitio y ya la vida sería la de siempre, un discurrir de semanas tensas y el pequeño milagro de los viernes por la noche.

Esto, claro, para quien regresara de un verano cualquiera.

OceanofPDF.com

XXXIII

Ignacio recibió un mensaje en el móvil, en respuesta a otro enviado por él hacía unas semanas:

Hola, Ignacio. Buena pinta con nuestro tema. Te iré diciendo. Paciencia. Cualquier cosa que necesites, puedes llamarme sin problema. Estoy siempre disponible.

Es como la metáfora del escorpión y la tortuga: al final, el escorpión siempre va a picar por mucho que se hundan los dos en el río. ¿Qué le va a hacer? Es su naturaleza.

Ignacio llamó compulsivamente seis o siete veces y solo escuchó el buzón de voz. El modesto Samsung voló por los aires y se estrelló contra la pared de su cuarto, dejando la pantalla destrozada. Ni se molestó en recogerlo. Se estaban riendo de él.

Salió de casa rápido, sin decir nada a sus padres, no parando más que para agarrar las llaves del Ford Fiesta. Lo arrancó y condujo con furia, muy por encima de la velocidad permitida. Su cabeza era una orquesta de instrumentos desafinados, que tocaban en tonalidades diferentes, luchando por superponerse unos a otros con violencia sin que hubiera un claro vencedor. En un semáforo frenó con brusquedad y casi derriba a un motorista.

La tarde pintaba soleada. El Ford Fiesta crujía, el motor bramaba protestón a unas revoluciones a las que no estaba acostumbrado, como un perro viejo al que el dueño obliga a galopar, tirando de la correa tras un día de siesta. Los demás conductores giraban la cabeza al verlo pasar, se apartaban, y en el interior de los vehículos se intuía algún insulto. Gilipollas, inconsciente, decían.

Ignacio seguía en su zigzag, parecido a un videojuego. No llevaba móvil pero se ubicaba bastante bien. Sin apenas equivocaciones llegó a Puerta de Hierro. Estuvo buscando un sitio donde aparcar y eso lo frustró todavía más. Al final, en una pequeña calle a dos manzanas dejó el coche. Las manos le temblaban.

Los plátanos de sombra refrescaban el ambiente. Las aceras, nobles y antiguas como los chalés, tenían el color gris y polvo de Madrid en los últimos días de verano. En el tranquilo barrio, apenas un murmullo, que provenía precisamente de la casa de Julio Gasset. Cuando se plantó frente a la puerta lo distinguió con claridad. Era bachata. Bachata. A un gran volumen. La voz del cantante le sonaba. Acabó la canción y empezó una nueva. *El perdedor*, de Aventura, el grupo primigenio de Romeo Santos. Su timbre y su fraseo eran inconfundibles:

*Hay un dicho:
no se sabe lo que se tiene
hasta que se pierde.*

Esas guitarritas virtuosas, ese tamborileo caribeño. El galanteo romántico de las letras bachateras. Llamó al timbre. Sin respuesta. Volvió a llamar. Dando un par de saltos por encima de la verja observó que en la propiedad parecía no haber nadie. Las persianas de las ventanas estaban bajadas; la entrada, sin bolsas de basura u objetos que pudieran indicar actividad. Pero el sonido de la música salía incontestablemente del interior de la casa. De nuevo sin respuesta.

*Te vi llorar,
viviste la monotonía
y te escuchaba hablar,
pero era el que te entendía.*

Golpeó la puerta con el puño y se hizo daño. Luego, un par de patadas furiosas. Nada parecía perturbar lo que fuera que estuviera ocurriendo en la casa. Ignacio se lamió los nudillos. De la piel desprendida brotaron unos hilillos de sangre. Miró a ambos lados de la calle. No pasaba nadie.

*Ay, ve y dile que lo odio y lo detesto
por tener lo que fue mío aunque el culpable he sido yo.
Que hoy lo considero un enemigo
lamentando mi pérdida en la batalla por tu amor.
Recálcale que no duermo de noche
imaginando que en el sexo él te devora con pasión.*

Se aupó con los manos, encaramándose a la puerta. Desde lo alto volvió a mirar por si pasaba alguien. Nada. De los nervios y la tensión, el cuerpo le temblaba entero; al sentir sus brazos fallar apoyó el culo sobre el marco superior de la puerta. Impulsado por el sentimiento atroz que lo embargaba, cruzó las dos piernas y cayó con pesadez al césped del jardín. Casi se torció el tobillo: por suerte se dejó vencer por su propia inercia y rodó sobre la espalda hasta quedar inclinado en la hierba, en una postura extraña. Se incorporó con cuidado, manteniéndose agachado. La cabeza le iba a mil. El sol se reflejaba en la piscina. Algunas ramitas de árboles cercanos flotaban sobre el agua.

*Me falta valentía para admitirle
que a tu lado fui un chiquillo y su hombría superó.*

Iba a pedirle explicaciones. Iba a confrontarlo de verdad. Iba a partirle la cara. Iba a gritarle que no se puede jugar con las ilusiones de la gente, que la vida no es un barco de recreo. Iba a ponerlo en su sitio. Iba a darle una lección.

*Agrégle que hoy yo me revelo
envidioso, egoísta, impulsivo sin control,
por creer que yo era el único que tú amarías.
Qué estúpido fulano con el premio
y yo el perdedor.*

El sabor oxidado de la sangre de los nudillos le impregnaba la boca. Una brisa de aire agitó los plátanos de sombra y las hojas hicieron esa percusión del desasosiego, el murmullo que arrastra el viento. Algunos de sus troncos parecían desconchados, avejentados a tiras. Pegó la cara a la pared del chalé

—como si hubiera un francotirador en alguna parte— y lo rodeó por la derecha. Siguió encontrándose todo cerrado. La música debía de estar a un volumen muy alto, porque las paredes vibraban al ritmo de las frecuencias más graves.

*Lo vi llegar
y no pensé que importaría
y te empezaba a conquistar
convirtiéndote en mi enemiga.*

Por fin, a la altura del porche, encontró una puertecita que no parecía cerrada a cal y canto. Tentó la manilla y vio que cedía. Suspiró, cogiendo fuerzas. La boca la tenía seca. Notaba la lengua muerta, de trapo, y el sudor le empapaba las axilas y el cuello, un temblor frío de enfermo. Pasó como una lagartija y volvió a cerrar la puerta. En el fogonazo de luz intuyó que estaba en la cocina. Luego todo quedó completamente a oscuras, salvo por un reflejo como de tira de neón que venía del salón. Ignacio se agachó, pegándose a lo que parecía la encimera por el tacto. Llegaba un aroma a tabaco y a marihuana, y el ambiente resultaba denso. El hijoputa estaba dándose un homenaje de algún tipo. Puede que Claudia estuviera ahí también.

Eso le acobardó. La imagen se le clavó como una colección de agujas en el cráneo. Respiró para calmarse. Por primera vez desde que estrellara el móvil en su casa se paró a pensar en el siguiente paso, y un pánico lógico se estaba apoderando de él (¿qué hacía Ignacio Benavides allanando una morada?) cuando una figura entró en la cocina y se tropezó con su pierna y cayeron los dos al suelo.

*Y me robó ese tesoro de duende y ahora comprendo el valor
que no se tapan los defectos con pretextos, en cambio siento rencor.*

Al caer, el codo de la figura golpeó la cara de Ignacio. Sintió un fuerte dolor en la nariz y gritó instintivamente. Se oyó otro grito. Ignacio apartó el cuerpo contrario con sorprendente facilidad e intentó encontrar la puerta por la que había entrado, sin suerte. La música paró. Alguien encendió la luz.

A su lado estaba tirada Gladys, la asistente. Iba vestida con unos pantalones vaqueros, un top ajustado y unas zapatillas blancas. Tenía una expresión de susto en la cara como si hubiera venido la muerte a buscarla. El hombre mulato que había apretado el interruptor todavía tenía el dedo puesto en él. Los miró sin saber qué hacer. Su pelo, rizado en la cumbre, se degradaba en los laterales siguiendo el patrón de una estrella. Aparecieron otros tres o cuatro hombres de apariencia similar, y otras tantas mujeres se asomaron también. Llevaban cubatas en la mano. Ignacio estaba paralizado. La nariz le sangraba y las gotas se derramaban por su camiseta hacia el suelo. Entre los mulatos había uno enorme con una camiseta falsa de Dsquared2, que podía aplastarle las costillas con una sola mano. Gladys reconoció a Ignacio y empezó a llorar.

—Por favor, no le diga nada al señor, por favor, se lo ruego.

En apenas unos segundos el rostro se le empapó de lágrimas. Agarraba a Ignacio como un náufrago a una balsa. Los dos seguían en el suelo, recostados, todavía un poco conmocionados por el golpe. Al ver la reacción de Gladys, sus compañeros se asustaron también y dieron un paso atrás.

—No le digas nada, muchacho —dijo uno.

Ignacio se incorporó, liberándose del abrazo de Gladys. Miró a todos una vez más y salió atropelladamente por la puerta de la cocina. Nadie lo siguió. Atravesó el jardín corriendo, con la nariz doliéndole como un demonio. Pudo abrir la puerta principal sin trepar por ella.

Por la calle pasaba un niño en bici, que se quedó extrañado al ver a ese señor tan raro, con sangre en la camiseta y la cara de haber suspendido hasta el recreo.

Epílogo

Uxía se sentó en su mesa del Okashi Sanda, en la calle San Vicente Ferrer. Era un restaurante japonés de aire simpático, con una carta sin gluten, sin lactosa y en buena parte también vegana. La decoración sencilla, de aire oriental, huía de la solemnidad budista que le imprimen los imitadores a sus franquiciados del sol naciente. En las paredes había cartelitos de estética festiva y varios dibujos de personajes de manga *kodomo* o *shounen*. Daba la impresión de ser un restaurante familiar, el lugar a donde una familia joven de Osaka habría llevado a sus dos niños a comer un domingo al mediodía.

Uxía pidió un refresco *ramune* de fresa y esperó. En el espejo del otro lado de la pequeña sala se vio reflejada. No le gustó especialmente su aspecto, a pesar de haber dedicado al menos una hora a elegir la ropa, disgustarse y luego volver a elegirla. Llevaba pantalones y camisa vaqueros —la parte superior, de tonalidad más clara que la inferior—, unas Vans altas negras y una gran parka militar, un guiño que había querido hacer por si despertaba algún comentario agradable. Debajo de todo ello, a modo de amuleto, una camiseta de Pikachu con la gorra de Ash Ketchum de Pueblo Paleta.

Nuria llegó un poco tarde, como de costumbre. Uxía se levantó bruscamente de la silla para saludarla y casi tiró la botellita de *ramune*. Se dieron dos besos de manera cordial y se sentaron frente a frente.

Nuria estaba guapa, muy guapa. Se había cambiado el color del pelo a una tonalidad casi cobriza, lo que, junto con su piel blanca y sus rasgos de muñeca, la hacía parecer más inglesita que nunca. Llevaba un jersey oscuro, de cuello alto, un pantalón ancho entallado en la cintura y unos zapatos Oxford de ligerísimo tacón. El abrigo lo colgó en la parte de atrás del asiento. Al ver la parka de Uxía en el suyo, sonrió.

A los pocos minutos las dos estaban hablando como en los viejos tiempos, sin dejarse respirar, intercambiando opiniones y juicios de una

manera inocente y riéndose de todo. Tuvieron que cortar para pedir la comida. Uxía explicó.

—Este es un restaurante japonés, pero no tiene *sushi*.

—¿Y eso?

—La gente se piensa que en Japón hasta desayunan *sushi*, pero la realidad es que hay mucha más comida.

—Pues entonces elige tú.

—Genial.

Uxía ya había estado otras veces, así que no le costó mucho. De entrantes pidió bolitas *takoyaki* (rellenas de pulpo) y *poteto koroke* (croquetas de patata y carne), además de un cuenco de arroz blanco al vapor para acompañar. De platos principales, *kare raisu* (un guiso de especias) y el *ramen* de la casa. Además, encargó otro *ramune* de fresa, y para Nuria una cerveza Asahi.

—¿No va a ser mucho? —preguntó Nuria cuando el camarero terminó de tomarles la comanda.

—No te preocupes —contestó Uxía.

Se pusieron al día. Nuria tenía tres grandes noticias. La primera, que había traspasado la peluquería: llevaba tiempo dándole vueltas a la idea y por fin había encontrado a una persona interesada.

—Me apetecía probar otras cosas y ya estaba un poco cansada de Monita Boom —explicó.

La segunda, que se había mudado de piso.

—Ahora vivo más céntrica, por Tirso de Molina, esa zona. ¿Tú sigues en Argüelles?

—Sí.

Y la tercera, que reveló con cierto pudor, es que se había hecho un tatuaje.

—¿Qué tatuaje? —preguntó Uxía, muy intrigada.

—Pone «*let it be*». Pero no te lo puedo enseñar... Es que es en el costado. Me tendría que quedar en sujetador —contó, riéndose.

Uxía explicó en pocas palabras que su vida seguía más o menos igual, con el mismo puesto de trabajo y las mismas aficiones de siempre. A modo de curiosidad, le narró la historia de Ignacio Benavides, un compañero que había tenido un lío rarísimo, y que a los pocos días de volver de las

vacaciones había dejado de ir a trabajar y que a saber en qué andaría metido.

—Me da pena porque me caía bien —dijo Uxía—. Aunque estaba siempre como muy atormentado.

—A la gente así es mejor no tenerla cerca —sentenció Nuria.

Uxía se quedó pensativa.

—No sé... Conmigo era cariñoso. Seguro que luego le acaban saliendo las cosas. Es artista. A los artistas les tienen que acabar saliendo las cosas. Si no, qué injusticia.

Sonrió para que Nuria no pensase que le estaba llevando la contraria.

—Y, además, tenía buen fondo —añadió.

Comieron las bolitas *takoyaki* y las *poteto koroke* con velocidad. A Nuria le encantaron: tenían un sabor vagamente reconocible, pero a la vez atípico, un pariente lejano de la comida a la que estaba acostumbrada.

—¡Qué bueno!

En los platos principales, como había predicho, Nuria tuvo que decir basta a medio camino.

—¡Ya te decía que era demasiado!

Uxía terminó con su parte y la de ella, excitada y un poco nerviosa. Cuando Nuria fue al servicio, se volvió a mirar en el espejo. Sonrió porque la cosa iba bien. Le pidió al camarero una cerveza Asahi: había terminado el segundo *ramune* de fresa y no quería quedar como una niña pequeña que solo bebe refrescos. A su vuelta, consiguió convencer a Nuria para que pidieran un *dorayaki* de postre para compartir.

—Esto es el pastelito que come Doraemon —le explicó.

—¡Vas a conseguir que salga de aquí rodando! Menos mal que el lunes empiezo una dieta.

Siguieron hablando un rato más y luego pagaron la cuenta a medias y se fueron. En la calle hacía bastante frío. Anduvieron dos manzanas juntas, sin decirse mucho, y el fantasma de la despedida empezó a planear: pronto tendrían que separarse en diferentes direcciones.

—¿Quieres que nos tomemos otra cerveza? —preguntó Nuria—. Tengo un amigo que pincha en un local aquí al lado música buenísima de los sesenta.

Uxía aceptó encantada. El garito se llamaba La Vía Láctea, y por lo visto era legendario (eso se lo explicó Nuria nada más entrar). En las paredes,

formando ya parte de ellas, decenas de carteles de conciertos pegados unos sobre otros. El más grande, uno de David Bowie caracterizado de Ziggy Stardust, presidía la zona de la barra, con la fecha y el lugar (*3 July 1973, Hammersmith Odeon*) en letras rojas desgastadas. Al fondo había un billar en el que unos estudiantes de Erasmus pegaban a las bolas sin orden ni concierto. Nuria se acercó a la mesa del DJ y lo saludó con efusividad. Luego se lo presentó a Uxía.

Era un hombre alto, espigado, con unas patillas que le llegaban por debajo de la mandíbula y una melena larga y canosa que pasaba de los hombros. En su pequeño cubículo, cientos de vinilos apiñados unos sobre otros.

Pidieron unas cervezas y estuvieron bailando. Uxía era bastante torpe. Nuria se movía dando pasitos, con los ojos cerrados, en una coreografía similar a la que harían los jóvenes de Londres hace ya sesenta años. Canturreaba las letras: se sabía todas. Uxía ninguna.

—Ahora estás en mi terreno —dijo Nuria, agarrando de las manos a su amiga.

Al no estar acostumbrada a beber, Uxía se sentía como en una nube, y la vergüenza que pudiera producirle estar bailando y fuera de su elemento quedaba suplida por la emoción y la alegría de reencontrarse con Nuria después de tanto tiempo.

La noche fue pasando y bebieron más cervezas. Nuria se encontró con varios amigos. Tenían una estética similar: parecían todos músicos de otra época, entre las chupas de cuero, las botas Chelsea de punta y los pantalones apretados. Fueron amables con Uxía.

Hacia el final, Nuria se acercó al DJ y le rogó una canción. Cuando sonó, empezó a bailar como una loca, meneando la cabeza. Era «All Day and All of The Night», de The Kinks. Le cantó la letra a pleno pulmón a Uxía en la oreja:

*The only time I feel alright is by your side.
Girl, I want to be with you all of the time,
all day and all of the night,
all day and all of the night,
all day and all of the night.*

Uxía se unió y también gritó el estribillo, inventándose las palabras porque no la conocía. Minutos después encendieron las luces e invitaron a los clientes a irse. Eran las tres y media de la madrugada y ya cerraba el local.

Uxía y Nuria salieron a la calle. Hacía todavía más frío que antes. Nuria se despidió de sus amigos.

—Bueno, ¿qué quieres hacer? —le preguntó Nuria, mirándola fijamente a los ojos.

Uxía dudó un poco, ruborizándose.

—¿Quieres tomar una en mi casa? No está muy lejos de aquí —respondió venciendo su timidez.

—¿Me vas a dar *sake* de beber?

—No. Te voy a poner un *gin-tonic* —respondió, pronunciándolo *shin tónic* para imitarla.

—Entonces me apunto —dijo Nuria entre risas.

Fueron a la casa de Uxía en Argüelles. Estaba desordenada, con algún envoltorio de comida sobre la mesita del salón y platos y cubiertos sucios en el fregadero. Ambas respiraron de alivio al poder quitarse los abrigos y sentir el calorcito de la calefacción. Mientras Uxía recogía apurada y preparaba las copas, Nuria se quedó mirando la estantería de los cómics. Al hacerlo, descubrió su foto juntas en Carnaby Street y se estremeció. Esperó a Uxía con ella en la mano.

—No sabía que la tenías —le dijo, y a Uxía casi se le caen los *gin-tonics* al suelo del susto.

Intentó explicarse, como si tuviera que poner alguna excusa.

—Yo también la tengo en mi casa —la interrumpió Nuria.

Se sentaron juntas en el sofá y siguieron hablando, aunque en un tono menos festivo que antes. El alcohol hacía que sus miradas fueran más largas, sus frases más lentas, los silencios más densos. Las dos estaban de acuerdo en que la noche había sido divertida, pero ninguna quería insistir mucho en ello, como si decirlo varias veces en alto significase que iba a acabar y que Nuria tendría que marcharse.

—Oye —dijo Uxía, con la copa medio llena—, ¿por qué no me enseñas tu tatuaje? Ahora que estamos solas.

—Está bien.

Nuria se incorporó, se sacó el jersey de dentro del pantalón y lo arremangó hasta el sujetador. Desgraciadamente, apenas se veía nada: la parte de la banda lateral lo tapaba casi por completo.

—No se ve mucho, ¿no?

—No, bueno. No te preocupes.

—Con lo bonito que es... A ver, espera.

Nuria se quitó por completo el jersey y se quedó en sujetador. Luego lo desabrochó por detrás y sacó el brazo izquierdo. Lo agarró con la mano contraria para que no se le cayera y dejó el costado al descubierto.

En el tatuaje se leía «*let it be*» con una caligrafía cursiva. Lo rodeaba una pequeña decoración de flores y espigas. Uxía se acercó mucho para verlo, con los ojos muy abiertos. Seguía sentada. Había dejado la copa sobre la mesilla.

—¿Te gusta?

—Sí. Mucho. Es muy bonito.

Uxía deslizó sus dedos sobre él.

—Tienes las manos muy frías —dijo Nuria, y al mismo tiempo un escalofrío involuntario le sacudió el cuerpo.

Uxía pidió perdón casi en susurros, y se las calentó frotándolas contra los muslos. Siguió mirando el tatuaje a centímetros de la piel, pero a la vez los ojos se le iban al ombligo de Nuria, a la curva de la cintura, al lunar que le nacía justo en la frontera de la espalda. Nuria no decía nada. Al contrario. Se quedó quieta y dejó que Uxía recorriese con sus dedos el tatuaje, y luego el ombligo, y luego la cintura, y luego el lunar. Era apenas el roce de una pluma. Estuvieron así varios minutos, oyéndose nada más que respirar.

Después Uxía se levantó. Se quedaron frente a frente. Les ardían los ojos a las dos. Nuria puso una cara temblorosa, de asunción de lo que iba a pasar, y después una breve sonrisa. Dejó que el sujetador cayera por completo al suelo. Uxía le acarició los pechos. Eran grandes y un poco caídos. Sintió un calor nuevo recorrerla de los pies a la cabeza, y casi se marea. Nuria atrajo su boca a la suya y se besaron.

A pesar de ser adultas, las manos planearon sobre los cuerpos como en un vuelo primerizo. Toda la noche entregadas a los juegos florales.

Lo que pasó después ya no es cosa nuestra.

Nota

[1] Tengo el placer de anunciar, contento y emocionado, que recientemente me he convertido en padre de un niño. Según lo acordado con la madre, que prefiere mantener su identidad confidencial, tengo la custodia exclusiva de mi hijo. No proporcionaré más información sobre este tema y por tanto ruego a todos que respeten mi derecho a la privacidad (y la del niño) al menos en asuntos tan personales como es este.

[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)

Los juegos florales
Santiago Isla

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Los juegos florales*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Album

© Santiago Isla, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2021

ISBN: 978-84-670-6385-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

OceanofPDF.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!



[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)